



UN HILO ROJO
**ATRA
VIESA**
A LAS MUJERES

UNA APUESTA POR EL ESTUDIO MARXISTA DE LA
OPRESIÓN DE LAS MUJERES Y LA ORGANIZACIÓN COMUNISTA

Este libro es la adaptación de los documentos aprobados en el marco de la Conferencia de Mujeres de Iniciativa Comunista celebrada en 2023

UN HILO ROJO
**ATRA
VIESA**
A LAS MUJERES



Un Hilo Rojo Atraviesa a las Mujeres
© 2024 by Iniciativa Comunista is
licensed under CC BY-SA 4.0. To
view a copy of this license, visit
[http://creativecommons.org/
licenses/by-sa/4.0/](http://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/)

Ensayos y edición
Iniciativa Comunista
Diseño de interiores y maquetación
Iniciativa Comunista
Impresión
Estugraf

Iniciativa Comunista, 2024
www.iniciativacomunista.net

A las revolucionarias

ÍNDICE

1. Prefacio **p. 11**

2. El origen de la opresión de las mujeres **p. 17**

Las mujeres en las primeras formas de organización paleolítica p. 21

El proceso de subordinación neolítica de las mujeres p. 24

Las mujeres en la esclavitud p. 29

Conclusiones p. 31

3. La familia y su función social **p. 33**

La familia y su configuración en la transición del feudalismo al capitalismo p. 36

El trabajo reproductivo, plusvalía y trabajo (im)productivo p. 47

Conclusiones p. 56

4. El imperialismo y la violencia contra las mujeres **p. 59**

Una aproximación al imperialismo y a sus

mecanismos de control	p. 62
La proletarianización masiva de las mujeres del Sur Global	p. 68
Violencia sexual contra las mujeres del Sur Global	p. 74
Conclusiones	p.80

5. Patriarcado y capital, una relación contradictoria **p. 83**

La situación cambiante de las mujeres: producción y reproducción	p. 86
Hacia un concepto integrador de clase	p. 90
Conclusiones	p. 98

6. Experiencia sobre la organización revolucionaria de las mujeres **p. 101**

Hacia la toma del poder: de la I Internacional a la Revolución de Octubre	p. 104
La lucha de las mujeres en la liberación anticolonial: Cuba y Vietnam	p. 116
El MCEe y la organización femenina desde la Transición hasta comienzos del siglo XXI	p. 121
Conclusiones	p. 129

7. Unas breves valoraciones **p. 133**

8. El trabajo doméstico revisado (Lise Vogel) p. 139

Teorías y teorización	p. 144
Un punto de partida diferente	p. 149
Capitalismo y trabajo doméstico	p. 155
Audiencias y paradigmas	p. 164
El trabajo doméstico en el S.XXI	p. 169

PREFACIO

Desde que se publicaran las primeras obras sobre la emancipación femenina de autoras como A. Kollontai o C. Zetkin, hasta nuestros días, la situación de las mujeres ha variado enormemente. Las demandas de “paz y pan” durante la Gran Guerra que pregonizaron el Día Internacional de la Mujer Trabajadora impulsaron la conciencia política de las mujeres desposeídas de Rusia y marcaron un hito en la historia moderna. Hoy, el 8 de marzo sigue siendo expresión de reivindicación de las mujeres frente a la desigualdad económica y social. Sin embargo, también hoy sabemos que la dominación sobre aquéllas se manifiesta de distinta forma en todo el mundo, tanto en los llamados “países desarrollados” como en el llamado Sur Global.

Analizar la coyuntura del presente nos obliga a analizar las nuevas formas de violencia contra las mujeres, y ello pasa por estudiar igualmente cuáles son y han sido sus cimientos a lo largo de los distintos estadios de la historia. Pese a que existe un sentir general acerca de la estructuralidad de la opresión femenina, no existe, sin embargo, una explicación suficiente en cuanto a su origen y su reproducción. Las propuestas teóricas contemporáneas de los estudios de género no han colmado estas lagunas, en tanto que sus trabajos no desarrollan cuál es el mecanismo de reproducción de la vida social y el papel que tienen las relaciones de producción dominantes en la posición de las mujeres, ni cómo éstas alimentan la ideología patriarcal. No podemos ignorar que, aunque exista una tendencia a caracterizar de sistemáticas las agresiones hacia las mujeres, al mismo tiempo, el tratamiento mediático sobre la violencia machista a través de noticias virales, las llamadas fake news, los titulares tendenciosos en plataformas de rrss o sucesos de telediarios, dificulta un entendimiento más profundo sobre los propios hechos y la relación entre ellos.

Esta publicación, fruto del esfuerzo colectivo de militantes comunistas, tiene como objetivo facilitar la comprensión de la violencia contra las mujeres, y contribuir al desarrollo teórico de la estrategia comunista en cuanto a la emancipación de las mujeres. Pese a las contribuciones culturales y políticas progresistas de las propuestas feministas, tras una década de publicaciones de género y prácticas sobre la estrategia emancipatoria de las mujeres, se han generalizado sus principales limitaciones, a saber, la concepción del patriarcado como ente autónomo de creación y reproducción de la violencia contra las mujeres, la parcialización de la lucha

en relación con el resto de demandas sociales, la caracterización de los espacios de género como asamblearios y orillados a las políticas institucionales, la táctica resistencialista y espontánea de las reivindicaciones y el impacto de las movilizaciones frente a la necesidad de permanencia organizativa. Y como claras piezas de este movimiento comunista, debemos señalar las barreras de los movimientos de resistencia, centrando la acción política en el desarrollo y difusión del conocimiento marxista y de las estructuras organizativas comunistas.

Es en esta propuesta política desde el marxismo donde cobra especial relevancia el estudio de las distintas experiencias revolucionarias como la Revolución de Octubre de 1917 y los procesos organizativos como las “Conferencias Internacionales de Mujeres” no para elevar a categoría de inmutable las diversas tácticas en cuanto a la organización de las proletarias, sino para extraer enseñanzas políticas aplicables a nuestro tiempo. Y es que es frecuente encontrarnos en el movimiento comunista con sectores que reniegan de los avances organizativos e ideológicos de los revolucionarios del pasado por una cuestión estética o por un real distanciamiento, y con sectores que, pese a reconocer sus contribuciones, las osifican para contemplarlas sin pretensión de aplicarlas a nuestro momento histórico.

Advertido este marco político, somos conscientes de la necesidad de abordar el estudio de la opresión de las mujeres desde el pensamiento marxista, porque defendemos que, a través del mismo, es posible aterrizar el mundo socialista en la humanidad. Para ello nos servimos de cinco capítulos que guardan entre sí una clara relación en el contenido, pese a no estar expresamente enlazados; la determi-

nación de las relaciones sociales de producción en la configuración del estatus de las mujeres en distintos momentos de la Historia y en distintos lugares del mundo, la comprensión y construcción de un sujeto político revolucionario más allá de sus determinaciones o precisamente, a través de ellas, y la propuesta organizativa comunista que sitúa al Partido Comunista como la necesaria expresión revolucionaria de la clase trabajadora que estalla las grietas de una sociedad agonizante. De esta forma, el funcionamiento de las relaciones de producción dominantes (y especialmente de las relaciones capitalistas) en la configuración del estatus de las mujeres aparece como eje vertebrador de todos los capítulos, tanto en el análisis de la fase (pre)histórica, como en las implicaciones políticas y organizativas.

El primero de los capítulos, tiene por objetivo exponer la relación entre el modo de producción dominante y la posición social de la mujer durante la Prehistoria, especialmente durante el transcurso de la etapa paleolítica a la neolítica, dado que es a lo largo de este período donde se establecen y se sistematizan las primeras formas de control y dominio sobre las mujeres.

La unidad familiar, su estructura y su función social y económica bajo el régimen feudal en Europa, así como los cambios que experimenta con el advenimiento y posterior consolidación de las relaciones sociales capitalistas son los puntos que desarrolla el segundo pasaje. Igualmente, se aborda el papel social de la familia actual en el marco occidental y se intentan clarificar los debates sobre el carácter productivo o improductivo del trabajo doméstico y por tanto, si constituye una actividad productiva generadora de plusvalía según bajo los parámetros de la economía política marxista.

El tercer capítulo expone la relación entre el desarrollo de las dinámicas económicas del capital imperialista y la opresión de las mujeres de los países imperializados, centrándose en el estudio de su proletarianización masiva. Mostramos cuáles han sido los mecanismos del capital para forzar la incorporación de millones de mujeres a la producción capitalista destinada a la exportación de mercancías a Occidente y qué vínculo tienen con la exportación de capitales y la extracción de plusvalía en el marco de la Nueva División Internacional del Trabajo. Este fragmento señala también las nuevas formas de violencia sexual y reproductiva contra las mujeres de los países imperializados: la prostitución, la gestación subrogada y las esterilizaciones forzadas.

En el cuarto capítulo, exploramos el funcionamiento de lo que se conoce como “sistema patriarcal”, que es definido por la literatura feminista como “estructura de dominación económica, cultural, social, sexual, institucional de los hombres sobre las mujeres”. Así, lo más común es que se entienda el “patriarcado” como un sistema de opresión independiente, una estructura diferente y autónoma respecto del capitalismo, pero interrelacionado con él. En el citado capítulo abordamos con ojo crítico estas aproximaciones y ponemos el foco en el actuar de las relaciones sociales capitalistas, así como indagamos en el concepto de la “clase” y sus determinaciones, desechando reduccionismos economicistas y teorías que abogan por “una interrelación de opresiones” (interseccionalidad).

La organización proletaria protagoniza el quinto capítulo, y con ella, los debates sobre estructuras internas y externas del Partido, la relación de las comunistas

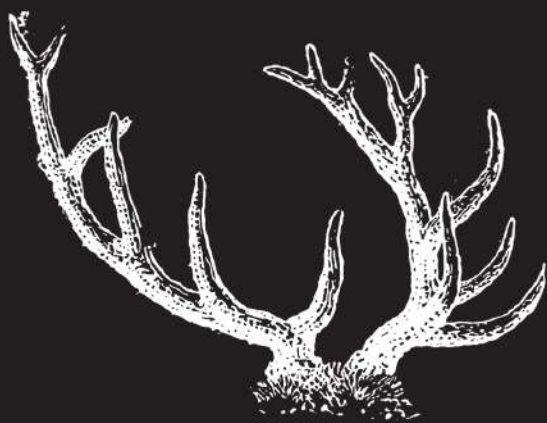
con las masas femeninas mediante el estudio de distintas experiencias revolucionarias y comunistas incluidas las propias del Estado español, poniendo de manifiesto los aciertos y desviaciones y señalando la forma en que lograron anudar las reivindicaciones de resistencia con los objetivos generales de la lucha de clases.

Hemos de advertir que todos estos pasajes se han redactado con un claro afán divulgativo y propagandístico, por lo que se ha priorizado una exposición que equilibra la agilidad en la lectura con la profundidad de determinados conceptos clásicos de la teoría marxista como “plusvalía”, “relaciones sociales”, “determinación de clase” o “subsunción”.

Las autoras, enero 2024.

EL ORIGEN

DE LA OPRESIÓN DE LAS MUJERES



La aproximación teórica que ha realizado la escuela clásica de antropología ha partido de una serie de prejuicios ideológicos que sitúan a las mujeres como seres pasivos, dedicados exclusivamente desde el inicio de nuestra existencia como especie a las labores de crianza y a los hombres como protectores y proveedores de alimento al clan y a la familia (William S. Laughlin, Sherwood L. Washburn o Lancaster, entre otros). Frente a estos postulados, limitados por las evidencias antropológicas y la ideología patriarcal de la época, autores como F. Engels, recogiendo anotaciones históricas de K. Marx, Morgan y Bachofen, concluyeron que las sociedades podrían haberse articulado en torno a estructuras que no implicaban subyugación femenina, destacando la tesis de un matriarcado previo al patriarcado y común a todas las comunidades de homínidos¹.

1 F. Engels, El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.

Hay que remarcar el esfuerzo político y antropológico de la obra *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, pues fue creada en apenas unos meses en un intento de rebatir las posturas más populares de la época que carecían de verdadera base histórica, como la obra de August Bebel, *La mujer y el socialismo*. La obra de Engels fue y sigue siendo bien recibida en la literatura socialista, aunque autoras contemporáneas como Lise Vogel discrepan en algunos puntos. Vogel considera, en su obra *El marxismo y la opresión de la mujer*², que Engels explica correctamente el papel de la descendencia en las familias de clase dominante -conservar y acrecentar la herencia-, pero no desarrolla el papel social de las familias desposeídas. Vogel señala que la función primaria de la familia obrera es la de renovar y reproducir la fuerza de trabajo, la misma fuerza de trabajo que compran los capitalistas en esa 'libre transacción' -según la lógica burguesa- que es el trabajo asalariado. Es decir, tareas domésticas, de cuidados, de apoyo, incluso el mero hecho de engendrar y parir descendencia para que la rueda incesante del capital siempre esté alimentada de mano de obra en condiciones de producir ingentes cantidades de plusvalía que va a parar al bolsillo del burgués, para que cada día los obreros y obreras acudan alimentados, vestidos y sanos a su puesto de trabajo. Esta renovación de la fuerza de trabajo también garantiza la posibilidad de que un nuevo obrero sustituya a los progenitores cuando ellos mismos sean demasiado mayores o estén demasiado enfermos como para trabajar. Las familias de clase obrera, desposeídas, obligadas a recurrir al trabajo asalariado para subsistir, no tienen ninguna herencia que acrecentar o perpetuar.

2 Lise Vogel, *Marxism and the oppression of women*.

Las mujeres en las primeras formas de organización paleolítica

Los grupos de homínidos del Paleolítico (hasta el año 12.000 a.C) se caracterizaban por ser nómadas y por una producción de supervivencia basada en la recolección y, en menor medida, en la caza, y era común en ellos la división sexual del trabajo, aunque ésta no era rígida³. Podían coexistir distintas formas de organización basadas en relaciones de parentesco o la linealidad -masculina o femenina- de la herencia⁴.

No obstante, nos vamos a centrar en el análisis de los grupos de homínidos en los que primaban las relaciones de parentesco, basadas en los lazos matrimoniales y consanguíneos, puesto que éstas ha ejercido un importante papel en la organización de los grupos sociales desde el estadio más primitivo del Paleolítico y en especial, en las sociedades en las que predominaba la matrilinealidad (cuando el estatus, las responsabilidades y la pertenencia al grupo se heredan por línea materna) porque es en éstas sociedades donde se aprecia con más intensidad el cambio de estatus social que experimentan las mujeres.

3 Gerda Lerner, La creación del patriarcado.

4 Matrilinealidad y patrilinealidad son términos referentes a la organización social dependiendo de las normas de parentesco y afiliación que se debe seguir en el seno de un grupo. En el caso del matrilineaje, el individuo que pertenece al linaje de su madre tiene como parientes más cercanos al hermano o la hermana de la madre; los parientes del padre no son considerados como familiares, sino como aliados. Por otro lado, la matrilocalidad y patrilocalidad (se menciona más adelante) se refieren a la variable de residencia en función de si son las mujeres o los hombres quienes modifican su lugar de residencia con el matrimonio.

En estas sociedades la propiedad privada no existía más allá de los amuletos o elementos personales o de culto que tuviera cada miembro, es decir, que la propiedad era comunal, lo que Engels denomina como “comunismo primitivo”. Los emparejamientos eran temporales, variados y raramente exclusivos. Por su parte, la división sexual del trabajo no era excesivamente rígida y no impedía la participación de las mujeres en la producción. De hecho, era frecuente que las mujeres participaran tanto en la recolección de alimentos como en la caza menor, siendo la primera la principal base de subsistencia de los grupos, por encima de la caza, que era ocasional, peligrosa y fortuita⁵.

En estas sociedades, las mujeres gozan de buen estatus, y son representadas a través de pinturas rupestres y estatuillas de piedra (“Venus Paleolíticas”), aunque hoy en día es difícil conocer el motivo exacto de estas representaciones, si bien se han relacionado desde la antropología con el culto a la fecundidad. Por tanto, podemos asumir que el papel de la mujer en la sociedad y en el grupo era relevante, y el hecho de poseer capacidad reproductiva -embarazo y parto- no la colocaba en un estamento social inferior.

Pero la existencia de estas sociedades no puede llevar automáticamente a la conclusión de que eran matriarcales (donde el poder político y social sea ostentado por las mujeres), sino más bien nos ha de llevar a la conclusión de que no existía una subordinación sistemática de éstas. Algunos autores como Morgan, Bachofen o Engels, han defendido la tesis del matriarcado universal previo al patriarcado, pero éstas deben leerse como un

5 Gerda Lerner, La creación del patriarcado.

intento de explicar que la subordinación de las mujeres es resultado de un proceso histórico y no es un hecho natural, ahistórico e inevitable.⁶ Y es que estas teorías toman como prueba del matriarcado la existencia de la matrilinealidad, siendo conceptos distintos. En muchas sociedades matrilineales el cabeza de familia seguía siendo un hombre, que tomaba decisiones económicas y familiares⁷, teniendo las mujeres diferentes grados de autoridad dentro de estas comunidades.

Y es que además de las sociedades matrilineales, también existían en el Paleolítico las sociedades patrilineales, aunque con menos frecuencia⁸, en las que, a diferencia de aquéllas, las mujeres pasan a estar vinculadas a su marido tras el matrimonio, perdiendo su red familiar de apoyo y quedando en una posición de dependencia con relación al varón. De la misma forma ocurre con el lugar de residencia, y la matrilocidad es más frecuente en grupos en los que la desigualdad sexual es menor, puesto que al permanecer en su grupo de origen y contar con más soporte social las mujeres disfrutaban de mayor seguridad⁹.

La variedad organizativa de las sociedades paleolíticas demuestra que no existía una forma dominante de organización social, ya que estas comunidades dependían del lugar y los recursos cercanos para la supervivencia, lo que impedía que la división sexual del trabajo

6 Si bien es cierto que Bachofen habla de ginecocracia como dominación de mujeres sobre los hombres, Morgan y Engels utilizan indistintamente matriarcado y derecho materno, sin asumir que existiera una dominación generalizada de las mujeres sobre los hombres.

7 Gerda Lerner, *La creación del patriarcado*.

8 *Ibidem*.

9 Marta Cintas Peña, *La desigualdad de género en la prehistoria ibérica*.

fuera rígida y universalizable. Así las cosas, no podemos afirmar que existiera un patriarcado previo que vinculara la capacidad reproductiva de las mujeres con la condición de debilidad, así como tampoco un matriarcado universal previo al primero.

El proceso de subordinación neolítica de las mujeres

La fase intermedia entre el Paleolítico y el Neolítico se conoce como Mesolítico (11.000-8.000 a.C) y coincide con la última etapa glacial del planeta y el comienzo del Holoceno, a partir del cual empezaron a darse mejores condiciones geoclimáticas para la producción controlada de alimentos pues trajo consigo el aumento de acuíferos y del nivel del mar, incremento de la masa arbórea y vegetal, ascenso del número de especies de animales, aumento de las temperaturas que deriva en un clima templado¹⁰.

Ante estas nuevas circunstancias las tribus y clanes ya no se ven forzadas a mantener un estilo de vida nómada y empiezan a surgir asentamientos más o menos permanentes, gracias también a los primeros intentos para estabilizar los cultivos en los que el papel de las mujeres fue fundamental, ya que las tendencias en las anteriores divisiones del trabajo dieron mayor experiencia a las mujeres en las tareas de recolección de semillas y otros alimentos. Los inventos y descubrimientos derivados de la práctica permitieron un conocimiento

¹⁰ Rick Schulting, Holocene environmental change and the Mesolithic-Neolithic transition in north-west Europe.

nuevo que mejoró las condiciones de producción de los alimentos, tanto en acceso como en cantidad, que se tradujo en el aumento de la producción de alimentos y en la disminución del esfuerzo físico para producir dicho alimento, al aumentar el rendimiento de los cultivos.

Estos dos elementos fueron determinantes en el desarrollo de las fuerzas productivas, que trajo consigo nuevas necesidades que al mismo tiempo dieron lugar a una reorganización de las relaciones de producción. Los clanes en los que se puede apreciar este desarrollo mantienen la propiedad comunal en cierta forma, siendo habitual que una parte del excedente se destinara a la comunidad, por lo que, en esta fase transitoria, la propiedad privada de los medios de producción no es lo que caracteriza aún a la sociedad mesolítica. Pero en la medida en que se afianza y aumenta el excedente productivo y se abandona paulatinamente la producción de supervivencia, se libera cierta cantidad de trabajo a una parte del grupo que puede especializarse en el perfeccionamiento de objetos e instrumentos de producción, aumentando cada vez más el excedente productivo.

El asentamiento de este nuevo modelo productivo abre un nuevo periodo histórico: el Neolítico (8.000-5.000 a.C). En este período comienzan a afianzarse las emergentes formas de propiedad privada en tanto que la sobreproducción permanente permite una redistribución exclusiva y excluyente de la misma y comienzan a configurarse las primeras sociedades organizadas en clases sociales, ya que aquellos que poseen tierras y animales van a contar con poder suficiente para controlar los víveres, las personas y a otros grupos.

Esta nueva coyuntura se caracteriza por una división sexual del trabajo más especializada y para las mujeres comienza a cobrar un peso especial el trabajo reproductivo ante el aumento de la natalidad y las necesidades de crianza. En cambio, los hombres, al disponer de más tiempo para otro tipo de labores, pueden ir especializándose en el desarrollo de los medios de trabajo de la comunidad, lo cual les permitirá ir afianzando su control sobre estos nuevos medios de producción y sobre el producto excedente que nace de su uso¹¹.

Esto es, como existe ya cierto control sobre los medios de producción, las poblaciones comienzan a controlar los excedentes derivados del aumento en la productividad del trabajo; los hombres van adquiriendo una posición más favorecida dentro de la comunidad y se plantea progresivamente la necesidad de identificar herederos que aseguren la continuidad de este proceso. Entendemos, desde una postura materialista, que este lento desarrollo histórico da lugar al surgimiento de la monogamia y de la familia monógama como medios para el control de la sexualidad de las mujeres, junto con un reforzamiento de la patrilocalidad y la patrilinealidad. De este modo, las mujeres van perdiendo peso en las labores productivas de la sociedad. La incipiente propiedad privada sobre los excedentes obtenidos de los nuevos avances productivos propicia así la institucionalización de la familia monógama, como mecanismo que garantiza la castidad premarital y un doble estándar sexual dentro del matrimonio, como fórmula de identificación de la herencia por línea paterna y para mantener

11 Este cúmulo de hechos no puede situarse en un punto concreto de la Prehistoria que pudiéramos calificar de punto de inflexión, pues no disponemos de suficiente evidencia arqueológica y son cambios tan profundos y lentos.

este naciente interés de propiedad¹². Engels ya había defendido que en cuanto los medios de producción pasen a ser propiedad común, la familia individual dejará de ser la unidad económica de la sociedad¹³ y Aleksandra Kollontai se expresa en términos parecidos: la base material para la transformación de las mujeres de miembros iguales de la sociedad a esposas subordinadas, se basa en el desarrollo de recursos productivos valiosos, inicialmente la domesticación de grandes animales, que pasaron a ser propiedad privada¹⁴.

Estas nuevas agrupaciones basadas en las relaciones de propiedad privada se asentaron sobre el 5.000 a.C, y se caracterizaron por una división social y sexual del trabajo más marcada, por la monogamia y por una mayor importancia de las funciones de procreación de las mujeres. Se comienza a consolidar la familia monógama como unidad doméstica independiente, como célula económica y social, donde el creciente dominio de los hombres sobre la producción asienta y refuerza el control sobre las mujeres, asegurando el modelo de transmisión de la propiedad privada y el dominio productivo a través de la herencia. Esta nueva institución desemboca en la primera forma de intercambio de seres humanos: las mujeres comenzaron a ser compradas y vendidas en función de las necesidades, especialmente por la relevancia de la reproducción de la fuerza de trabajo. Los niños se convierten en fuerza de trabajo, trabajan la tierra y garantizan la supervivencia de los grupos. En este sentido apunta Marx, la familia patriarcal encierra en sí el ger-

12 Gerda Lerner, La creación del patriarcado.

13 F. Engels, El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado,

14 A. Kollontai, Catorce conferencias en la Universidad Sverdlov de Leníngrado (1921): Mujer, economía y sociedad.

men de la esclavitud y de la servidumbre, y reproduce en miniatura todos los contrastes posteriores en la sociedad y el Estado¹⁵.

La familia monógama nace sobre la base del surgimiento de la propiedad privada, y ambas permiten el desarrollo de las primeras sociedades de clases. Gracias a las nuevas condiciones de producción, los grupos que poseen tierras y animales se imponen sobre otros grupos con una agricultura y una ganadería menos desarrolladas técnicamente. Los hombres de los pueblos menos avanzados trabajan para los grupos poseedores, y las mujeres, como encarnación de la propiedad privada, son dominadas mediante el control de su función reproductiva. De esta forma, la dominación de las mujeres juega un papel importante en las primeras sociedades de clases. Engels afirmó que desde que los rebaños pasaron definitivamente a ser propiedad de la familia, con la fuerza de trabajo pasó lo mismo que había pasado con las mujeres, tan fáciles antes de adquirir y que ahora tenían ya su valor de cambio y se compraban. La familia no se multiplicaba con tanta rapidez como el ganado. Ahora se necesitaban más personas para la custodia de éste; podía utilizarse para ello el prisionero de guerra, que además podía multiplicarse, lo mismo que el ganado.¹⁶

Con la consolidación de la familia nuclear, la propiedad privada, el control de la producción y reproducción y las clases sociales, finaliza el periodo neolítico, abriendo una nueva etapa: la Edad de los Metales y el surgimiento de los primeros Estados Agrarios y sociedades esclavistas (4.000 a.C).

15 F. Engels, El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.

16 Ibidem.

Las mujeres en la esclavitud

En el comienzo de esta etapa histórica (5.000-1.000 a.C) las sociedades que surgen del Neolítico han conseguido desarrollar la capacidad no sólo de controlar la producción y la reproducción en su seno, sino que además pudieron dominar a otros pueblos, convertirlos en prisioneros, obteniendo mano de obra esclava para la producción y la reproducción. El uso de prisioneros como esclavos constituyó una de las muestras más evidentes de la división social de clases. La pugna por la conquista de tierras provoca guerras entre los grupos, los vencedores se apropian no sólo de los terrenos sino también de los animales y de parte de la población. Las mujeres se convierten en botín de guerra y en esclavas y son forzadas a trabajar en diversas tareas manuales muy duras y tediosas como en el procesamiento de materias primas como la lana o el grano, cuidado del ganado, trabajo doméstico, y servicios sexuales. En cambio, los prisioneros varones, hasta que se desarrollaran las técnicas de coerción efectivas para su retención, eran sistemáticamente asesinados¹⁷. Se debía esperar a la institucionalización de la esclavitud para que el número de hombres esclavos fuera relevante¹⁸.

De esta forma, la práctica de utilizar esclavas como sirvientas y objetos sexuales pasó a ser el modelo de dominación de clase sobre las mujeres. Surge la figura de la concubina para servir al amo sexualmente y a su esposa en lo económico y lo doméstico, con el objetivo de conservar la propiedad privada en la familia si

17 Gerda Lerner, La creación del patriarcado.

18 Orlando Patterson, Slavery and Social Death.

el matrimonio no conseguía descendencia que pudiera heredarla¹⁹.

El establecimiento de la esclavitud sitúa a las mujeres en una posición totalmente distinta a la de los hombres tanto en la esfera pública como en la privada, quedando definidas por conceptos como la virginidad ligada a su honorabilidad, o la fidelidad sexual al dueño y marido. Su estatus queda definido por las relaciones de sometimiento, afectando a mujeres de todas las clases sociales, aunque con distintas repercusiones. Según su posición social, recibían un tratamiento diferente: por un lado, las mujeres de clase baja eran secuestradas para la explotación sexual y la esclavitud, vendidas en matrimonios forzosos o para prostituirse, con el objetivo de aumentar las posibilidades económicas de la familia o saldar sus deudas; por otro, las mujeres de clase alta eran intercambiadas en alianzas políticas mediante matrimonios de conveniencia cuyo fin era forjar alianzas y establecer uniones políticas para evitar nuevas guerras y consolidar los territorios. Así, el intercambio de mujeres alcanza, a través del matrimonio de conveniencia, su forma más sofisticada²⁰ hasta el momento.

Si bien los monarcas ordenaban a sus esposas que eligieran entre las cautivas quiénes le servirían, éstas no se libraban de formar parte del séquito de sirvientas y de depender de los hombres de su misma clase. La función sexual se considera un servicio inherente en todas las mujeres, y según cómo lo llevaran a cabo, su posición

19 F. Engels, El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.

20 Por sofisticada entendemos 'la forma más avanzada', porque tendría objetivos económicos y políticos de consolidación y ampliación de grandes cuotas de propiedad privada en general (territorios, zonas de influencia, etc).

social podía variar. De hecho, algunas esclavas ascendían gracias a sus servicios, y el poder de las aristócratas podía cambiar según se adecuaban los servicios sexuales prestados al marido. Pero aun así no podemos obviar que, la relativa libertad de las mujeres pertenecientes a las élites dependía de la explotación económica y sexual de las esclavas²¹.

Al final del periodo de la Edad de los Metales, sobre el primer milenio a.C, quedan consolidados los primeros Estados agrarios, basados en la esclavitud de las mujeres y prisioneros de otros pueblos, la propiedad privada y la dominación de las técnicas de producción agrícola y ganadera.

Conclusiones

Tras exponer las bases originales sobre las que se asienta la opresión de las mujeres en relación con desarrollo de la producción podemos concluir que:

- El excedente productivo permanente derivado del acúmulo de experiencias y desarrollo tecnológico en las sociedades del Neolítico crea la necesidad objetiva de su gestión y dicha necesidad toma forma de propiedad privada. El control de la producción, la existencia de excedente y la aparición de la propiedad privada (fruto de un proceso histórico), fueron la base sobre la que se originó el control de la capacidad reproductora de las mujeres. La subordinación de las mujeres no proviene de la condición de madre

21 Gerda Lerner, La creación del patriarcado.

sino del control de la maternidad una vez surge la propiedad privada, que las lleva a un desigual acceso a los medios de producción.

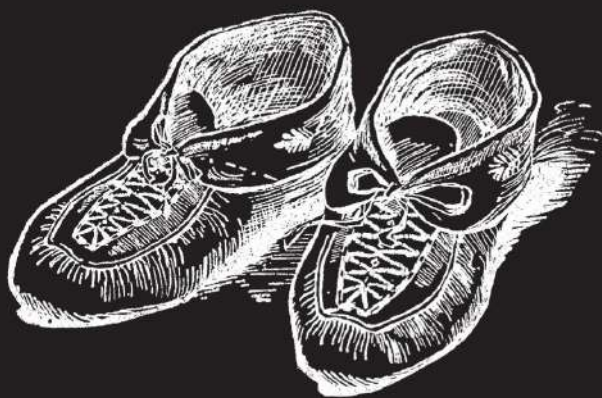
- Sobre esta base, se establece la dominación sexual de las mujeres a través de la familia patriarcal, la patrilocalidad y patrilinealidad y el matrimonio monógamo, que supondrá el germen de la sociedad de clases.

- No puede existir una esfera reproductiva distinta de la esfera productiva, precisamente porque la producción depende de la reproducción y renovación de la mano de obra y viceversa. Como bien establece F. Engels en su obra *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*: La primera oposición de clases que aparece en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre hombre y mujeres en el matrimonio monógamo, y la primera opresión de clases con la del sexo femenino por el masculino.

- La sociedad esclavista es producto de la consolidación de las sociedades agrícolas y ganaderas, asentadas sobre el matrimonio monógamo y la compraventa de mujeres, lo que confiere a las mujeres un estatus inferior con respecto a etapas pasadas. Las mujeres esclavas se convierten en el escalafón más bajo de la sociedad de clases, dentro de la cual su papel está muy relacionado con los servicios sexuales que puede ofrecer, mientras que las mujeres de los propietarios terratenientes y aristócratas pueden tener presencia política y social, aunque también están sometidas al mandato del marido.

LA FAMILIA

Y SU FUNCIÓN SOCIAL



El presente documento analiza la unidad familiar, su estructura y su función social y económica bajo el régimen feudal en Europa, así como los cambios que experimenta con el advenimiento y posterior consolidación de las relaciones sociales capitalistas. Este texto también aborda el papel social de la familia actual en el marco occidental e intenta clarificar los debates sobre su carácter productivo o improductivo y si constituye una actividad productiva generadora de plusvalía según bajo los parámetros de la economía política marxista. Con la exposición de estas tesis será posible dilucidar si el modelo de familia actual determina el estatus de las mujeres obreras en Occidente, si la familia se configura como una unidad inalterable al margen de las exigencias productivas y si debe formar parte o no del proyecto revolucionario llamado a socavar el modo de producción capitalista.

La familia y su configuración en la transición del feudalismo al capitalismo

Analizar las estructuras familiares implica analizar también el papel de las mujeres en éstas y en la sociedad, pero para ello es necesario contextualizar históricamente en qué relaciones sociales se enmarcan. Por ello, este apartado se centra en el análisis de las familias y el papel de las mujeres durante la baja Edad Media y los inicios y consolidación del capital (S.XV-SXIX) porque es en esta etapa cuando se pueden desmigalar qué elementos fueron los determinantes en la reconfiguración de las familias y en el estatus social de las mujeres y al mismo tiempo comprender en qué medida están determinados por la lógica de funcionamiento del modo de producción capitalista.

Durante el periodo de la Baja Edad Media, la mayor parte de la población europea era eminentemente campesina y estaba sometida, aunque con excepciones, a la servidumbre feudal, a la apropiación por parte del señor feudal del trabajo excedente de la familia campesina, una vez cubiertas las necesidades que aseguraban su propia subsistencia. El trabajo campesino destinado a la subsistencia y el destinado a la servidumbre estaba diferenciado tanto espacial como temporalmente, de forma que cuando el campesinado trabaja las tierras del señor no trabajaba las propias y viceversa. No obstante, en Europa había diferentes formas de subordinación campesina que no se basaban necesariamente en la aportación de trabajo campesino para el señor feudal sino en la imposición de tributos señoriales o de normas

jurídicas sobre una determinada población¹. Por su parte, la población urbana era fundamentalmente comerciante y artesana; las familias de artesanos habitaban bajo un mismo techo que albergaba el taller y la vivienda, configurándose como una unidad de producción y reproducción orientada a la supervivencia, garantizada también por la protección de los gremios². En esta época, las ciudades, como centros de intercambio y comercio de productos, habían sido impulsadas por los señores feudales de Europa occidental desde el S.XII para comerciar con excedentes y aumentar sus beneficios³, y pese a su auge, albergaban sólo a un pequeño porcentaje de la población. Así, la economía feudal era eminentemente campesina, caracterizada por la circulación simple de mercancías (M-D-M): la población campesina produce valores de uso para el autoabastecimiento y también, en muchas ocasiones, para el señor feudal.

Dicho esto, ¿cómo eran las familias feudales en Europa? ¿Cuál eran sus funciones o su extensión? ¿Cómo se organizaban? Hay que comenzar afirmando que en la sociedad feudal convivían varios modelos de familia. or una parte, nos encontramos con la familia nuclear, que centraliza la producción y reproducción social⁴ asentada en la región del noroeste de Europa y conformada por un matrimonio monógamo y descendencia⁵. Por otra parte, tenemos la familia extendida o compleja, que domina en Europa oriental y que es aquella que agrupa a sus miembros de diferentes generaciones o a miembros con relación consanguínea y a miembros sin ella, formando

1 Rodney Hilton, *Del feudalismo al capitalismo*.

2 K. Marx, *La ideología alemana*.

3 Rodney Hilton, *Del feudalismo al capitalismo*.

4 G. Peter Murdock, *La familia nuclear*.

5 André Burguière, *Historia de la Familia*.

un grupo doméstico amplio en el que conviven distintas personas con intereses productivos y de consumo comunes. Todas ellas no obstante se organizan bajo el poder patriarcal del padre/marido, que ostenta el mando y la titularidad de las propiedades⁶, que eran transmitidas en herencia con el modelo de progenitura y dotes o bien mediante el reparto igualitario entre los hijos⁷. Así, los maridos controlaban no sólo la fuerza de trabajo de las mujeres y su producto, sino también su capacidad reproductiva⁸.

En la economía precapitalista campesina, la familia, tanto nuclear como extensa, se define como una unidad productiva donde se realiza la reproducción estrictamente biológica, la reproducción directa de la fuerza de trabajo y la producción de valores de uso⁹. Lo relevante aquí es que en el seno de la familia no hay una estricta división entre el trabajo puramente productivo o social, y lo que se denomina hoy en día como “trabajo reproductivo” era al mismo tiempo, trabajo de subsistencia, de forma que la familia actúa como productor individual directo que unifica actividades agrícolas y las industrias domésticas rurales conectadas a ellas¹⁰. Pese a esto, es cierto que ya existe una fuerte división sexual del trabajo en las familias que asigna las tareas domésticas y reproductivas a las mujeres, entre otras necesarias para el mantenimiento de la familia como el cuidado del ganado, la siembra, el hilado y confección de ropa o la crianza de los hijos¹¹.

6 Ibidem.

7 Ibidem.

8 Frederique Vinteuil, los orígenes de la opresión de la mujer.

9 Isabel Largaña, Hacia una ciencia de la liberación de la mujer.

10 K. Marx, El Capital.

11 Frederique Vinteuil, Los orígenes de la opresión de la mujer.

Esta situación familiar cambia durante los S. XVI y S.XVII con el desarrollo del modo de producción capitalista, impulsado por la acumulación de capital y la separación de los productores de sus medios de producción, así como por el auge del comercio mundial derivado del descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas en América, el exterminio, esclavización y soterramiento en las minas de la población aborigen, la conquista y saqueo de las Indias Orientales y la transformación de África en un coto reservado para la caza comercial de pieles-negras¹². Los grandes propietarios de tierras y señores feudales, junto con la burguesía urbana naciente comenzaron a cercar y expropiar las tierras campesinas, que dejaron de servir al autoabastecimiento de las familias y se convirtieron en objeto de explotación puramente económica. La renta de la tierra en especie se convirtió en renta dineraria que favorecía la acumulación de capital y la economía de subsistencia comenzó a desintegrarse. La expropiación y el desahucio de una parte de la población rural deja a los productores sin medios de subsistencia y materiales de trabajo y transforma al labrador/campesino en obrero asalariado, que huye a los centros urbanos en busca de trabajo. Las materias y productos elaborados antaño por la familia, se transforman ahora en mercancías que se venden en el mercado urbano de las manufacturas. El hilo, el lienzo, lana, etc, que disponían las familias campesinas se convierten ahora en artículos manufacturados, producidos fuera de la esfera privada y doméstica¹³. Por lo tanto, la privatización de la tierra y la comercialización de la agricultura no acrecentaron la cantidad de alimentos disponibles para los campesinos y proletarios, sino que lo que aumentó

12 K. Marx, La acumulación originaria, El Capital.

13 K. Marx, La acumulación originaria, El Capital.

fue la disponibilidad de comida para el mercado y la exportación¹⁴.

El proceso de acumulación originaria de capital trae consigo tres destacadas consecuencias en la población rural y las familias:

- Los campesinos, desposeídos de sus tierras y sus medios de vida, tenían tres opciones: o se convertían en asalariados en los núcleos urbanos, o permanecían en el campo trabajando las tierras por un salario mísero, o bien trabajaban como asalariados de la manufactura en la industria a domicilio. La producción en el campo debía aumentar exponencialmente para alimentar a la población rural y a una creciente masa de trabajadores urbanos, así como para satisfacer las necesidades de acumulación capitalista.

- El modelo de familia extensa comienza a desintegrarse por la división del patrimonio entre los miembros, sobre todo en aquellas zonas donde permean las relaciones capitalistas con más intensidad. En Francia e Inglaterra, comienza a extenderse y consolidarse la indivisión en la herencia para concentrar y mantener el patrimonio y la explotación de tierras, imponiéndose el modelo de primogenitura¹⁵ (todo el patrimonio es heredado por el primogénito). En esta fase se refuerza y se generaliza por tanto la familia nuclear como modelo hegemónico.

14 S. Federici, *El Calibán y la Bruja*. Véase también K. Marx, *Formas que preceden a la producción capitalista*.

15 André Burguière, *Historia de la Familia*.

- Desaparece la economía de subsistencia y con ella la familia como unidad de producción y reproducción. Las familias ya no producen para sí sino para el capital, y por lo tanto, la producción sale fuera del ámbito familiar, que sólo mantiene las tareas reproductivas sobre los hombros de las mujeres, que las combinan como pueden con el trabajo asalariado de la industria a domicilio y con el trabajo asalariado agrícola¹⁶. Se produce una separación fuerte y estricta entre esfera productiva y reproductiva, entre producción de valor y reproducción de la fuerza de trabajo.

Es necesario en este punto remarcar cómo el proceso de proletarización de las mujeres campesinas no consiguió que las mujeres abandonaran las tareas domésticas, pero sí influyó de forma determinante en las mujeres obreras urbanas como vamos a ver a continuación. Y es que esta fase de asalarización fue un periodo altamente contradictorio y no lineal, en tanto que las capas femeninas se incorporaron al trabajo asalariado o fueron más orientadas al trabajo reproductivo en la familia en función de las necesidades de producción del capitalismo, condicionadas por las crisis demográficas y económicas durante su auge, desarrollo y consolidación.

Durante los S.XVI y XVII, las ciudades crecen y el trabajo femenino en éstas aumenta considerablemente, y las mujeres desposeídas ocupan gran parte de los puestos en la industria manufacturera urbana en los países donde se está desarrollando más intensamente el modo de producción capitalista como en Holanda, Francia o

16 Françoise Carner, *La familia y la Revolución Industrial*. Véase también el capítulo 23 del Libro I, de *El Capital*.

Inglaterra¹⁷. La fuerza de trabajo femenina se convirtió en un gran atractivo para esta actividad debido su bajo coste, que fue posible gracias a la previa posición de sometimiento de la mujer al marido en la familia patriarcal en particular y a su falta de poder legal y económico en la producción y sociedad feudal en general. Durante esta misma época, las capas femeninas también eran conducidas al oficio de sirvientas, de tal forma que un tercio de las mujeres de Inglaterra, España, Francia e Italia estaban empleadas en estas tareas, conformándose como un gran ejército de mujeres solteras en Europa¹⁸.

Pero a esta tendencia de proletarización se le opuso la necesidad de garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo durante la crisis demográfica y económica en Europa del S.XVII. Los Estados comenzaron a controlar la capacidad reproductiva de las mujeres porque se necesitaba combatir el descenso poblacional y garantizar la masa de proletarios para la producción¹⁹. Francia e Inglaterra impulsaron medidas pronatalistas, protegieron más aún los matrimonios a través de la prohibición de los divorcios, la penalización del celibato, comenzaron a realizar registros sistemáticos de nacimientos, castigaron el aborto a través de los Códigos Penales y la asistencia durante los embarazos y partos ya no era protagonizada por las matronas sino por los médicos. La procreación y la natalidad comenzaron a ser objeto de control por los Estados, que protegían las relaciones de producción capitalista.

17 A. Kollontai, Seminario de Leningrado 1921.

18 S. Federici, *El Calibán y la Bruja*.

19 *Ibidem*.

Con el auge de la Revolución industrial europea de los S.XVIII – S.XIX, las exigencias de producción requerían nuevamente la incorporación masiva de las mujeres obreras a la industria manufacturera en los centros urbanos o de sus periferias, por lo que la población urbana creció enormemente. La introducción de maquinaria que caracteriza este periodo implicó que la mano de obra técnica o formada fuera sustituida por la mano de obra con baja cualificación, pues las tareas ahora eran simples y no requerían excesiva fuerza física. Las medidas del siglo pasado orientadas al fortalecimiento del papel reproductivo de las mujeres en las familias no tenían ya sentido en este nuevo contexto económico. Tal y como señaló Marx, la maquinaria sustituye a los obreros diestros por obreros inexpertos, los hombres por mujeres, los adultos por niños y lanza al arroyo a masas enteras de obreros manuales²⁰. Así también lo recoge Engels: la burguesía ha aprovechado la ocasión que le ofrecía el trabajo mecánico para emplear y explotar a las mujeres y los niños, con vistas a reducir el salario²¹.

La proletarización masiva de las mujeres desfiguró lo que se conocía como “unidad familiar” en los centros urbanos, o mejor dicho, creó nuevos núcleos “familiares”. El modelo de familia artesana que dominaba en las ciudades, en el que el matrimonio y los descendientes habitaban la casa-taller para la supervivencia desaparece en esta fase. La población artesana es desplazada por una clase obrera urbana que vive apiñada en pequeñas viviendas mal acondicionadas que habitaban varias familias: jóvenes, niños, adultos, ancianos y recién nacidos compartían espacio, mesa y cama por la imposibilidad

20 K. Marx, Trabajo asalariado y capital.

21 F. Engels, La situación de la clase obrera en Inglaterra.

de acceder a viviendas decentes²². Las condiciones laborales extremadamente penosas de las mujeres obreras en los primeros centros fabriles de Inglaterra y Francia dificultaron la reproducción de la fuerza de trabajo y especialmente el trabajo doméstico, y provocaron que gran parte de la mano de obra femenina inglesa se mantuviera soltera²³. Y es que, en esta coyuntura, con las mujeres empleadas en las fábricas durante 12 o 14 horas al día, no es casual que los Estados comenzaran a reglar la enseñanza básica obligatoria para los niños y jóvenes²⁴. Pero este nuevo modelo de familia en la clase trabajadora, no se puede denominar aún “familia obrera”, porque en realidad es sólo una agrupación de asalariados que habitan las viviendas para dormir y volver a la fábrica al día siguiente. En todo caso, la familia obrera, que surge para garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo, aparece como tal cuando el movimiento obrero consigue una serie de medidas protectoras en Francia e Inglaterra (S.XIX hasta 1945) para el empleo femenino e infantil: prohibición de trabajos en la mina, limitación de la jornada laboral, prohibición de los empleos nocturnos, limitación del trabajo infantil²⁵. A raíz de ello, las trabajadoras urbanas sólo tenían la opción de dedicarse a sectores “femeninos” como obreras en fábricas textiles,

22 Véase La situación de la clase obrera en Inglaterra y Contribución al problema de la vivienda, de F. Engels.

23 Engels describió estas condiciones en su obra *La clase obrera en Inglaterra: El trabajo de las mujeres disgrega completamente la familia*; porque cuando la mujer pasa diariamente 12 ó 13 horas en la fábrica y el marido trabaja también allí o en otra parte, ¿qué será de los niños? Con frecuencia las mujeres regresan a la fábrica tres o cuatro días después de dar a luz, dejando desde luego la criatura en la casa; durante las horas de descanso ellas corren de prisa a sus casas para amamantar al niño y comer ellas mismas un poco. ¡Es fácil de imaginar en qué condiciones tiene lugar ese amamantamiento!

24 Véase las obras citadas de Isabel Largaña y Frédérique Vinteuil.

25 Julián Chaves Palacios, *Desarrollo tecnológico en la Revolución Industrial*.

criadas, maestras o institutrices²⁶. Es aquí cuando el trabajo asalariado de las mujeres se consolida como trabajo complementario al del marido, y se refuerzan como ejército industrial de reserva, mientras se encuentran atadas al trabajo reproductivo²⁷.

Esta situación de la familia obrera urbana contrasta enormemente con la situación de la familia burguesa durante el periodo de auge y asentamiento del capital (S.XVI-S.XIX), que emerge con la clara función de garantizar la herencia de la propiedad privada y no para la reproducción de la fuerza de trabajo. Las capas burguesas urbanas, que cada vez disponen más de estabilidad financiera, pueden recluir a las mujeres burguesas al ámbito doméstico, al cuidado de la casa y de los hijos. Estas familias suelen ser numerosas y aumentan con el tamaño de la fortuna tanto en Francia como en Inglaterra y en las grandes ciudades de Hungría²⁸. Por tanto, es en estas unidades familiares donde el estatuto de las mujeres y esposas está vinculado a las tareas de reproducción, al igual que ocurría ya desde antes del advenimiento del capital con las familias de nobles y clases altas²⁹. Se comenzó así a imponer el ideal burgués de mujer doméstica y las mujeres casadas comenzaron a ser mal vistas si abandonaban el hogar para ganarse un salario³⁰.

De todo este proceso podemos extraer una serie de conclusiones. En primer lugar, el desarrollo urbano, el auge del capitalismo mercantil, el reforzamiento de los aparatos del Estado, no crearon la familia nuclear, sino que la gene-

26 Ulla Vikander, De criada a empleada.

27 Frederique Vinteuil, Los orígenes de la opresión de la mujer.

28 André Burguière, Historia de la Familia

29 Véase la obra citada de Frederique Vinteuil,

30 Véase la obra citada de Ulla Vikander.

ralizaron. En segundo lugar, las nuevas relaciones sociales de producción capitalista que sustituyeron las relaciones feudales vaciaron la antigua función política y económica de la familia, separando geográfica y temporalmente la producción para el mercado y la producción de valores de uso en el marco privado/doméstico. Los productos que antaño se fabricaban en el hogar se adquieren en el mercado, y la familia deja de ser el centro de producción para convertirse en un espacio específicamente reproductivo y de consumo de mercancías. En tercer lugar, el capitalismo transformó las antiguas relaciones sociales feudales, utilizando a las mujeres y campesinos desposeídos como mano de obra barata y como agentes de reproducción de la fuerza de trabajo. El modo de producción patriarcal feudal donde el marido tiene el mando de la familia, las tierras y la producción, deja de operar como un modo de producción organizador de la sociedad, y su poder se ve sustituido por el capitalista. En cuarto lugar, el modo de producción capitalista influye en la configuración de la estructura familiar y sus funciones llegando incluso a descomponerla, como ocurrió en las grandes ciudades durante la Revolución Industrial. Cuando la producción capitalista necesitó incorporación inmediata de una gran masa de proletarios, acudió a emplear a una gran masa de mujeres, destruyendo la organización familiar, pero en periodos de crisis económica o demográfica, la producción capitalista expulsa a las mujeres de la esfera productiva y acaban forzosamente recluidas al ámbito familiar. Y como quinta y última conclusión, podemos afirmar que el capitalismo ha requerido tanto la existencia de la familia burguesa como la familia obrera desde la Revolución Industrial; la primera para preservar la herencia y concentración de la propiedad privada y los medios de producción, y la segunda, para reproducir la fuerza de trabajo.

El trabajo reproductivo y el trabajo (im) productivo: vínculos y contradicciones

Una vez expuestas las conclusiones básicas sobre las funciones y la estructura de la familia en el periodo de transición del feudalismo al capitalismo, debemos analizar más en concreto el papel económico del trabajo reproductivo y su relación con la producción de mercancías propia del capitalismo. Con esto buscamos explicar las tendencias del capitalismo en la reconfiguración de la familia obrera y si es la familia per se, lo que determina la opresión actual de las mujeres.

Hemos visto en el apartado anterior, desde un plano histórico, cómo la esfera reproductiva y las familias fueron reconfiguradas por las necesidades del modo de producción, especialmente durante la Revolución Industrial y las crisis demográficas. De ello se deduce que tanto la estructura familiar como sus funciones no tienen un funcionamiento autónomo. No tendría sentido que fuera de otra forma, ya que todo proceso productivo sólo puede sobrevivir si garantiza el proceso reproductivo, si garantiza la renovación constante de sus propias condiciones de existencia, la renovación de la fuerza de trabajo. De esta forma, podemos defender que la esfera reproductiva y la esfera productiva son dos momentos necesarios para la reproducción de las relaciones sociales capitalistas³¹, aunque lo verdaderamente importante es analizar qué relación concreta existe entre estos dos momentos.

31 Lise Vogel, *Marxism and the Opression of Women, Toward a Unitary Theory.*

Sobre el trabajo necesario y la reproducción social

Partimos entonces de la premisa de que la separación entre una esfera productiva y una esfera reproductiva es una apariencia generada por el propio capitalismo, que se limita a la explotación directa del trabajo asalariado, pero que, sin embargo, requiere aún así de otras formas de trabajo reproductivo que carga directamente sobre la propia clase obrera. Por lo tanto, el capitalismo necesita un monto de trabajo que no se reduce exclusivamente al trabajo desarrollado en el ámbito de la producción mercantil, sino que incluye también una serie de trabajos improductivos que no generan plusvalía: el trabajo doméstico o el trabajo reproductivo del que se encarga también el Estado (educación, sanidad, etc).

Sabemos que, en modos de producción anteriores como el feudalismo, no existía esta distinción entre la esfera productiva y reproductiva, porque todo el trabajo social de una familia campesina contribuía de igual manera a su subsistencia. Así, es el propio capitalismo el que genera esta escisión, presentando al trabajo doméstico como un fenómeno natural que debe recaer inevitablemente sobre las mujeres obreras.

Desde este punto de vista, podemos afirmar que el trabajo total verdaderamente necesario para la reproducción de la sociedad capitalista en su conjunto se compone, por un lado, de una cantidad de horas remuneradas por el capital con el salario, y por otro, de una cantidad de horas de trabajo reproductivo no retribuidas por el capital. Gracias al salario que recibe por desarrollar un trabajo socialmente reconocido por el capitalismo, la clase obrera puede comprar, en términos generales, una

serie de mercancías y servicios básicos que garantizan su vuelta al trabajo al día siguiente. En palabras de Marx: el valor de la fuerza de trabajo remunerada con salario “se reduce al valor de una determinada suma de medios de vida”. No obstante, y aunque parezca contradictorio, este salario no basta, ya que sigue siendo necesaria una cantidad mayor de horas de trabajo para asegurar la reproducción integral de la clase obrera más allá del trabajador individual. Estas horas de trabajo, que el capitalismo no retribuye, son las que constituyen el trabajo doméstico: comprar alimentos y cocinarlos, limpiar la ropa, cuidar a los hijos y personas dependientes, cuidar del obrero cuando está enfermo, comprar los medicamentos, labores de crianza, etc.

En definitiva, el trabajo remunerado directamente con el salario sólo refleja la parte de trabajo reconocida como necesaria por el capitalismo, pero no incluye la parte de trabajo que el capital naturaliza y carga sobre los hombros de las mujeres obreras. En esta línea, Marx sostiene que la reproducción no comprende sólo la manutención diaria de la fuerza de trabajo, sino también la reproducción de la clase trabajadora como un todo, incluyendo a las personas que no se encuentran laboralmente activas.

Vemos entonces la conexión real que existe entre la esfera productiva y la reproductiva: el salario sirve para que el obrero adquiera sus medios de subsistencia fundamentales, pero, aunque es indispensable para su supervivencia bajo el capitalismo, dicho salario tiene que ser complementado por una masa de trabajo no retribuido que se realiza en la esfera doméstica. De este modo, tanto el trabajo asalariado como el trabajo doméstico forman

parte del total de horas de trabajo necesarias para la reproducción de la clase obrera, y por lo tanto, para la perpetuación del modo de producción capitalista.

La influencia del salario y leyes del modo de producción capitalista

El desarrollo de las fuerzas productivas y la competencia entre capitalistas hacen que exista una producción en masa de mercancías y servicios cada vez más baratos, una masa de mercancías y servicios que sustituyen o disminuyen la parte del trabajo necesario general empleado en trabajo doméstico. El obrero puede comprar con su salario comida preparada, llevar a sus hijos a guarderías, comprar ropa barata en lugar de diseñarla y confeccionarla en su vivienda, puede contratar servicios de cuidados, cocina y limpieza etc. Hoy en día, en los países imperialistas, incluso una gran parte del trabajo doméstico ha sido socializado en un sentido capitalista: los servicios como la educación, la alimentación, las actividades de ocio y tiempo libre se han convertido en mercancías que contribuyen a la apropiación de plusvalía por parte del capital, ya sea en manos del Estado o del capital privado. De este modo, la reproducción privada en el hogar ha quedado reducida a una expresión mínima o en cualquier caso, bastante limitada. Así, Esta sustitución parcial del trabajo doméstico por mercancías y servicios fomenta la liberación de horas de trabajo doméstico dejándolas disponibles para la producción mercantil, y por lo tanto facilita la proletarianización de mujeres, que a su vez refuerza la dependencia de las familias con el mercado, puesto que para adquirir estas mercancías la clase obrera se ve forzada a trabajar y a conseguir un salario³².

32 Un ejemplo concreto de esta tendencia se ve en las clases más acomodo-

Pero la conexión de ambas esferas no se limita a la figura del salario. Las tendencias y leyes internas de la producción capitalista tienen también un eco en la esfera doméstica. ¿Y de qué manera? En primer lugar, la producción capitalista está gobernada por la circulación de capital, que se basa en invertir dinero para producir mercancías y que la venta de las mercancías reporte más dinero del invertido, lo que se conoce como circulación de capital D-M-D'. En segundo lugar, la producción capitalista también está gobernada por la tendencia a la acumulación de capital, es decir, por la necesidad del capital de reinvertir ganancias para ampliar la producción y así obtener más ganancias. En tercer lugar, dado que existe esta tendencia de acumulación de capital y producción capitalista en escala creciente, se deduce que cuanto mayor sea la masa asalariada, más plusvalía obtiene el capital.

De esta forma, la tendencia creciente a la acumulación capitalista y la sed de plusvalía lleva al capital a emplear a todos los miembros de la familia en todos los rincones del mundo y a convertir todas las horas de trabajo privado en trabajo productivo para el capital³³. Y a su vez, esta tendencia a la proletarización masiva puede poner en riesgo las condiciones de reproducción y mantenimiento de la clase trabajadora, pues si todos los sujetos están empleados en la esfera productiva durante gran parte del día y de la semana, no hay sujetos que

dadas en Occidente, que pueden desentenderse del trabajo doméstico accediendo a la contratación de mano de obra de mujeres provenientes de países imperializados, con escasa cualificación técnica o en situación administrativa irregular. De esta forma, la superexplotación de las mujeres de países que provienen de países imperializados permite el surgimiento de nuevos negocios, como los servicios de comida rápida, servicios domésticos o guarderías en los trabajos que facilitan una mayor conciliación a las mujeres de Occidente.

33 Tal y como dice Marx en el capital, La acumulación del capital supone, por tanto, un aumento del proletariado.

puedan realizar el trabajo reproductivo que garantiza la reproducción y renovación de la fuerza de trabajo. En este sentido, el capital no puede continuar existiendo y no puede proletarizar a nuevos sujetos ni extraer cada vez más plusvalía³⁴. Y es que esta tendencia interna del capital que busca incesantemente la extracción de plusvalía -y cada vez más plusvalía- también implica que los capitalistas presionen a la baja los salarios o alarguen la jornada laboral, lo que provoca que la clase obrera tenga más dificultades para mantenerse y reproducirse³⁵.

Así las cosas, en la familia, donde se desarrolla principalmente el trabajo reproductivo, se ven reflejadas las dinámicas contradictorias de la esfera productiva sin ser un puro reflejo inmediato y directo de ésta. Por una parte, la familia facilita la acumulación de capital al garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo, pero, por otra, dificulta la extracción de plusvalía y la propia acumulación de capital, pues todas las horas de trabajo doméstico en la esfera privada son horas que no son empleadas directamente por el capital para la extracción de plusvalía. En este punto, como bien hemos expuesto algunos párrafos más arriba, el salario evidencia esta relación contradictoria: si éste contuviera todo el trabajo necesario para la reproducción, la clase obrera sólo tendría que consumir en el mercado todas y cada una de las mercancías para perpetuarse y reproducirse, sin realizar ninguna tarea doméstica privada. Es decir, que las horas de trabajo empleadas en el marco productivo ya conformarían el total de horas de trabajo necesario general para la reproducción de la clase obrera.

34 Tal y como dice Marx en el capital, La acumulación del capital supone, por tanto, un aumento del proletariado.

35 Esta tendencia a la proletarianización masiva va de la mano del aumento de la mercantilización del trabajo reproductivo en los centros imperialistas que a su vez se sostiene sobre la explotación cada vez más extrema de la fuerza de trabajo en los países imperializados.

El funcionamiento contradictorio del modo de producción capitalista

Expuestas estas consideraciones, no resulta del todo evidente la forma en la que ha operado el capital a la hora de organizar la reproducción de la fuerza de trabajo. Su funcionamiento parece errático: en sus orígenes forzó la reclusión del trabajo reproductivo en una esfera privada y separada de la producción, pero tiende al mismo tiempo a conquistar esa misma esfera privada para mercantilizar las tareas domésticas. El capital forzó la separación de la esfera productiva y reproductiva en las familias obreras, destruyendo la economía de subsistencia. En el auge de la Revolución Industrial, los proletarios empleados en la industria manufacturera que poblaban las ciudades no se integraban en estructuras familiares estables por las condiciones insalubres de vivienda y del trabajo, pero estas condiciones en la esfera productiva dificultaron al mismo tiempo la reproducción de la clase trabajadora.

En la actualidad, en los “Estados del bienestar” de Occidente, la familia obrera se ha revelado como una estructura estable para la clase obrera en tanto que es una unidad de salvaguarda de la reproducción de la fuerza de trabajo y una unidad de consumo, donde se adquieren todas las mercancías que se producen en masa en el Sur Global, ya sea ropa, aparatos electrónicos, o incluso servicios de limpieza doméstica realizada por mano de obra migrante femenina. Por otro lado, en los Estados del Sur Global, las familias tradicionales (especialmente la familia rural) han sido desestructuradas completamente. El capital imperialista ha desposeído a la población rural de sus tierras y medios de subsisten-

cia, forzándola a migrar a las fábricas manufactureras de las ciudades o a países del “Primer Mundo”, proletarizando masivamente a las mujeres de las áreas rurales, especialmente a las más jóvenes que están en edad de procrear.

Este desarrollo contradictorio evidencia que el trabajo doméstico es indispensable para el funcionamiento del modo de producción, pero al mismo tiempo es un obstáculo para la acumulación³⁶. Y en este equilibrio se mueve históricamente el funcionamiento del modo de producción y la lucha de clases, que moldea la balanza en favor de la clase obrera o en favor de la clase dominante.

El trabajo reproductivo, ¿generador de plusvalía?

Dicho esto, es importante hacer un inciso en cuanto a la caracterización del trabajo doméstico como generador de plusvalía, dada la persistencia de algunos análisis feministas defendiendo esta postura. En primer lugar, para que un trabajo sea generador de plusvalía tiene que existir un capital que lo organice en el ámbito productivo con el fin de obtener plusvalía en el circuito capitalista, es decir, que el trabajo ha de ser consumido por el capital para obtener una ganancia en el mercado. Tal y como hemos expuesto antes, la circulación del capital (D-M-D') implica organizar la producción para invertir dinero y después del proceso productivo, extraer una ganancia -dinero que produce más dinero-. La circulación de capital conlleva producción de valo-

³⁶ Lise Vogel, *Marxism and the Opression of Women, Toward a Unitary Theory*.

res de uso para su venta, no para el consumo privado en la familia. Como argumenta Marx, del mismo modo que las mercancías que el capitalista compra con una parte de la plusvalía para atender a su propio consumo no le sirven de medios de producción ni de fuente de valor, el trabajo comprado por él para satisfacer sus necesidades naturales y sociales no tiene tampoco el carácter de trabajo productivo³⁷. Por tanto, para el capitalista un trabajo es productivo si genera plusvalía y si está orientado a la acumulación de capital.

Es frecuente confundir explotación y producción de plusvalía, cuando no es necesario ser productor directo de plusvalía para ser explotado. La explotación implica una apropiación no retribuida de plustrabajo, tenga este la forma de plusvalía o no. Por ejemplo, los trabajos improductivos centrados en la circulación de capital no suponen apropiación de plusvalía, pero sí de plustrabajo. Precisamente por esto no es necesario forzar las categorías de plusvalía ni de explotación para señalar la importancia del trabajo doméstico de las mujeres en la sociedad capitalista. El hecho de que la producción de bienes y servicios por medio del trabajo doméstico sea útil para la reconstitución de la fuerza de trabajo como mercancía no implica en absoluto que dicha producción sea creadora de valor.

Las mujeres en el hogar no producen mercancías, sino bienes y servicios que contribuyen a reproducir la fuerza de trabajo³⁸ y que se consumen de manera improductiva, fuera del circuito de producción de mercancías. Así las cosas, cuando un obrero accede a servicios do-

37 K. Marx, *El Capital*, Tomo I.

38 Antoine Artous, *Los orígenes de la opresión de la mujer*

mésticos en su ámbito privado, en su familia, si bien se está aprovechando de trabajo no retribuido de la esposa o madre, no está comprando los servicios de forma capitalista para generar plusvalía. Las mercancías que el obrero adquiere a través de su salario para mantener a su familia sirven para satisfacer necesidades mediante el consumo de valores de uso en el ámbito privado, pero no constituyen valores de uso en la producción para el mercado en búsqueda de una ganancia, a diferencia de los gastos habituales de una máquina (aceite, recambios, combustibles, etc.). No obstante, es necesario recalcar que el hecho de que el trabajo doméstico no genere plusvalía no significa que el obrero no se beneficie de éste, ni que el obrero deje de aferrarse a estas formas de trabajo no retribuido, que implican, como hemos visto anteriormente, una capacidad histórica de mando sobre la mujer y la prole.

Conclusiones

Una vez desarrolladas estas ideas podemos afirmar que las mujeres de la clase obrera cumplen un rol especial con respecto a la reproducción generacional de la fuerza de trabajo, puesto que ninguna sociedad ni modo de producción puede sobrevivir si no garantiza la reproducción de los individuos, de la clase trabajadora.

En cualquier caso, el fortalecimiento o el debilitamiento de la familia y de la esfera reproductiva no es el resultado de un proceso lineal y cerrado del capital, sino que se concreta en cada periodo histórico y lugar determinado en función de las necesidades productivas y del estado de la lucha de clases, del empuje del movimiento

obrero y sus reivindicaciones. No se puede afirmar categóricamente que la familia sea la única forma posible de reproducción de la fuerza de trabajo, ni que el capitalismo y la familia tengan una relación plenamente funcional carente de contradicciones. Por tanto, en el debilitamiento o fortalecimiento de la esfera reproductiva entra en juego la organización comunista y las conquistas del movimiento obrero, por lo que la familia y el trabajo doméstico son terrenos políticos donde se desarrolla la lucha de clases.

La necesidad de movilización femenina exige que desde las filas comunistas se ofrezca un programa revolucionario para las mujeres que no haga simple apología de las familias obreras realmente existentes, sino que analice su papel social bajo el capital y apueste por la socialización del trabajo reproductivo. El ideal socialista tiene que recuperar la idea de la producción doméstica como producción social colectiva y centrarse en abolir el trabajo doméstico privado de las mujeres obreras, que traerá como consecuencia la desaparición de la familia como unidad de reproducción social privada de fuerza de trabajo explotable.

IMPERIALISMO

Y VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES



En el presente texto se expone y explica cómo las dinámicas económicas del capital imperialista han desembocado en un control absoluto de las vidas de las mujeres del Sur Global, al mismo tiempo que han introducido nuevas formas de explotación laboral y sexual contra éstas, alterando las relaciones sociales especialmente en las zonas rurales. Para esta tarea se ilustran cuáles han sido los mecanismos del capital para forzar la incorporación de millones de mujeres a la producción capitalista destinada a la exportación de mercancías a Occidente y qué relación tienen con la exportación de capitales, o la extracción de plusvalía en el marco de la Nueva División Internacional del Trabajo. Se centrará el foco en la superexplotación de la mano de obra femenina, en la migración del proletariado del Sur al Norte Global y en las nuevas formas de violencia sexual y reproductiva contra las mujeres de los países imperializados: la prostitución, la gestación subrogada y las esterilizaciones forzosas.

Una aproximación al imperialismo y a sus mecanismos de control

Antes de especificar cuáles son los mecanismos concretos del capital para la proletarización forzada de las mujeres del Sur Global es importante exponer cómo funciona el capital en su fase imperialista. La característica fundamental de esta fase es la exportación de capital desde los centros industriales del Norte Global a países del Sur Global que actúa, entre otras formas, a través de la deslocalización de la producción de mercancías hacia estos países. Las consecuencias de este proceso son de tal calado que no se puede comprender la superexplotación que sufre la clase obrera del Sur Global y tampoco las condiciones de vida de Occidente sin analizar quién produce las mercancías, cómo se producen, qué mercancías se producen, dónde y para quién se producen.

El proceso de deslocalización de la producción hacia países del Sur Global tiene su origen en los años 70-80 del siglo XX y se ve motivado por el funcionamiento interno de la producción capitalista, en concreto por el funcionamiento de la acumulación del capital, que implica que los capitalistas necesitan mantener su posición competitiva en el mercado por diversos medios (innovación tecnológica, estrategias monopolistas, abaratamiento de costes laborales, entre otras). Este aumento incesante de la producción de mercancías termina abarrotando los mercados y exige la búsqueda de nuevos mercados o la necesidad de aumentar incesantemente la capacidad de los mercados de absorber esta masa creciente de mercancías (fomentar que el Norte Global se convierta en un macrocentro de consumo y no de producción). Es decir, el capital para su supervivencia necesita ganar más, para invertir más, para

producir más de forma exponencial en una espiral inagotable que está contenida en su propio ADN.

Como la acumulación de ganancia constituye el imperativo fundamental de la producción capitalista, el capitalista busca mayores ganancias en la producción incidiendo, entre otras cosas, sobre los salarios¹. Así, el capitalista eleva el grado de explotación del trabajo reduciendo el salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo (lo que se conoce como “superexplotación”), abarata los elementos del capital constante (medios de producción, materias primas), asegura la sobrepoblación relativa, el comercio exterior y el aumento del capital por acciones².

El desarrollo de las fuerzas productivas, especialmente los medios de comunicación y transporte, permitieron a los capitalistas encontrar nuevas vías para abaratar los costes de producción a través de la deslocalización de la producción de mercancías al Sur Global. Por tanto, se pudieron extraer más beneficios gracias a la superexplotación de la población local, pagándoles salarios de miseria que serían inconcebibles en Occidente. Los países imperializados se convierten así en el motor del mundo, en el principal productor de mercancías para el consumo en los centros imperialistas de Occidente (en un proceso conocido como Nueva División Internacional del Trabajo). Las fábricas deslocalizadas hacia países como Tailandia, Malasia, Singapur, México, Sri Lanka o Corea del Sur pertenecen o producen para corporaciones multinacionales de capital estadounidense, alemán o japonés de forma mayoritaria³.

1 Iniciativa Comunista, Línea Roja 4.

2 K. Marx. El Capital, Libro III, sección III capítulo XIV: causas contrarrestantes de la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia.

3 María Mies, Patriarcado y acumulación a escala mundial.

Es precisamente en este contexto de deslocalización de la producción durante los años 70 cuando el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional plantean las políticas de ayuda financiera para los países subdesarrollados -como se verá con esto, la concesión de créditos se convierte en una forma de inversión- ideadas inicialmente por Estados Unidos, Alemania, Francia e Inglaterra en íntima relación con la expansión de sus propias inversiones directas y con el objetivo de contrarrestar el avance socialista⁴. Esta política de ayudas financieras se ve impulsada por la gran crisis del petróleo de 1973, la cual supuso un punto de inflexión en el modelo de acumulación capitalista a nivel global en favor de las finanzas sobre el mundo productivo⁵. Por tanto, la ayuda financiera a los países del Sur Global esta intrínsecamente relacionada con la deslocalización de la producción y el desmantelamiento del modelo productivo occidental, que pasa de ser un modelo productivo industrial a un modelo financiero, dando así salida a la crisis ya mencionada.

A consecuencia de esto, en la década de los 80 del siglo XX, los países del Sur Global se encuentran inmersos en una profunda crisis de deuda externa respecto a los bancos europeos y norteamericanos, que requirió refinanciación por parte del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) en forma de Programas de Ajuste Estructural (PAE) a largo plazo, con estas consecuencias:

- Se intensificó la entrada del capital financiero internacional para promover la recuperación eco-

4 Alicia Girón, La Deuda Externa del Tercer Mundo.

5 Iniciativa Comunista, Crisis, Rescate y Austeridad.

nómica mediante la privatización de la tierra, la liberalización del comercio y la reducción del sector público⁶. Esto dejó ingentes masas de poblaciones desposeídas, obligadas a someterse al yugo del trabajo asalariado para las industrias textiles o tecnológicas de capital extranjero, sobre todo en zonas urbanas.

- Se favoreció la concesión de préstamos para la inversión en el sector agrícola e industrial. Los gobiernos locales asumieron préstamos para el desarrollo y la industrialización del país bajo la lógica del desarrollo capitalista⁷.

- Los capitalistas que comenzaron a operar en el sector primario impusieron incrementos de la producción a los pequeños propietarios de tierras, con la finalidad de que exportaran a Occidente, de forma que, para seguir produciendo en sus propias

6 Silvia Federici, *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Otros autores como René Villarreal o Eduardo Bidaurrazaga concluyeron que durante la década de 1980 se limitó la contratación de personal público y se implantaron sistemas de control de los gastos administrativos de gobiernos y empresas públicas en América Latina y en África Austral, respectivamente. Referencias: El FMI y la experiencia latinoamericana: desempleo, concentración del ingreso y represión (Villarreal, 1980); El legado del neoliberalismo en África Austral: los efectos económicos y sociales del ajuste (Bidaurrazaga, 2003).

7 Los organismos financieros como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional o el Banco Interamericano del Desarrollo reconocieron que el financiamiento externo y las inversiones directas están detrás del desarrollo industrial, la construcción de infraestructuras, transportes, comunicaciones e instalaciones de energía. El endeudamiento del sector público de los países subdesarrollados alcanzó, a principios de los 80, los 500.000 millones de dólares (Alicia Girón, *La deuda externa del Tercer Mundo*). Ya en 1916, Lenin también esbozó el embrión de estas dinámicas del capital imperialista en El imperialismo, fase superior del capitalismo.

tierras, los propietarios asumieron créditos para adquirir las semillas, la maquinaria, los pesticidas y todo tipo de elementos básicos para la producción⁸. Estos préstamos se convirtieron en la principal forma de control económico de la población local, a pesar de mantener la propiedad de sus tierras⁹.

- Los países del Sur Global, considerados subdesarrollados, comenzaron a formar parte de Acuerdos Económicos Internacionales (AEI) y asumieron obligaciones comerciales y arancelarias destinadas a liberalizar sus mercados, es decir, quedaron atados a los dictados del FMI y el BM.

Los Programas de Ajuste Estructural han destruido los modos de subsistencia y economías locales en las que las mujeres tenían un papel fundamental. Con anterioridad a la entrada del capital en estos países, el papel de las mujeres estaba centrado en el trabajo dentro de las economías de subsistencia familiar o en pequeñas economías locales de tipo colaborativo, donde hombres y mujeres cooperaban en las tareas. Así, las mujeres de los centros imperializados han sido violentamente empujadas a la esfera del trabajo asalariado y a migrar a las grandes ciudades (o al Norte Global) para ser explotadas en distintos sectores que requieren baja cualificación, como vamos a desarrollar más adelante.

8 Ernest Feder, capital monopólico y empleo agrícola en el Tercer Mundo.

9 Todavía hoy gran parte de la producción de materias agrícolas como el café sigue realizándose en condiciones semi-feudales bajo pequeñas producciones familiares (John Smith, La ilusión del PIB).

Este proceso destructor no es accidental, sino que es altamente violento y consciente por parte de organismos supranacionales, las élites burguesas y los gobiernos de los propios países imperializados. En este punto, las guerras en países del Sur Global en Oriente Medio (Siria, Irak, Afganistán, etc) juegan un papel crucial de desestabilización y desposesión local, y son una muestra más de la imposición de los intereses del capital occidental en el Sur Global¹⁰.

Por tanto, a la hora de hablar de la situación de las masas obreras y en especial de las mujeres de los países imperializados el único término adecuado es su explotación: salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo para una población cuya economía local y formas de subsistencias propias les han sido arrebatadas en favor de la lógica imperialista, en la que tanto multinacionales como organismos internacionales y Gobiernos de países imperializados han participado. El Norte Global, antaño productor y exportador de mercancías, se convierte desde los años 70 en centro de consumo y circulación de las mercancías, basando su economía en el sector servicios, tecnológico y financiero¹¹. En palabras de Red Rover y Butch Lee, la dinámica del neo-colonialismo es ayudar al desarrollo de la sociedad nativa hacia una estructura vertical de clase con fuerzas nativas pro-capitalistas que, consciente o inconscientemente, se alinean con el imperialismo¹².

10 Silvia Federici. *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*.

11 Iniciativa Comunista, *Línea Roja 4*.

12 Butch Lee/Red Rover. *Night Vision: illuminating war and class on the neo-colonial terrain*.

La proletarización masiva de las mujeres del Sur Global

El proceso económico descrito ha incidido especialmente en las mujeres de áreas rurales del Sur Global, que se han visto arrastradas a la proletarización masiva¹³. Es por ello necesario exponer el proceso concreto de dominio sobre las mujeres, y, sobre todo, qué agentes económicos operan y a través de qué instrumentos.

A partir de los años 70, coincidiendo con el auge de la exportación de capitales al Sur Global, los Estados imperialistas comienzan a promover distintos programas de desarrollo para las mujeres rurales del Sur Global a través de organismos como la ONU, con el fin de proletarizarlas, incorporándolas a la industria manufacturera y agrícola¹⁴. En este punto es verdaderamente ilustrativo el Informe para la Conferencia sobre la Mujer, celebrada en México en 1975¹⁵. Estos organismos empezaron a introducir epígrafes sobre las mujeres en sus planes de desarrollo para emplear de forma asalariada a las mujeres de áreas rurales en la industria manufacturera y agrícola con la excusa de la situación de pobreza que sufren bajo condiciones del modo de producción de subsistencia familiar. En palabras del Banco Interamericano para

13 Saskia Sassen, *Los espectros de la globalización*.

14 Maria Mies, *Patriarcado y acumulación a escala mundial*.

15 Este párrafo del Informe de la Conferencia de 1975 marca la línea que los Gobiernos van a aplicar en torno al desarrollo de las mujeres: los miembros de la Conferencia son de la opinión de que la máxima prioridad que deberían tener los Gobiernos es el desarrollo de programas para el desarrollo de la mujer en zonas rurales [...] para que tengan la posibilidad de incrementar su productividad y dedicar una parte de sus ingresos a mejorar las condiciones económicas, sociales e infraestructura del lugar en el que viven. Estos programas deben tener como objetivo la modernización rural e incorporar reformas agrarias, la creación de empleo, así como la planificación familiar.

el Desarrollo o de la ONG Intermon Oxfam, las mujeres fueron puestas a trabajar en actividades generadoras de ingresos¹⁶. En el sector agrícola, las mujeres comenzaron a trabajar en la producción de fresas, flores y verduras a gran escala para la exportación a Occidente, así como en las plantaciones de té o café, azúcar o arroz¹⁷.

Este proceso de proletarización masivo tiene tres consecuencias relevantes: la primera, que las mujeres trabajadoras, desposeídas totalmente de sus medios de subsistencia y de sus lazos familiares, se convierten para el capital en trabajadoras baratas y disciplinadas, y por tanto en competencia directa de los hombres por los empleos en las zonas industrializadas; la segunda, que la incorporación de las mujeres a la manufactura supone el abandono de las tareas de subsistencia familiares, dificultando las posibilidades de supervivencia de las familias y modos de producción autóctonos en las zonas rurales, ya que las mujeres son figuras clave en las economías de subsistencia¹⁸. Esta diferencia, a priori puramente económica, se combina con la occidentalización que hace el capital extranjero de los trabajadores locales, una dominación no solo económica sino cultural y social, que crea fuertes vínculos con los países imperialistas¹⁹;

16 Se expresa así en esta publicación de finales de los años 80: El Banco reconoce que para que las mujeres se conviertan en agentes efectivos en el desarrollo del capital humano, se debe prestar especial atención a intensificar su contribución y a tener en cuenta sus necesidades, sus diferentes roles y sus cambiantes circunstancias económicas y familiares. Ello significa que se debe reconocer más su contribución actual y potencial como productora, como individuo capaz de tomar decisiones y como generadora de ingresos. (<https://www.iadb.org/es/acerca-del-bid/la-mujer-en-el-desarrollo%2C6230.html>). Véase también esta publicación de Intermon Oxfam: <https://www.oxfam.org/es/laos-un-mejor-futuro-para-las-mujeres>.

17 María Mies, Patriarcado y acumulación a escala mundial.

18 Saskia Sassen, Los espectros de la globalización.

19 Íbidem.

y la tercera, que la destrucción de las formas de subsistencia previas a la irrupción de las relaciones capitalistas también fuerza a las mujeres a migrar hacia el Norte Global para su supervivencia²⁰ y también hacia las ciudades de sus propios países para ser empleadas en la industria manufacturera²¹.

La proletarización femenina en la manufactura electrónica y textil

La Nueva División Internacional del Trabajo desconecta la producción y el consumo: las mujeres del Sur Global, eminentemente productoras, no saben para quién producen; el Norte Global, en su faceta de consumidor, no sabe quién ni en qué condiciones produce la mercancía que compra. Mujeres jóvenes, poco escolarizadas o analfabetas, nada familiarizadas con sus derechos laborales, desesperadas por trabajar y captadas en zonas rurales, son el perfil de trabajadora más común en la industria manufacturera textil, calzado, electrónica y juguetera²².

En la Conferencia de la ONU sobre Mujeres, celebrada en Copenhague en 1980, se afirmó que dos tercios de todo el trabajo mundial se realiza por mano de obra femenina y en las zonas nucleares productivas del sudeste asiático, África y América Latina, más del 70% de la mano de obra es femenina. A finales de la década

20 Entre 1972 y 1979, el 45,6% de los migrantes legales eran mujeres (Saskia Sassen, Los espectros de la globalización).

21 La migración urbana de las mujeres no empezó hasta la introducción de la estrategia de industrialización orientada hacia la exportación (Rohini Banaji, La mujer en la industria textil de Asia y África, 1985).

22 Ver Saskia Sassen.

de los 70, hasta el 80% de la mano de obra de las fábricas electrónicas en el sudeste asiático lo constituían las mujeres²³. En el ejemplo de la manufactura electrónica vietnamita, las obreras trabajan empalmando cables en microchips diminutos bajo microscopio durante horas, sin poder sindicarse, sin descanso, siendo despedidas si se casan o tienen hijos. Igualmente son despedidas cuando, tras varios años forzando la vista en el microscopio, empiezan a perder visión y ya no pueden cumplir con la cuota de producción²⁴. Así, el capital encuentra en las mujeres del Sur Global una mano de obra sumisa y disciplinada²⁵.

Con el ejemplo de la industria textil bangladesí podemos ver hasta qué punto es rentable para el capitalista producir en países con mano de obra barata. Así, de los 4,95€ del precio de venta de una camiseta solo el 28% del precio vuelve a la fábrica textil (1,35€); mientras que los 3,54€ restantes (el 72% del precio) contribuyen al PIB del país donde se vende la prenda y se reparten de diversa forma entre mayoristas, publicistas, transportistas, impuestos para el Estado y otros intermediarios. Las trabajadoras de la fábrica bangladesí, que llegan a producir 3.000 camisetas al día en jornadas intensivas de 12 horas solo cobran 1,36 euros diarios²⁶. Esta situación viene ya configurada desde los años 80, época en la que el número de empresas dedicadas a la confección de textil para exportación creció enormemente, y empleaba a 200.000

23 María Mies, Patriarcado y acumulación a escala mundial, citando a Folker Fröbel, La nueva división internacional del trabajo: desempleo estructural en países industrializados e industrialización en países en desarrollo.

24 Butch Lee/Red Rover, Night Vision: illuminating war and class on the neo-colonial terrain.

25 Íbidem.

26 John Smith, La ilusión del PIB.

trabajadoras con salarios que a duras penas permitían la supervivencia. En su mayoría eran niñas y mujeres que no superan los 21 años y mujeres de mayor edad divorciadas, gran parte de ellas provenientes de áreas rurales²⁷.

En 1970 las mujeres constituían solamente el 29% de los empleados en la industria manufacturera de Malasia y en la década de los 80, eran ya el 41%. La industria textil se convirtió en la industria de crecimiento más rápido y la cuarta en ganancias en dólares, dentro del cuadro total de todas las exportaciones. La electrónica era la industria de mayor desarrollo después de la del vestido. Por su parte en Tailandia, en 1981, el 44% de los empleados en la industria manufacturera eran mujeres. En Indonesia, durante los años 80, un total de dos millones de mujeres estaban empleadas ya en la industria manufacturera²⁸.

Estos dos sectores industriales (electrónico y textil) son ejemplos paradigmáticos de la explotación de la fuerza de trabajo femenina en el Sur Global. Las condiciones de vida en los centros imperialistas dependen directamente de esta ingente extracción de plusvalía, que se apoya, fundamentalmente, en la progresiva proletarianización de las mujeres allí donde el estado de la lucha de clases le es más favorable a la burguesía.

27 Rohini Banaji, *La mujer en la industria textil de Asia y África*, 1985.

28 *Ibidem*.

La proletarización femenina en el trabajo doméstico

Ya hemos visto que la organización económica que predominaba en los países de la periferia es el modo de producción familiar de subsistencia, en el que las mujeres producían pero también realizaban tareas reproductivas bajo el sometimiento del régimen patriarcal del cabeza de familia. Ahora vamos a ver cómo cambia esta situación económica con el asentamiento y dominio del capital imperialista. La nueva configuración de las relaciones económicas obliga a las mujeres a migrar al Norte Global, donde son empleadas en tareas domésticas en las casas de las mujeres occidentales que han ido intensificando su participación en el actividades asalariadas o bien son empleadas baratas, flexibles y dóciles para las empresas de colocación de personal en puestos de trabajo de baja cualificación (hostelería, limpieza profesional, agricultura, trabajos manuales) mediante la subcontratación²⁹.

Así, el trabajo doméstico externalizado en los hogares acomodados de Occidente contribuye de una forma muy concreta a la riqueza de los centros imperialistas: las mujeres migrantes limpian casas por salarios de miseria, crían hijos, cocinan, cuidan a mayores, permiten que las mujeres occidentales escapen de un trabajo que ya no quieren o no pueden hacer sin reducir su nivel de vida y aspiraciones profesionales. Además, las mujeres migrantes cargan con el trabajo doméstico en sus propias familias, bien porque están solas, bien porque sus maridos trabajan más horas que ellas o bien porque ellos mismos se desentenden de un trabajo considerado “de mujeres”.

29 Saskia Sassen, Los espectros de la globalización.

La centralidad de esta clase de trabajo en las sociedades y la situación de especial vulnerabilidad (debido, entre otros motivos, a las diversas leyes de extranjería) se materializa y se refuerza en la ocupación de puestos de trabajo altamente precarios: largas jornadas laborales, sin contrato ni cotización a la seguridad social, sin vacaciones, expuestas a comportamientos racistas y abusos sexuales. Y es que al mismo tiempo son consideradas trabajadoras de segunda y su actividad laboral es constantemente devaluada. Baste un ejemplo: la mercantilización capitalista de la mujer filipina en base a su pobreza y el sentido claramente patriarcal de obligación familiar las ha convertido, en muchas zonas del mundo, en una marca comercial³⁰.

Vemos que la Nueva División Internacional del Trabajo es a su vez, una división sexual del trabajo que sitúa a las mujeres en el centro de la explotación internacional del trabajo, pudiendo concluir que el intenso sometimiento de las mujeres en lo económico refuerza la servidumbre frente a los hombres.

Violencia sexual contra las mujeres del Sur Global

Hasta aquí se ha abordado tanto el proceso de proletarización como los dos destinos principales de las mujeres del Sur Global: el trabajo en la manufactura de exportación y la migración hacia países del Norte Global. Pero el capitalismo en su fase imperialista ha converti-

30 Butch Lee/Red Rover, Night Vision: illuminating war and class on the neo-colonial terrain.

do a estas mujeres en un nicho constante de negocio, y no sólo fabricando para Occidente con escasos salarios: la explotación sexual se ha convertido en una actividad rentable que se concreta, entre otras formas, en la prostitución mediante el turismo sexual. Este mercado surge a partir de los años 80 y se ha orientado desde sus comienzos, como una suerte de moneda de cambio, al consumo sexual de mujeres de los países de la periferia por los ejércitos y turistas occidentales masculinos³¹.

Los Gobiernos capitalistas, sobre todo del sudeste asiático, han utilizado la prostitución como reclamo turístico a los países occidentales, convirtiendo países enteros en patios de recreo sexuales para turistas europeos, estadounidenses y japoneses³². El auge del turismo sexual y de la prostitución crece en paralelo a la inversión extranjera y a las intervenciones militares en el Sur Global: como el capital occidental ha destruido los modos de producción locales y rurales para proletarizar a la población rural, muchas de las mujeres más jóvenes se han visto totalmente desprovistas de mecanismos de subsistencia, teniendo que recurrir a la explotación sexual para malvivir. Incluso son las propias familias las que, en un intento desesperado de saldar sus deudas, venden a las mujeres más jóvenes para que trabajen en la prostitución; si bien buena parte de estas mujeres son ex-trabajadoras de la manufactura tempranamente expulsadas de las fábricas debido a problemas de salud derivados de las interminables jornadas de trabajo.

31 Íbidem.

32 Íbidem

El caso más destacable es el turismo sexual en Tailandia, que mueve a 4 millones de turistas todos los años en vuelos fletados por aerolíneas de primer nivel³³ y cuyos pasajeros son llevados de burdel en burdel por una industria de transporte local especializada en distribuir a los turistas sexuales. Solo en Bangkok, donde viven 10 millones y medio de personas, medio millón son mujeres prostituidas. El gobierno tailandés se defiende afirmando que la prostitución es mejor que el concubinato o ser 'la segunda esposa' en una relación poligámica, porque es "voluntaria" y porque "solo" 15.000 prostitutas son realmente esclavas sexuales³⁴. Otro ejemplo es Camboya, donde un porcentaje importante de mujeres que trabajan en el sector de la industria textil y servicios se han visto forzadas a ejercer la prostitución para completar sus bajos salarios³⁵ y el número de mujeres prostitutas ha pasado de 1.000 durante los años 80 a 55.000 mujeres en la actualidad siendo usual encontrar menores de edad prostituidas³⁶. La industria de la prostitución tailandesa mueve cerca de 300 millones de dólares anuales y las mujeres forzadas a la prostitución suelen provenir de las zonas rurales, justamente donde el Gobierno aplica los planes de desarrollo anteriormente mencionados. Por su parte, en Indonesia el sector del sexo mueve entre 1200 y 3300 millones de dólares anuales, casi el 2,5% del PIB³⁷.

33 La compañía aérea low-cost malaya Air Asia, realizó una campaña publicitaria en 2019 con el eslógan

"Get off in Thailand", que literalmente significa "bájate en Tailandia" pero también "ten sexo en Tailandia". Referencia: <https://www.bbc.com/news/world-australia-47694416>

34 Butch Lee/Red Rover, Night Vision: illuminating war and class on the neo-colonial terrain

35 R. Pozo, L. Ballester, C. Orte, La estructura del sector del sexo en el sureste asiático.

36 United Nations Office on Drugs and Crime, Transnational Organized Crime in East Asia and the Pacific.

37 R. Pozo, L. Ballester, C. Orte, La estructura del sector del sexo en el sureste

Pero el turismo sexual no sólo es protagonizado por los hombres occidentales que acuden al Sur Global para depredar mujeres y niñas, sino que es una práctica totalmente normalizada en las aventuras imperialistas de los ejércitos occidentales: el caso más conocido, el ejército estadounidense en la Guerra de Vietnam³⁸.

Las mujeres del Sur Global también están siendo víctimas de una práctica igualmente deshumanizadora: el alquiler de vientres o la llamada gestación subrogada. Ésta es una nueva forma de violencia contra las mujeres desposeídas de los países imperializados, que se ven forzadas a vender su capacidad reproductiva a las familias ricas del Norte Global tras haber sido previamente desposeídas de todos sus lazos sociales y familiares y sus medios de vida³⁹. Esta práctica, que emplea de forma perversa los cuerpos de las mujeres más precarias, se oferta en los países “avanzados” como alternativa para aquellas parejas que no pueden o quieren gestar a su descendencia. De este modo, la gestación subrogada permite a estas mujeres continuar con sus carreras laborales sin que

asiático.

38 Uno de los casos más conocidos es el de la guerra de Vietnam, pero hay más: se estima que en los años 60 el 25% del PNB de Corea (destrozada por la guerra) provenía de la presencia de los militares estadounidenses, según oficiales de inteligencia del propio ejército, haciendo hincapié en que la prostitución tenía un impacto significativo en la economía local. Referencia: Katherine Moon, *Sexo entre aliados*, capítulo 1.

39 En India, distintos estudios reflejan que la pobreza y la necesidad de supervivencia son los principales motivos que las conducen a la gestación subrogada, además de que el coste de esta práctica es menos costosa que en otros países (ver *Journal Feminist, Gender, Women Studies*, Instituto Universitario de Estudios de la Mujer (IUEM), Universidad Autónoma de Madrid, <https://doi.org/10.15366/jfgws2021.10>). Reflejo de esto es la aprobación en 2018 de la *Surrogacy (Regulation) Bill 2016*, que limita la gestación subrogada únicamente a mujeres de nacionalidad india que no puedan tener hijos de manera natural y sanciona con multas y cárcel el incumplimiento: <https://pr-sindia.org/billtrack/the-surrogacy-regulation-bill-2016>

peligre su salud. Esta práctica ejemplifica a la perfección cuál es la dinámica del capital en los países dominados: población local al servicio del capital en todos los ámbitos económicos. Países como Ucrania, Georgia, Kazajistán o México tienen legalizada la gestación subrogada, mientras que otros como Tailandia o Bangladesh la consideran alegal⁴⁰.

La gestación subrogada es un claro ejemplo de explotación con un carácter altamente imperialista por su faceta deslocalizadora, y crea un flujo económico entre los países del primer mundo a los que pertenece la élite contratante y el llamado tercer mundo. Un flujo de capital que asegura las condiciones de pobreza extrema de las mujeres de la periferia, su explotación, el abuso físico y psicológico. En contraprestación los gobiernos del Sur Global se benefician del hecho de que cada niño vendido trae divisa extranjera a sus arcas.

Otra forma de violencia sistemática hacia las mujeres del Sur Global es la coerción ejercida por las autoridades para llevar a cabo programas de esterilización forzada sobre las mujeres más pobres, con dos objetivos fundamentales: 1) para controlar y erradicar las altas tasas de pobreza de estos países, en palabras de organismos supranacionales como la ONU o el FMI, es decir, para controlar el exceso de población relativa para las necesidades del capital; 2) para ligar de forma indisoluble a la mujer a la industria manufacturera de exportación. En el primer caso el fundamento de los masivos programas de esterilización es eminentemente político y eugenésico; en el segundo caso, el motivo es fundamentalmente

40 Guerra Palmero, *Contra la mercantilización de los cuerpos de las mujeres. La gestación subrogada como nuevo negocio transnacional*.

económico: las mujeres que se quedan embarazadas y tienen que cuidar de sus hijos causan bajas en las filas de las fábricas manufactureras y con ellas, pérdidas para las empresas. Estos programas de esterilización masiva han sido históricamente programas que no ofrecían información suficiente ni comprensible de las consecuencias de la esterilización y han sido impuestas y promovidas tanto por autoridades locales como por los propios Estados y organismos imperialistas y en algunos casos han estado y están vigentes durante los siglos XX y XXI en países como Kenia, México, Bolivia o Brasil con excusas como la lucha contra el VIH⁴¹. Varios países como Camboya, Nepal, Filipinas o Bangladesh crearon incentivos para las esterilizaciones y proporcionaron programas de planificación familiar en los cuales las mujeres eran compensadas por la pérdida de sueldos y por gastos de transporte hacia las instituciones de salud que ofrecían esterilizaciones⁴². En Perú, a finales de los 90, el presidente Alberto Fujimori, con el soporte económico del Banco Mundial, llevó a cabo más de 300.000 esterilizaciones forzadas en las mujeres campesinas de las regiones andinas bajo el pretexto de acabar con la pobreza, pero fueron sin duda también un ataque contra la organización maoísta Partido Comunista del Perú⁴³.

Por su parte, EEUU ha aplicado en sus propias fronteras programas de esterilización contra población

41 Es famoso el caso de Bolivia y la esterilización de mujeres indígenas por el Cuerpo de Paz de EEUU en los años 60. En México también se esterilizó a mujeres indígenas, presidiarias o con VIH y existen múltiples denuncias sobre los intentos del Estado keniano entre otros estados africanos, de llevar a cabo esterilizaciones forzadas como forma de control del VIH.

42 Kumar, Qué podemos aprender de las experiencias pasadas con la coerción.

43 Alejandra Bayón, Memorias del caso peruano de esterilización forzada.

negra, presidiarios y población latina desde finales del siglo XIX. California fue el gran Estado de las esterilizaciones realizando 20.000 de ellas entre 1920 y 1950. Más reciente en el tiempo, existe el caso de los ensayos con la píldora anticonceptiva en Puerto Rico bajo la exigencia de reducir la pobreza de su país, al haber sido altamente automatizada la industria que antaño necesitaba mano de obra. En la década de los 70, el 35% de mujeres puertorriqueñas en edad fértil habían sido esterilizadas⁴⁴.

Conclusiones

En este texto se han detallado las características que constituyen el imperialismo contemporáneo, destacando sobre todo el control del capital financiero a través del endeudamiento sistémico de los países imperializados, la deslocalización de la producción y la superexplotación de la mano de obra femenina de las mujeres de áreas rurales del Sur Global, como mecanismo fundamental que ha permitido al capital occidental incrementar sus beneficios.

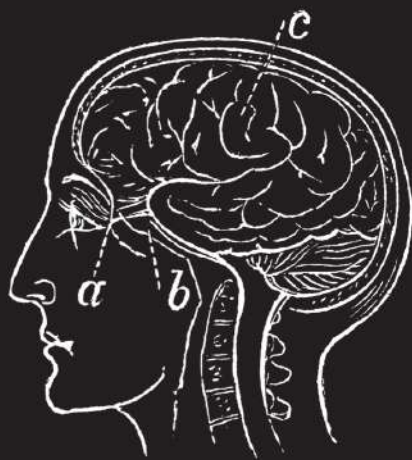
El análisis de los principales elementos del proceso de proletarización masiva y dominación económica y sexual sobre las mujeres del Sur Global permite concluir que éstas sufren una violencia extrema que no puede diseccionarse en “violencia capitalista, económica o violencia patriarcal/sexual”. No se pueden entender las interminables jornadas de trabajo de doce horas sin la previa desposesión de los pocos medios de producción y de subsistencia de la población del Sur Global. No

44 Angela Davis, Mujeres, raza y clase.

se puede entender la magnitud actual de la prostitución sin analizar esta desposesión y destrucción de lazos sociales y familiares de subsistencia. La violencia imperialista que asola a las proletarias del Sur Global tiene distintas manifestaciones y se presenta de diversas formas, pero todas ellas responden al desarrollo de las relaciones capitalistas, al desarrollo de un modo de producción que devora y configura todas las facetas de la vida y las relaciones sociales en todo el mundo en busca de un solo objetivo: la constante acumulación de capital para su supervivencia. El imperialismo es el auténtico motor de toda esta violencia, y no podrá ser destruido sin la organización revolucionaria de la clase obrera bajo la bandera del internacionalismo proletario.

PATRIARCADO

Y CAPITAL: UNA TOTALIDAD CONTRADICTORIA



El uso del término “patriarcado” está extendido entre las corrientes feministas y otros movimientos sociales. A lo largo de la historia del propio movimiento feminista se han ido encontrando dificultades a la hora de acuñar una definición unitaria del patriarcado, si bien es cierto que se suele definir como “estructura de dominación económica, cultural, social, sexual, institucional de los hombres sobre las mujeres”¹. Lo más común es que se entienda el patriarcado como un sistema de opresión independiente y autónomo respecto del capitalismo, pero interrelacionado con él.

Este texto, por tanto, tiene la tarea de explicar las relaciones existentes entre la estructura capitalista y la violencia que sufren específicamente las mujeres, de qué forma conviven y si aquélla configura la otra. Para esta misión, debemos adentrarnos en conocer qué es la clase social, las contradicciones que surgen en su seno y

1 Cinzia Arruzza, Reflexiones degeneradas: Patriarcado y capitalismo.

cómo éstas se manifiestan en la sociedad, desechando reduccionismos economicistas y teorías que abogan por una interrelación de opresiones (interseccionalidad) o de “ejes de opresión”. Analizaremos cómo actúa la clase en sus determinaciones con el fin de comprender mejor la realidad violenta que sufre la clase trabajadora en general, y las mujeres en particular para abordar de forma más profunda el funcionamiento del capitalismo y facilitar, por tanto, la organización revolucionaria de nuestra clase.

La situación cambiante de las mujeres: producción y reproducción

Para comprender qué relación tiene la clase social con la violencia contra las mujeres es primordial conocer cuál ha sido el desarrollo histórico concreto y la evolución de la opresión femenina. Durante la prehistoria, en concreto durante el Paleolítico, la vida de los seres humanos era nómada, por lo que no existía el concepto de casa y familia como la entendemos actualmente. Los humanos debían proveerse a sí mismos y a los suyos cazando, recolectando. En el Neolítico, ya en sociedades agrícolas y ganaderas, el desarrollo de la producción y los conocimientos técnicos permitieron a los grupos humanos acumular el excedente de productos y alimentos, propiciando el sedentarismo. Comenzaron a surgir las primeras formas de propiedad privada y control reproductivo de las mujeres y los clanes y familias fueron progresivamente capitaneadas por los hombres². La familia se convierte así

2 Gerda Lerner, La creación del patriarcado.

en una herramienta para perpetuar la propiedad privada mediante la herencia, y las mujeres van quedando más relegadas a las labores reproductivas.

A lo largo de la etapa feudal, tal y como apuntamos en el capítulo segundo, las mujeres participaban en la producción comunitaria, que incluía tareas de subsistencia como labores domésticas, de crianza, cuidado de tierras y de ganado, los cuales se destinaban a alimentar y mantener a la familia, (aunque no eran propietarias legales de estos medios de producción).

Con el advenimiento del capitalismo, la burguesía incipiente expropia las tierras a los campesinos y comienza a destruir la propiedad comunal y familiar, acaparando para sí los medios de producción que pertenecían a las familias campesinas. Las mujeres son forzadas al trabajo reproductivo para mantener la fuerza de trabajo del marido, que se convierte en obrero asalariado, aunque en función de las necesidades productivas del capital, las mujeres salían del ámbito privado de la casa y la familia para convertirse en asalariadas, produciendo no para sí, sino para el burgués. Si bien el capital no crea la subordinación de las mujeres, existe una subsunción parcial del modelo patriarcal feudal en el propio capitalismo, de forma que éste surge y se desarrolla sobre los hombros de la subordinación previa de las mujeres, reconfigurándola e intensificándola. Podemos decir que la violencia contra las mujeres se relacionó con las necesidades del capital emergente, que requirió en sus inicios de una estricta división sexual del trabajo: hombres asalariados en la esfera productiva, y mujeres trabajando en tareas domésticas y de crianza en la esfera no productiva.

La situación de las mujeres también cambió con el asentamiento del capitalismo en su fase imperialista: en Occidente, las mujeres sobre el papel ya no tienen prohibidos determinados trabajos, y se les ha reconocido los mismos derechos que los hombres (pueden adquirir viviendas y propiedades, contraer matrimonio o divorciarse, trabajar de forma asalariada o ser empresarias). Pero en la práctica las mujeres, especialmente las obreras, continúan sufriendo una violencia descomunal. Tienen bajos salarios, contratos temporales y jornadas parciales, no pueden acceder por sí mismas a una vivienda debido al coste de éstas y a los bajos salarios. Llevan el peso del trabajo doméstico y tienen que compaginar el trabajo asalariado con la crianza. Además, son vejadas y acosadas sexualmente en el trabajo, son despedidas por causa de embarazo. También constituyen la mayoría del paro estructural y en el mercado de trabajo suelen ocupar los sectores peor remunerados y más precarios. Así las mujeres se ven sistemáticamente abocadas a la dependencia económica y emocional de sus padres y parejas, siendo en ocasiones asesinadas por éstas. Toda esta violencia refleja que los derechos que el Estado capitalista reconoce a las mujeres no se hacen efectivos.

Por su parte, las mujeres del Sur Global han sido forzosamente proletarizadas en grandes fábricas para la producción de mercancías hacia Occidente, cobrando salarios que apenas facilitan la supervivencia de las obreras, trabajando fuera de casa la mayor parte del día, sin tiempo ni condiciones para criar ni atender a la familia. Y cuando no pueden asumir estas condiciones, se ven forzadas a migrar hacia Occidente para mantener a su familia y lograr sobrevivir empleándose en trabajos de baja cualificación y remuneración, muchas veces sin

contrato de trabajo y bajo la amenaza de ser expulsadas del país por no tener regularizada su situación.

Vemos, por tanto, cómo la situación de las mujeres ha variado en función de la fase histórica concreta, en función de las necesidades del modo de producción dominante de ésta y cómo la clase dominante, bajo el capital, domina y configura el papel de la clase obrera y de las mujeres obreras en todo el mundo. Y es que estos ejemplos históricos nos permiten analizar el papel determinante del modo de producción en la configuración del rol de las mujeres en la esfera reproductiva y en la configuración de la división sexual del trabajo.

Así podemos comprobar que la esfera reproductiva no es autónoma de la esfera productiva, sino que ambas esferas forman parte integral del mismo modo de producción, y que ambas son necesarias para el funcionamiento de éste, sin que podamos afirmar que sean realidades separadas que funcionan con sus propias reglas. Esto es así pese a que la subordinación de las mujeres se refuerce, en gran medida, en las paredes del hogar a través del trabajo reproductivo. Parafraseando a Marx, el capitalismo no es solo productor de plusvalía sino de una masa obrera creciente; todo modo de producción dominante debe producir constantemente a los sujetos que encarnan las relaciones sociales dominantes³. Esto tampoco significa que no haya tensiones, retrocesos, contradicciones e inercias a la hora de acomodar la esfera reproductiva a las necesidades de la productiva.

Todo modo de producción se ha apoyado a su vez en la esfera reproductiva para que se mantengan y re-

3 K. Marx, Capítulo VI inédito de "El Capital".

produzcan las relaciones sociales concretas, sirviéndose de una división sexual del trabajo que, bajo el dominio del capital, encadena a las mujeres obreras.

Hacia un concepto integrador de clase

Expuestas estas notas históricas muy condensadas de la situación de las mujeres en la historia occidental, es necesario hablar ahora de qué se entiende por “clase” y cómo se conecta con la violencia y opresión que sufren las mujeres.

Entendemos la clase social como la posición que ocupan los individuos en un modo de producción determinado. En el capitalismo, la clase social se concreta en clase burguesa y clase obrera, que encarnan una contradicción insalvable, pues la burguesía ostenta la propiedad de los medios de producción y el proletariado sólo puede sobrevivir vendiendo su fuerza de trabajo a la burguesía. Pero decir que esta es la única contradicción dentro de la sociedad capitalista es simplificar las cosas, pues la clase social se manifiesta y se concreta de diferentes formas en los individuos, lo que llamamos determinaciones de la clase.

Las mujeres y hombres proletarios, pese a formar parte de la misma clase social y estar explotados por la burguesía, no sufren exactamente la misma violencia, y esto refleja que la violencia contra las mujeres no se limita al ámbito puramente económico. Pensar esto sería una reducción mecanicista, propia de una definición de clase del materialismo vulgar que ignora las manifestaciones culturales e ideológicas del capital como relación

social. Y es que no todas las manifestaciones de la violencia que sufren las mujeres pueden explicarse por ser funcionales a la explotación económica: el acoso callejero, las agresiones sexuales o el sometimiento de las mujeres en el seno de la familia no se dan porque la burguesía genere así más plusvalía o porque sean estrictamente necesarias para la explotación asalariada. Este tipo de violencia existe porque las relaciones sociales capitalistas se han configurado sobre la dominación de las mujeres y esta forma parte del funcionamiento general de la sociedad capitalista. Por ello, tan erróneo es sostener que la violencia sobre las mujeres es ajena al capitalismo como defender que la violencia machista sólo se produce en el ámbito estrictamente económico (relación asalariada).

Un pobre entendimiento de la clase lleva a concebir la violencia y opresión hacia las mujeres como un fenómeno autónomo respecto al modo de producción y sus consecuencias. Así, las teorías hegemónicas del feminismo analizan de forma errónea el surgimiento y la reproducción de esta violencia, interpretando que ésta actúa al margen del capital, cuando en realidad lo hace de una forma aparente, en su manifestación “superficial”. Estas tesis explican la situación de las mujeres sin abordar el modo de producción de cada época, analizan lo particular ignorando la totalidad y sin resolver qué relación tiene la violencia contra las mujeres con los cambios en la organización económica. Intentan profundizar en la opresión específica de las mujeres y llegan a conclusiones intuitivas explicando el origen la opresión femenina en el “trabajo reproductivo” sin analizar cómo el capitalismo se ha nutrido en lo concreto del trabajo de las mujeres. Su enfoque político ha generado un antagonismo dialéctico y político entre la categoría de hombre y

de mujer y lo convierte en el problema teórico y político fundamental.

Y es que analizar lo particular sin conectarlo con el funcionamiento completo y complejo de la clase social, con la “totalidad”, sin estudiar la historia desde el materialismo histórico, lleva a las feministas a centrar sus esfuerzos en la unión abstracta entre las mujeres, con independencia de a qué clase social pertenezcan. Separar artificialmente el funcionamiento del modo de producción capitalista (esencia) y la violencia específica y sistemática sobre las mujeres (apariencia)⁴ puede provocar desunión entre las mujeres y hombres de la clase trabajadora en la construcción de la organización revolucionaria.

Pero estos planteamientos que analizan a las mujeres como cajones estancos que sufren la misma violencia independientemente de lo demás, también tienen otras consecuencias políticas, como el impulso de las narrativas de las identidades que se presentan fuera de la clase. Al entender las diferentes violencias por cuestión de género, raza o sexualidad como algo separado del funcionamiento del modo de producción capitalista, los movimientos que quieren acabar con estas violencias tienen una práctica política fragmentaria, cada vez más autorreferencial, y entienden que este modo de organización es la herramienta para su emancipación. De esta forma se desvinculan de la construcción de un proyecto revolucionario que socave las relaciones capitalistas.

4 Entiéndase la esencia como las leyes fundamentales y las conexiones internas de las cosas, y la apariencia como su manifestación superficial

Fuera de los planteamientos feministas también encontramos análisis erróneos sobre el funcionamiento de la violencia contra las mujeres en el capitalismo y su relación con la clase. Son las teorías economicistas o económicamente reduccionistas que defienden que la violencia y opresión que sufren las mujeres es puramente violencia económica, pero no entendida como violencia de clase, sino como efecto directo de ser mujer asalariada o directamente pobre. Si bien tienen en cuenta la afectación puramente económica en las mujeres, no pueden explicar por qué las mujeres sufren violaciones, agresiones y acoso sexual por su mera condición de asalariadas y por tanto no explican por qué existen fenómenos específicos que afectan a las mujeres tanto en lo económico como en otros aspectos de la vida. Así, en un intento de dar una respuesta a “la especificidad de la opresión de las mujeres”, la entienden como pura inercia histórica accidental o como situación históricamente superada. En definitiva, plantean la realidad bajo la contradicción capital-trabajo, pero limitándola a la relación económica asalariada. Y es que si no logran esclarecer cuáles son los vínculos internos entre esta violencia y el modo de producción dominante, no están esclareciendo nada. Tal y como reconoce F. Engels: Según la concepción materialista de la historia, el factor que en última instancia determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el único determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda⁵.

Para profundizar en la relación entre la clase y la violencia contra las mujeres, tenemos que apartar-

5 Carta de F. Engels a J. Bloch, 1890.

nos tanto de las teorías reduccionistas o economicistas, como también de los planteamientos feministas que conciben a las mujeres como un grupo homogéneo que sufre la misma violencia. Y como primer paso, debemos acercarnos a una postura integradora del concepto de clase, la clase entendida como una relación social mediada por un conjunto de determinaciones que forman una totalidad con manifestaciones diversas y contradictorias.

Y a partir de este concepto de clase, nuestra tarea consiste en entender la forma real, diversa y contradictoria del funcionamiento del sistema capitalista para que podamos no sólo formar, sino organizar a nuestra clase para derribarlo.

Patriarcado y la llamada interseccionalidad

Expuestos los principales planteamientos políticos, nos es más fácil resolver uno de los principales debates teóricos dentro de la teoría feminista o de género, esto es, si el “Patriarcado” es un sistema de dominación autónomo y específico sobre las mujeres.

Las tesis feministas que han venido dominando durante las últimas décadas⁶ aseguran que el patriarcado es un sistema que actúa de forma diferenciada y propia, o en el mejor de los casos, “que se interconecta” con el capital o con “otras opresiones”. Sitúan el eje principal del “Patriarcado”, la violencia contra las mujeres, en la relación social antagonica entre hombres y mujeres, tratando al Patriarcado como un sistema que se autorre-

6 Cinzia Arruzza, Reflexiones degeneradas: Patriarcado y capitalismo.

produce y mantiene a lo largo de la historia con base en dicha contradicción.

Hemos analizado anteriormente que la opresión de género no se origina con el capitalismo, sino que está relacionada con los procesos de producción precapitalistas y el surgimiento de las clases sociales desde el neolítico, bajo los cuales la familia se organizaba de forma jerárquica para garantizar la herencia de los medios de producción, el excedente acumulado y la reproducción de la fuerza de trabajo. Pero, aunque la subordinación de las mujeres existiese antes que el capitalismo, no debe llevarnos al engaño de que es ésta el motor de la historia, la que determina bajo leyes propias el funcionamiento de las relaciones sociales. La subordinación femenina se ha manifestado como opresión, pero como forma de control de clase, cuyas características dependen del modelo de producción dominante de la época y que, por lo tanto, adquirirá nuevas formas en función de éste. En este sentido, las formas que adopta el “patriarcado” actualmente, no son las mismas que en el pasado. Por eso es conflictivo hablar de “patriarcado” en términos equiparables al “capitalismo”, y es más correcto hablar de “violencia específica contra las mujeres”. Y es que el concepto de “patriarcado” se ha usado por las teóricas feministas para hablar de un sistema de opresión autónomo con sus propias reglas de funcionamiento.

En las últimas décadas, ha habido diversas teorías que han intentado explicar el origen y funcionamiento de la violencia contra las mujeres. Una de las más extendidas es la llamada teoría de la interseccionalidad y transversalidad de las opresiones, que considera que la raza, la clase o el género son fenómenos comparables y de similar naturaleza, entendiendo el análisis de cada

una como procesos históricos con motores propios. Este tipo de planteamientos actúan como barrera a la hora de determinar por qué esta matriz existe en primera instancia. Además, de esta forma se esconden las diferentes realidades: las mujeres de países imperializados no viven la misma realidad que las mujeres de países imperialistas, ni las mujeres negras que viven en USA viven la misma realidad que las mujeres negras que viven en Senegal, es decir, no hay un elemento abstracto que configure el dominio de todas las mujeres del mundo más allá de la clase social y la división sexual del trabajo.

La teoría de la interseccionalidad, impulsada por Kimberlé Williams Crenshaw⁷, planteaba en sus inicios que existía una interacción simultánea de toda una serie de categorías que afectan a la construcción de subjetividades e identidades como género, raza, clase, religión, nacionalidad, etc. Estas realidades, según Crenshaw, debían entenderse de forma unida, por la conjunción de todos estos aspectos y no atendiendo a un rasgo único (raza o género o clase, etc.). Sin embargo, no logró explicar cuál era el motor de la violencia que sufrían los distintos grupos de personas, qué rasgo dominaba y configuraba el desarrollo de los demás. En la construcción de la dominación sexista o racial, el motor que las configura es el modo de producción dominante y en concreto el capitalismo, que se ha forjado sobre la previa subordinación de las mujeres, vinculando su funcionamiento a ésta. El caso de la raza ofrece un ejemplo muy claro de este funcionamiento. Un aspecto fenotípico como el color de piel y determinados rasgos se convierten en un marcador de desigualdad

7 Kimberlé Williams Crenshaw, *Demarginalizing the intersection of race and sex: A black feminist critique of antidiscrimination doctrine, feminist theory and antiracist politics*.

social cuando la estructura económica de una sociedad exige legitimar la explotación de poblaciones determinadas con estos rasgos. De este modo, el colonialismo europeo introdujo, al mismo tiempo que la dominación sobre las poblaciones nativas de América, África y Asia, una manera de articular y justificar esta dominación a través de aspectos raciales. Incluso hasta el siglo XIX los irlandeses no eran considerados “blancos” por los ingleses. A partir de ese momento, el destino de la categoría de raza queda ligado con la evolución del modo de producción capitalista, y se va modificando en función de las necesidades del mismo. Por ello, la raza, como determinación de la clase, al igual que el género, constituye un modo de expresión históricamente desarrollado de la clase. Así, no podemos negar el papel central que juega aquí la clase social. De lo contrario nos veríamos obligadas a admitir que no existe un verdadero motor de la historia, que ésta avanza y se desarrolla sin un criterio concreto, que la violencia es creada por la opresión de género, racial y de clase, pero por ninguna específicamente, es decir, por todo y nada al mismo tiempo. Y es que esta forma de conocimiento ya fue criticada por Marx al defender que el planteamiento burgués transforma los diversos fragmentos de la sociedad en otras tantas sociedades sustantivas⁸.

La postura que defendemos es que la realidad debe entenderse en el marco de un análisis del papel de la clase en la producción y reproducción social. Sin este marco, las diferentes categorías que definen tipos de identidad, que son producto de las relaciones del sistema productivo, aparecen como identidades disociadas, diferentes y limitadas por sí mismas. No podemos ver la clase como una posición subjetiva o identitaria, sino como la

8 K. Marx, *Miseria de la filosofía*.

expresión y encarnación de la relación social de producción. Y más en concreto, el estudio de la violencia contra las mujeres debe comprenderse en el marco del trabajo reproductivo y productivo que desarrollan las mujeres bajo el modo de producción capitalista.

Se debe partir de un análisis del modo de producción para entender las diferentes determinaciones que fragmentan a la clase obrera y que pueden presentarse desconectadas entre sí, aunque ya hemos visto que esta desconexión es solo una manifestación en la apariencia. Porque el capitalismo es una totalidad que integra la esfera de la reproducción y la producción, y los cambios en alguna de estas esferas afectan a la otra, en cuanto que son dos caras de una misma moneda, son imprescindibles para la reproducción de las relaciones sociales capitalistas. Por ello no se trata de reivindicar al trabajador asalariado como una figura más relevante que la mujer ama de casa, sino de asimilar que la población está forzosamente dividida en varias categorías con el fin de asegurar que trabajará sacando el máximo beneficio para la clase capitalista.

Conclusiones

En vistas de lo expuesto podemos decir que “el patriarcado” no es un sistema de explotación o dominación separado de la clase, sino que constituye una forma de control de clase que es expresión del modelo productivo dominante, aunque las manifestaciones de violencia contra las mujeres puedan presentarse con cierta autonomía en la esfera más cultural e ideológica de la sociedad. Desde este análisis entendemos que, aunque haya posiciones contrarias y contradictorias dentro de la

clase social, la contradicción capital-trabajo, como motor de funcionamiento del modo de producción capitalista, es el configurador determinante de las relaciones sociales. Y son éstas últimas precisamente, las que a su vez (re)configuran las relaciones de género, que no actúan al margen del sistema capitalista, sino que son albergadas en su interior. Por estos motivos, consideramos más correcto hablar de “violencia y opresión que sufren específicamente las mujeres” en lugar de utilizar el término “Patriarcado”.

Pero para nosotras, la clase no se puede abordar desde ópticas y planteamientos reduccionistas, economicistas o desde teorías interseccionales, que contemplan la clase como un mero eje más de violencia. La clase debe ser explicada como lo que es: la manifestación real y compleja de la organización social del trabajo y la vida social bajo el capital, una clase real, con todas sus determinaciones. Esta concepción es la que permite comprender el funcionamiento histórico del capital y las relaciones de explotación de la burguesía sobre la clase obrera.

Apostamos entonces por construir, no solo desde la teoría sino también desde la práctica revolucionaria, una clase que consiga identificar y organizar a los sujetos que sufren las violencias del capital, pues son estas violencias las que muchas veces empujan a sectores de la clase a organizarse y formar una identidad de comunidad. El papel de las comunistas es encauzar estas tomas de conciencia colectiva hacia la construcción de una clase revolucionaria. Necesitamos construir una verdadera unidad más allá de conglomerados forzosos y coyunturales, en nuestra firme tarea de reconstituir el Partido

Comunista y servir de verdadera guía al movimiento revolucionario. Y es que este momento integrador no solo debe darse en el plano teórico, sino que debe darse en la propia lucha, porque no hay aprendizaje fuera de la lucha, porque, en palabras de Mao Zedong, el sujeto político se construye, no cae del cielo.

EXPERIENCIAS

SOBRE LA ORGANIZACIÓN DE LAS MUJERES
REVOLUCIONARIAS



La posición marxista clásica sobre la liberación de las mujeres se forja entre la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX. Esta posición se puede resumir en tres puntos fundamentales: a) la participación de las mujeres en la producción social, la erradicación de su dependencia económica del marido y su implicación directa en la construcción del socialismo; b) la socialización de las tareas domésticas, involucrando al conjunto de la sociedad en el trabajo reproductivo y liberando a las mujeres de su esclavitud del hogar; c) la apertura de un debate sobre el papel de la institución familiar en el socialismo (la relación entre vida “privada” y vida “pública”). A cada etapa en el desarrollo de este programa le corresponden determinados debates ideológicos, organizativos y políticos. Aquí ofrecemos un recorrido desde las primeras formas históricas de organización proletaria hasta la actualidad del Estado español, centrándonos en el problema organizativo: cómo encuadrar a las mujeres obreras en los espacios de masas; cómo encauzar su ac-

ción hacia los objetivos generales de la lucha de clases; cómo materializar el trabajo sobre las necesidades e intereses específicos de las mujeres dentro de la organización de vanguardia y qué lecciones podemos extraer de la historia de la lucha de clases en torno a este problema.

Hacia la toma del Poder: de la I Internacional a la Revolución de Octubre

La I Internacional

La Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) se funda en 1864, y constituye el primer esfuerzo del proletariado moderno por crear una organización internacional capaz de hacer valer sus intereses revolucionarios. No obstante, pese a la implicación de figuras como Karl Marx y Friedrich Engels, en el seno de la AIT tienen gran influencia corrientes no marxistas como la socialdemocracia estatista de Lassalle y tendencias anarquistas influidas por Proudhon y Bakunin. La AIT tiende a asumir una posición conservadora con respecto a la incorporación de las mujeres al proceso productivo: no cuestiona su vinculación a la esfera doméstica, y, de acuerdo con un ideario tradicional sobre la “naturaleza” femenina, se opone en muchos casos a su participación en el trabajo asalariado. Por ejemplo, el I Congreso de la AIT discute una resolución donde se plantea que sin la familia la mujer no tiene sobre la tierra ninguna razón de ser; ya que sin la familia la mujer no es más que un ser errante, condenado por su constitución física a un ago-

tamiento prematuro¹, y su sección alemana publica un documento afirmando que el trabajo legítimo de las mujeres y de las madres se sitúa en el hogar y en la familia.

Este conservadurismo se debe en gran medida a que tanto el movimiento sindical del siglo XIX como la AIT están compuestos mayoritariamente por obreros masculinos cualificados. Estos obreros, que surgen de la descomposición del artesanado, son quienes más ven empeorar sus condiciones de vida a causa de la presión a la baja que ejerce sobre los salarios la introducción de la mano de obra femenina. Su postura constituye un intento de salvaguardar su posición económica frente a la competencia femenina en el mercado de trabajo. Como explica Alexandra Kolontái, la actitud hostil que muchos trabajadores varones sostienen contra la rivalidad del trabajo femenino motiva cierta tendencia a la creación, en sectores muy feminizados, de sindicatos formados sólo por mujeres².

En general, estos discursos contra la incorporación de las mujeres a la explotación asalariada van perdiendo apoyo a medida que el capitalismo impone la presencia de mujeres en las fábricas. No obstante, durante todo este periodo perviven las ideas moralistas sobre la “pérdida de la feminidad” que sufren las mujeres debido al entorno fabril —en vez de señalar el daño que las condiciones laborales representan para cualquier obrero, hombre o mujer— y sobre la desatención al cuidado de la prole que conlleva su incorporación al trabajo asalariado.

1 Jacqueline Heinen, De la 1ª a la 3ª Internacional: La cuestión de la mujer.

2 Aleksandra Kolontái, Women Workers Struggle for their Rights.

La II Internacional

La II Internacional, fundada en 1889, marca el triunfo de la corriente marxista entre los sectores mayoritarios del movimiento obrero europeo. La realidad obliga a aceptar ya el hecho consumado de la integración de las mujeres al trabajo industrial. Los sectores más avanzados, con Clara Zetkin a la cabeza, introducen demandas legislativas para la protección del trabajo femenino, la restricción del trabajo nocturno y la obtención de una baja por maternidad pagada, confrontando así con las feministas burguesas, que sitúan el acento en la mera igualdad formal de derechos, como en el caso de las sufragistas. Estas demandas obreras no constituyen de por sí una orientación revolucionaria, pero sirven como primer paso para encuadrar bajo la guía del Partido a las masas femeninas.

Pese a todo, la asimilación de la lucha de las mujeres convive todavía con ciertos prejuicios heredados de la cultura burguesa, que se enquistan en el ala derecha del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD). Por ejemplo, el diputado Edmund Fischer defiende esta postura en la prensa teórica del Partido: no es la emancipación de la mujer en relación con el hombre la que será alcanzada, sino algo distinto: la mujer será devuelta a la familia, y este fin puede y debe ser el fin de los socialistas³.

En cuanto a la lucha por derechos políticos, observamos la misma tensión entre un ala progresista y un ala conservadora a nivel internacional. En Alemania, el SPD no adopta hasta 1891, tras dos intentos fallidos, una

³ Jacqueline Heinen, op. cit.

resolución en defensa del sufragio universal sin distinción de sexo. La situación en otros partidos de la II Internacional es parecida, y la demanda del voto femenino se asume antes o después en función de diversos factores como el grado de desarrollo económico del país, el número de mujeres activas, la madurez del movimiento obrero o la correlación de fuerzas con la burguesía. Por ejemplo, el Partido Socialista francés adopta la reivindicación del sufragio femenino ya en 1879. En cambio, los socialistas españoles e italianos siguen impugnando el voto femenino bajo la premisa de que las mujeres, por la influencia del clero, votarían a la reacción, o por considerarlo una demanda poco popular frente a la opinión pública⁴.

La prensa y las Conferencias Internacionales de Mujeres

Ante las limitaciones de la I y la II Internacional en cuanto al trabajo entre las mujeres, y contra las posturas del sufragismo burgués, algunas militantes asumen la

4 En 1907 se celebra el Congreso Internacional Socialista de Stuttgart donde se aprueba una resolución a favor derecho femenino al sufragio por unanimidad. La mujer obrera debía luchar por la conquista del sufragio, no junto a la mujer burguesa, sino junto a la totalidad de la clase proletaria. Sin embargo, tal resolución se encuentra, en primer término, con la negativa de los socialistas austriacos quienes argumentan que la organización de la fuerza proletaria entorno al sufragio universal podría debilitar la conquista del sufragio universal masculino, aún ausente en varios países. Simultáneamente —y en la misma ciudad— tiene lugar la Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas. En la misma se expresa la postura general del Congreso: Tenemos que exigir por principio todo lo que consideramos justo, y solo cuando no existen fuerzas suficientes para la lucha, aceptamos lo que podemos conseguir. Esta ha sido siempre la táctica de la socialdemocracia. Cuanto más modestas sean nuestras exigencias, tanto más modestas serán también las concesiones del Gobierno (...) La cita está extraída de las Obras Escogidas de V.I. Lenin (1905-1912).

tarea de introducir esta cuestión dentro del movimiento revolucionario. En el plano agitativo y propagandístico, Konkórdiya Samoilova e Inessa Armand publican en el periódico del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR) la correspondencia de las trabajadoras para generar conciencia sobre la condición del proletariado femenino. Más tarde valoran la necesidad de una agitación y una propaganda dirigidas específicamente hacia las mujeres trabajadoras, y nace así la revista Rabótnitsa (La mujer trabajadora), que anima a las obreras a organizarse en el movimiento político y en el POSDR. Previamente, en 1892, Clara Zetkin había apostado ya por crear el periódico Die Gleichheit (La igualdad) destinado a cubrir las necesidades particulares de las militantes y su propaganda entre las mujeres.

Las Conferencias Internacionales de Mujeres también cumplieron una importante función como herramienta organizativa de los intereses femeninos y revelaron la contradicción entre las posturas revolucionarias y los intereses de clase de las mujeres burguesas. Impulsadas por destacadas dirigentes socialistas como Clara Zetkin, estas Conferencias examinan, discuten y elaboran propuestas de trabajo con respecto a las cuestiones más directamente ligadas con la situación de las mujeres obreras: la protección de la maternidad, la educación de la prole, garantías laborales para mujeres embarazadas y también el derecho al voto. Mientras que el movimiento sufragista se limita a defender la igualdad formal ante la ley (igualdad de las mujeres burguesas para participar del sistema capitalista en las mismas condiciones que los hombres burgueses), las socialistas ponen el acento en los objetivos revolucionarios de la lucha de las obreras contra el propio sistema capita-

lista, que no puede dar cabida a sus necesidades como clase explotada.

Las Conferencias se convierten en una especie de comisiones que ofrecieron a los Congresos de la Internacional y sus secciones locales un material elaborado para enfrentarse con mayor amplitud de miras al trabajo entre las mujeres obreras, incorporándolas de este modo a la lucha por la emancipación revolucionaria⁵. Pese a todo, el esfuerzo de las Conferencias no siempre terminó integrado en el trabajo cotidiano de los Partidos Socialistas. Aunque las Conferencias y Congresos permitían avanzar cuestiones de gran relevancia en el plano del análisis y la intervención política entre las masas femeninas, en los Partidos de la II Internacional estas posiciones avanzadas de una minoría coexistían con posturas reaccionarias como las que hemos mencionado en el apartado anterior. De esta manera, en muchos casos los órganos de base continúan desarrollando una práctica que todavía no logra asimilar adecuadamente la importancia del trabajo entre las mujeres proletarias.

La lucha contra la guerra imperialista

La situación de explotación asalariada no es la única fuente de la toma de conciencia para las proletarias. La I Guerra Mundial se convierte en una cuestión de primer orden político dado que muchas de ellas son viudas de soldados rasos que mueren en el conflicto. Así lo atestiguan las manifestaciones de las soldatki —mujeres de soldados enviados al frente— que Kolontái organiza, algunas de ellas con hasta 15.000 asistentes, bajo la

5 Aleksandra Kolontái, op. cit.

consigna de pan, paz, ayudas de viudedad más altas⁶ y cuya experiencia sirve para organizar comités en Rusia y Ucrania⁷.

En 1915, en pleno apogeo de la guerra, se celebra la III Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas en Berna en la que la revolucionaria rusa Inessa Armand juega un papel decisivo⁸. Previamente a la celebración de la Conferencia, se había comunicado con Clara Zetkin para adoptar una postura común entre las mujeres socialistas en contra de la I Guerra Mundial. No obstante, en el transcurso de la Conferencia se revela una clara lucha de líneas: la postura del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) de Zetkin es tibia e indefinida, puesto que aboga por un pacifismo superficial, mientras que los bolcheviques entendían que sin derrocar al capital es imposible poner fin a la guerra y que por tanto la única consigna proletaria justa es transformar la guerra imperialista en guerra civil⁹.

La postura de la socialdemocracia alemana, centrada en una defensa abstracta de la paz y lejos de cualquier proyecto revolucionario no es nueva: en 1914, el SPD ya había votado en el Reichstag a favor de que el Estado alemán extendiera créditos de guerra para financiar sus aventuras imperialistas en la I Guerra Mundial. El único parlamentario que vota en contra, remarcando el carácter imperialista de la guerra, es Karl Liebknecht, cuya postura cristaliza en un documento vetado tanto de su lectura como de su publicación en el acta poste-

6 Sara Badcock, *Women, protest and revolution: soldier's wives in Russia during 1917*.

7 Manifestación de mujeres de soldados, en *Pravda*, 12 de abril de 1917.

8 R.C. Elwood, *Inessa Armand: revolucionaria y feminista*

9 V.I. Lenin, *Tesis de Abril*.

rior¹⁰. Aunque Zetkin también se opone a esta financiación imperialista —como sostiene en su artículo Mujeres obreras, preparáos— en la Conferencia no se atreve a defender públicamente una postura contraria a los acuerdos de su propio Partido. La confrontación de líneas en Berna se salda con un acuerdo final ¹¹ que reconoce el carácter imperialista de la I Guerra Mundial y se posiciona a favor de su cese, pero sin mencionar ni una sola vez la necesidad objetiva de un proceso revolucionario para desarticular la primera gran guerra imperialista de la historia y para conquistar la paz en y entre las naciones. La relevancia de una posición antimperialista en el seno del movimiento socialista de mujeres se refleja tan sólo dos años después, ya que los revolucionarios bolcheviques, de la mano de Lenin, Armand y Kollontai entre otros, lograron llevar esta consigna a las masas proletarias para alcanzar la victoria del proceso revolucionario de octubre de 1917.

La construcción del Partido de vanguardia en Rusia

La experiencia del movimiento comunista ruso merece interés, no sólo por ofrecernos el ejemplo de cómo una revolución triunfante aborda el problema de la emancipación de las mujeres, sino también por sus aportes en materia organizativa ya antes de la toma del poder. En este sentido, la aportación fundamental de los bolcheviques consiste en su defensa del Partido de vanguardia como una organización de revolucionarios profesionales guiados por la teoría marxista, como un

10 Karl Liebknecht, El voto contra los créditos de guerra

11 Clara Zetkin, Resolución de la Conferencia Extraordinaria de la Internacional de Mujeres Socialistas celebrada en Berna.

destacamento caracterizado por la unidad de acción y el centralismo democrático.

En 1903, el II Congreso del POSDR revela la profunda oposición entre las tesis leninistas y las del menchevismo. Los partidarios de Lenin sostienen la necesidad de crear una estructura centralizada de militantes dedicados profesionalmente a la revolución, mientras que los mencheviques abogan por una estructura organizativa más laxa¹². También se produce un debate en torno al problema de las nacionalidades y la existencia del Bund, una organización socialdemócrata que pretende ser la representante única del proletariado judío, integrada como estructura autónoma mediante un régimen federativo con el POSDR. Lenin critica duramente esta postura y el II Congreso, de mayoría bolchevique, rechaza la federación del Bund.

Sobre ello escribe Lenin: la autonomía con respecto a los problemas que atañen específicamente al proletariado de determinada raza, de determinada nación o región, significa que se deja a la propia decisión de la correspondiente organización el determinar las reivindicaciones específicas que se plantean para llevar a la práctica el programa general, así como los métodos de agitación que se emplearán. El Partido en su conjunto, sus organismos centrales, establecen los principios fundamentales generales del programa y de la táctica; los diferentes modos de aplicar estos principios en el terreno de la práctica y de la agitación los establecen las diversas organizaciones del partido subordinados al centro, según sus diferencias locales de raza, nacionales,

12 V. I. Lenin, Un paso adelante, dos pasos atrás.

de cultura, etc¹³. En otras palabras: este modelo no admite la existencia de organizaciones independientes, sino la subordinación de todas las organizaciones del Partido a una estrategia y táctica centrales. Dichas estructuras gozan de autonomía para concretar en su práctica el tratamiento específico del programa socialista, pero no poseen autoridad para establecerlo por su propia cuenta.

Por tanto, el problema de la organización de las mujeres debe entenderse bajo el prisma de este debate en torno al modelo organizativo que tiene lugar en las filas de la socialdemocracia rusa. ¿Debe existir una organización autónoma de las mujeres obreras, o debe constituirse un organismo especial sometido a la disciplina de los órganos centrales del Partido? Aquí Kolontái sostiene la necesidad de desarrollar un trabajo específico entre las mujeres obreras. Se trata de construir herramientas que permitan al Partido intervenir con éxito entre ellas, pues no terminan de incorporarse a las filas del Partido: antes de 1917, tan sólo entre el 11 y el 15% de la militancia del POSDR son mujeres¹⁴. Con el objetivo de atraer a las obreras al Partido, Kolontái propone la conformación de órganos autónomos dentro del Partido para centralizar el trabajo específico entre las mujeres, así como la creación de clubes no mixtos fuera del Partido para agitar a las trabajadoras no organizadas¹⁵.

13 V. I. Lenin, La situación del Bund dentro del Partido

14 C. Frencia y D. Gaido, Feminismo y movimiento de mujeres socialistas en la revolución rusa.

15 A este respecto hay que aclarar que las posturas de Kolontái en materia organizativa son vacilantes durante esta época: aunque muestra primero simpatías bolcheviques, desde 1906 vira hacia posiciones mencheviques. En general, esta línea errática explica por qué algunas de sus propuestas organizativas son recibidas con desconfianza entre las filas bolcheviques (Aleksandra Kolontái, Ensayo autobiográfico).

En 1908, Kolontái se exilia en Alemania. Allí colabora con Zetkin en la II Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas y como redactora en *Die Gleichheit*. Desde las líneas de este periódico, Kolontái concreta su propuesta organizativa: el sentido de generar estructuras dedicadas particularmente a la agitación, la propaganda y la intervención práctica entre las mujeres es doble: por un lado, permite concentrar la atención del Partido en las necesidades específicas de las obreras, y, por otro lado, amplía el radio de influencia de la propia organización revolucionaria entre las masas femeninas del proletariado. Estos burós y comisiones, que deben permanecer siempre dentro de los cauces orgánicos del Partido, fomentan precisamente la integración de las demandas de las mujeres y su lucha política en el marco unitario de la lucha de clases junto con sus compañeros varones¹⁶.

Esta misma posición defiende Lenin años más tarde: de nuestra concepción ideológica se desprenden asimismo medidas de organización. ¡Nada de organizaciones especiales de mujeres comunistas! La comunista es tan militante del Partido como lo es el comunista, con las mismas obligaciones y derechos. [...] Sin embargo, no debemos cerrar los ojos ante los hechos. El Partido debe contar con organismos —grupos de trabajo, comisiones, comités, secciones o como se decida denominarlas— cuya tarea especial consista en despertar a las amplias masas femeninas, vincularlas con el Partido y mantenerlas bajo la influencia de este¹⁷.

16 Aleksandra Kolontái, *Women Workers Struggle for their Rights*.

17 Citado en Clara Zetkin, *Recuerdos sobre Lenin*.

Este problema cambia sustancialmente tras la toma del poder en 1917. Los sóviets —consejos de diputados obreros, campesinos y soldados constituidos a raíz de la Revolución de Febrero— se erigen como base del Nuevo Poder en Rusia. Sin embargo, pese a que son precisamente las mujeres quienes juegan un papel de vanguardia en las movilizaciones que inician la revolución¹⁸, apenas se encuentran representadas en estos nuevos órganos del poder obrero. Así, pues, los bolcheviques afrontan el período de consolidación del triunfo revolucionario con una participación indeseablemente baja de las mujeres obreras y campesinas.

Esta situación obliga al Partido a realizar un esfuerzo sistemático por incorporar a las masas femeninas. Para ello se crea en 1919 el Departamento de las Mujeres Obreras y Campesinas (el Genotdel), dirigido por Inessa Armand. El objetivo de este órgano no consiste tanto en reclutar a mujeres para las filas del Partido como en instruir a las amplias masas femeninas en sus derechos, a fin de extender su influencia sobre ellas y ganarse su colaboración en las tareas de construcción del nuevo Estado soviético. Con el tiempo, el Partido termina otorgando un gran reconocimiento a este departamento, integrando a representantes del Genotdel en todos los comités del partido, en las diversas comisiones gubernamentales y en los sindicatos¹⁹. El Genotdel desempeña así un papel de primer orden en la politización de las masas femeninas, en los enormes avances conquistados por las mujeres de las repúblicas soviéticas durante los años 20 y en las diversas campañas desarrolladas por el Nuevo Poder para erradicar la desigualdad entre hombres y mujeres.

18 Aleksandra Kolontái, *El Día Internacional de la Mujer*

19 Jacqueline Heinen, *op. cit.*

El desarrollo del movimiento obrero y del movimiento socialista desde mediados del siglo XIX hasta la Revolución de Octubre nos muestra la importancia de construir una teoría revolucionaria capaz de superar los prejuicios machistas propios de la cultura burguesa que continúan permeando las filas de las organizaciones obreras, así como la necesidad de incorporar, mediante un trabajo de agitación y organización específico, a las masas de mujeres obreras como parte indisociable del ejército revolucionario del proletariado bajo la dirección del Partido. Un trabajo que cristaliza, no sólo en la introducción de demandas concretas que interesan particularmente a las proletarias, sino también en la creación de estructuras de organización destinadas exclusivamente a elaborar la línea de intervención de la vanguardia entre los sectores femeninos de la clase obrera.

La lucha de las mujeres en la liberación anticolonial: Cuba y Vietnam

Además de la experiencia de las comunistas europeas hasta comienzos del siglo pasado, queremos apuntar algunos elementos sobre dos procesos de liberación nacional y social que triunfan en la segunda mitad del siglo XX: la Revolución Cubana y la Revolución Vietnamita. Ambas se desarrollan en países típicamente periféricos y que presentan una gran importancia geoestratégica para la oligarquía imperialista. Sin pretender ser un estudio pormenorizado, estos ejemplos reflejan perfectamente la importancia de la dirección del Partido sobre los frentes femeninos de masas.

La lucha antiimperialista en Vietnam

En lo que respecta a Vietnam, la constitución de movimientos de mujeres data de comienzos del siglo XX y avanza junto con el desarrollo de la lucha anticolonial. El antecedente más importante es la Asociación de Mujeres por la Emancipación, transformada algunos años después en la Asociación de Mujeres Anticolonialistas. Estos frentes, impulsados por el Partido Comunista de Indochina, se crean con dos objetivos: por un lado, se persigue incorporar a las mujeres al movimiento político, rompiendo su aislamiento doméstico y sumando su decisiva participación a la lucha contra el régimen colonial; por otro, movilizar a las mujeres en la lucha por sus intereses propios, contra su subordinación a los hombres, contra su absoluta privación de derechos, contra la violencia sexual que sufren. Esta política responde a la estrategia común del Partido Comunista y se concreta en una táctica destinada a incorporar a las masas femeninas no sólo mediante reivindicaciones generales, sino también mediante la lucha por sus intereses específicos. Por tanto, la forma y los objetivos de la integración de las mujeres en este proceso de liberación van cambiando de acuerdo con las distintas etapas que atraviesa la lucha anticolonial²⁰.

Mediante esta intervención política, el Partido Comunista extiende su base social y logra articular a amplias masas en torno al programa revolucionario. Esta labor conduce al triunfo de la Revolución en 1945, que instaaura la República Democrática de Vietnam (del norte) y abre la etapa de lucha por el socialismo. Desde el

20 A. Novelo Vignal, La participación de la mujer vietnamita en la liberación nacional el socialismo.

comienzo se prueba la validez del planteamiento integrador del Partido, que suma a las mujeres al proceso anticolonial y socialista. Pero surgen también nuevos retos en el camino de su emancipación, y dichas dificultades reclaman un mayor desarrollo ideológico y político del trabajo entre las mujeres. La preocupación por la emancipación femenina se extiende, no sólo por la República Democrática de Vietnam, sino también a la lucha de Vietnam del Sur contra el régimen títere de los colonialistas franceses y contra la agresión estadounidense. Durante este segundo período las organizaciones no mixtas se funden para crear, en 1950, la Unión de Mujeres por la Liberación Nacional, en estrecha vinculación con las organizaciones obreras y campesinas de Vietnam. Estas organizaciones jugaron un papel fundamental para la organización de las mujeres y su participación en la guerra, contribuyendo de manera decisiva en labores logísticas, de producción y suministros, y participando también de formas muy variadas en la lucha armada contra los invasores y el régimen títere del imperialismo²¹.

La Revolución en Cuba y la Federación de Mujeres Cubanas

En Cuba, durante la década de los 50, la mayoría de las organizaciones revolucionarias que luchan contra la dictadura de Batista integran a las mujeres en sus estructuras. Así, el modelo de organización política que encuadra a las masas femeninas en este período son los distintos partidos políticos y frentes contra la dictadura, donde no hay diferencias organizativas entre hombres y mujeres. No obstante, el modelo de funcionamiento y las

21 A. Novelo Vignal, op. cit.

prioridades políticas de estos destacamentos se diluye y no atiende en profundidad la especificidad de la cuestión de la mujer.

Cuando la guerrilla del Movimiento 26 de Julio (M26J) inicia su ofensiva, lo hace de manera paralela a esta lucha urbana contra Batista. Es con el desarrollo de la guerra de liberación nacional como las mujeres se van incorporando más ampliamente a la lucha armada del M26J, desempeñando en ella diversas funciones: comunicación, logística y suministros, atención médica, etc. Sin embargo, las mujeres apenas participan de manera directa en la guerrilla hasta prácticamente el final de la guerra.

El triunfo de la revolución en 1959 desata un enorme caudal de procesos políticos. Entre ellos destaca la iniciativa de crear una organización de mujeres capaz de atender a su situación de aislamiento, desigualdad, opresión y violencia; una organización que, además, las incorpore a la construcción nacional y las eleve a un nivel superior de protagonismo en la vida del pueblo cubano. Tras una serie de esfuerzos organizativos, teóricos y políticos, se crea en 1960 la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), vinculada primero al Directorio Revolucionario, luego a las Organizaciones Revolucionarias Integradas, después al Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba, y, finalmente, al Partido Comunista de Cuba. Como vemos, la estrategia y la táctica del frente femenino de masas se adaptan siempre a la orientación y los objetivos estratégicos de la propia revolución cubana y su Partido dirigente²².

22 C. Korol, Diálogo con Vilma Espín: Las mujeres en la Revolución Cubana.

Como la pésima situación de las mujeres cubanas constituye una herencia directa del neocolonialismo, es tarea obligada transformar sus condiciones de vida mediante la lucha política. A nivel práctico, el trabajo de la FMC se centra primero en el desarrollo de programas de capacitación profesional y en la movilización de las mujeres dentro de una gran campaña por la alfabetización, sentando las bases para dar el paso hacia una cruzada nacional contra el analfabetismo. Esta movilización, enfocada a elevar la cultura del pueblo cubano, es tan sólo la primera de las ofensivas desarrolladas por la Revolución en su lucha contra el subdesarrollo y por el socialismo, que continúan después con otras muchas: campañas de propaganda, cambios en los organismos del Estado en materia de igualdad y lucha contra el machismo, batalla ideológica contra las ideas y concepciones reaccionarias sobre el papel social de las mujeres²³. Las experiencias de lucha anticolonial y socialista nos muestran que el problema de la organización de las masas femeninas está sujeto a las necesidades cambiantes del propio proceso revolucionario. Asumiendo y desarrollando la línea clásica del movimiento comunista desde la III Internacional, las militantes vietnamitas y cubanas no se limitan a adoptar una fórmula universal y válida para siempre, sino que modifican su relación con el movimiento femenino de masas de acuerdo con las circunstancias concretas de cada etapa de la lucha.

23 Marta Núñez Sarmiento, *La Revolución según las cubanas*.

El MCEe y la organización de las masas femeninas en el Estado español

Aunque las experiencias de los apartados previos son fundamentales, necesitamos también analizar nuestra historia más inmediata y conocer los debates sobre la relación entre la vanguardia y el movimiento femenino en el propio Estado español. Aquí, el movimiento popular renace durante los años 50-60, recuperándose de la represión sufrida tras la Guerra Civil. La correspondiente politización de las mujeres obliga a los destacamentos comunistas a desarrollar una línea capaz de sumarlas a las filas de la revolución. Nos centraremos en la experiencia del Movimiento Comunista (MC)²⁴ durante los años 70, y no en la de otras organizaciones de ámbito estatal más conocidas —como el PCE, el PCE(r) o el PCE(ml)— no porque la consideremos como el auténtico Partido de vanguardia en su época, sino por su innovación en torno al problema de la lucha de las mujeres. Su postura anticipa, en este sentido, tanto algunos aciertos como algunos errores que hemos visto repetirse en nuestro contexto reciente.

Las propuestas del Movimiento Comunista de España

En el plano externo, la línea del MC no difiere mucho de la del resto de organizaciones de la época. Todas comparten la necesidad de intervenir en el movimiento

24 El Movimiento Comunista de España (MCE), más tarde Movimiento Comunista (MC), fue una organización comunista del Estado Español cuya actividad comienza en 1972. Esta organización es la evolución del Movimiento Comunista Vasco (Komunistak), previamente llamado ETA-Berri, y que se forma a partir de ETA en 1966.

feminista de masas, en cuyo impulso inicial juegan, de hecho, un papel fundamental²⁵. Mediante estos frentes, los partidos tratan de aglutinar al mayor número posible de mujeres en espacios de masas, para influir política e ideológicamente sobre ellas. Como la mayoría de los ámbitos feministas parten de una postura afín al socialismo, consiguen evitar su cooptación inmediata por parte de las estructuras burguesas y liberales. La gran división dentro del movimiento se debe más bien a la contradicción entre el feminismo de la diferencia y el feminismo socialista²⁶. El primero defiende una autonomía absoluta del movimiento feminista y la organización exclusivamente no mixta de las mujeres, mientras que el segundo —apoyado por los destacamentos comunistas— defiende una doble militancia de las mujeres: tanto en la lucha feminista como en las filas de las organizaciones proletarias junto al resto de sus compañeros.

Es en el plano interno donde la propuesta del MC se aparta de ciertas tradiciones del movimiento comunista. Por un lado, critica la escasa atención que las demás organizaciones le prestan a la problemática de las mujeres obreras²⁷ porque no llegan a ofrecer un programa que valore realmente sus necesidades concretas. Por otro lado, critica también la supuesta “insuficiencia teórica” de la teoría marxista a la hora de analizar la situación de las mujeres y en ese sentido, apuesta por “integrar al marxismo las aportaciones teóricas y prácticas del movimiento feminista”, mostrando una asunción acrítica de los postulados del feminismo radical²⁸.

25 G. Wilhelmi, *Izquierda revolucionaria y movimientos sociales en la Transición*. Madrid, 1975-1982.

26 *Ibidem*.

27 *Movimiento Comunista, Servir al pueblo*, nº136, enero-febrero de 1980.

28 *Movimiento Comunista, Servir al pueblo*, nº104, junio de 1978.

El MC recoge así algunas de las críticas que el movimiento feminista dirige hacia los comunistas, y, tras un proceso de debate interno, opta por impulsar la lucha contra el machismo también dentro de sus propias filas. El objetivo es que las militantes puedan organizarse para combatir “la ideología y hábitos reaccionarios” que las relegan a una posición secundaria incluso entre sus compañeros de lucha²⁹. Por eso, en 1978, el MC crea una estructura no-mixta interna³⁰, que se mantiene dentro de los cauces del centralismo democrático y sujeta al control de los órganos de dirección. Al mismo tiempo, esta estructura goza de autonomía para desempeñar labores vinculadas específicamente con la lucha de las mujeres: el desarrollo teórico de esta cuestión, la dirección de la actividad en el movimiento feminista, la orientación feminista del trabajo sindical, etc. El cumplimiento de estos acuerdos se garantiza a través de la participación de todas las mujeres en los órganos comunes del Partido y mediante una política de representación especial que asegura a la estructura de mujeres su presencia en los órganos de dirección.

En definitiva, el MC propone integrar el esfuerzo por la liberación de las mujeres no sólo en el trabajo externo, sino también en el funcionamiento interno de la organización comunista. Este compromiso permite al MC integrarse fuertemente en las filas del movimiento feminista, en un momento en que sólo el feminismo y el movimiento anti-OTAN seguían teniendo una movilización importante. Esto le permitió sobrevivir hasta los años 90 –cuando ya muchas organizaciones comunistas

29 Movimiento Comunista, *Servir al pueblo*, nº70, febrero de 1977.

30 Movimiento Comunista, *Servir al pueblo*, nº95, marzo de 1978.

habían desaparecido o eran casi marginales³¹— así como avanzar fórmulas interesantes sobre los métodos concretos para garantizar que la lucha de las mujeres ocupe un papel destacado dentro de la organización leninista. No obstante, este compromiso implicó la aceptación de postulados del feminismo radical contrarios al marxismo como la adopción acrítica del concepto de patriarcado, el énfasis en la capacidad reproductiva, los prejuicios y la ideología como causas de opresión de las mujeres, la omisión del papel de las relaciones sociales y el desprecio por la experiencia histórica del movimiento comunista en cuanto a la organización revolucionaria de las masas femeninas.

Del auge al reflujo: la lucha de clases entre los años 80 y comienzos de siglo

Tras la derrota de la vía rupturista con el Estado franquista, cuya decadencia se hace tangible en la década de los 80, el movimiento revolucionario entra en una fase de repliegue. Con excepción del Movimiento de Liberación Nacional Vasco, el movimiento feminista y el movimiento contra la OTAN, que son prácticamente los únicos remanentes de las grandes luchas políticas de los años 70. Ante la ausencia de un Partido de vanguardia y en un contexto en el que la lucha de clases se presenta con formas cada vez más estrechas, estos movimientos y sus demandas no logran adquirir perspectiva revolucionaria. Las demandas que antes formaban parte de una lucha más amplia por la ruptura quedan reducidas a una serie de demandas parciales que buscan encontrar su

31 Consuelo Laiz Castro, La izquierda radical en España durante la transición a la democracia.

espacio dentro del nuevo régimen burgués. Al igual que muchos cuadros comunistas pasan a engrosar las filas del PSOE y a cobrar una nómina del Estado, así también estos movimientos parciales tienden hacia la institucionalización y la aceptación de un compromiso reformista de mínimos.

Después, entre los años 90 y comienzos del siglo XXI, el comunismo entra en una crisis total. La disolución de la URSS, la restauración capitalista en una gran parte del mundo socialista, el mandato incuestionado del neoliberalismo y la integración del Estado español en el bloque imperialista de la Unión Europea son factores que explican el colapso del movimiento comunista y de casi cualquier lucha política de masas a nivel estatal.

Este panorama provoca un retraimiento de las escasas organizaciones comunistas que sobreviven. Aunque a ellas les corresponde el mérito de mantener encendida la antorcha del comunismo en una travesía por el desierto, esta táctica de supervivencia trae consigo un viraje dogmático y sectario. Bajo la necesidad de combatir la ofensiva ideológica anticomunista, dichas organizaciones encuentran dos grandes opciones a la hora de replegarse: o bien buscan refugio en el seno de algún movimiento parcial, en cuyo caso la estrategia revolucionaria corre el peligro de diluirse entre los vaivenes de una lucha espontánea y reformista; o bien se cierran sobre sí mismas para reivindicar el marxismo, con el riesgo de que el socialismo científico se transformase en una versión clerical de sí mismo. Salvando las distancias, el resultado de esta experiencia histórica nos describe una situación análoga a la que podemos observar durante la última década en el Estado español. De este paralelismo

surgen ciertas conclusiones relevantes a la hora de analizar las tareas de los y las comunistas del presente.

El movimiento feminista y el movimiento comunista durante la última década

La crisis que estalla en el año 2008 revela la falsedad de las ilusiones neoliberales. El capitalismo español entra en una gran recesión y su famoso Estado del bienestar comienza a resquebrajarse. Los efectos de la crisis despiertan un nuevo ciclo de movilización de masas en el Estado español: el 15M, las Marchas de la Dignidad, repunte del feminismo, etc.

Los sectores movilizados se encuentran entonces con los reductos del movimiento comunista que se presenta como un movimiento minoritario, fraccionado y, sobre todo, enfangado en dinámicas sectarias que terminan despertando tanto recelo como desinterés entre las masas. Ante la incapacidad de estas organizaciones para ofrecer una salida a las necesidades del emergente movimiento popular, unida a décadas de educación y cultura anticomunista, el marxismo aparece a ojos de mucha gente como un paradigma anticuado y caduco. La estrechez de estos planteamientos conduce a la mayor parte de una nueva generación de militantes a abrazar la propuesta supuestamente renovadora de los movimientos sociales.

Tras el reflujo del 15M, el movimiento feminista queda como el principal espacio de movilización de masas con proyección estatal. La coyuntura del momento da pie al desarrollo de una conciencia feminista que se traduce en la formación de espacios no mixtos a distinto

nivel: barrial, sectorial (estudiantil, antifascista, obrero), institucional, etc. Este proceso viene jalonado por grandes hitos que señalan el auge del feminismo como lucha política de masas: las protestas contra la reforma de la ley del aborto en los años 2013-2014, la indignación por feminicidios que despiertan una amplia reacción social, las enormes movilizaciones por el caso de La Manada, y, en general, el meteórico ascenso de las huelgas y las manifestaciones por el Día Internacional de la Mujer Trabajadora. Sin embargo, el movimiento feminista hegemónico ya evidencia sus limitaciones respecto a la cuestión de clase o la cuestión racial, que se tradujeron, por ejemplo, en la escasa movilización ante el caso de las violaciones sufridas en 2018 por varias temporeras de Huelva a manos de los empresarios que las contrataron.

Bajo estas circunstancias, la línea que acaba por hegemonizar el movimiento feminista defiende su completa autonomía ideológica y organizativa respecto de las organizaciones comunistas. Predomina la idea de que la lucha feminista debe ser “sólo feminista”, de que las mujeres encuentran su espacio de organización natural en los colectivos y asambleas feministas, cuyo modelo organizativo tiene que ser exclusivamente no mixto y la idea de que el marxismo tiene poco o nada que decir (y hacer) con respecto a la lucha por la emancipación de las mujeres. Termina gestándose una especie de antagonismo entre el feminismo y el comunismo, concebidos como dos planteamientos distintos e independientes.

Debemos reconocer que la crítica que el feminismo vierte contra el machismo de las organizaciones marxistas-leninistas es, en general, justa. El repliegue reaccionario viene de la mano de una falta de autocrítica

y una ausencia de voluntad de confrontación de línea con el feminismo. Los comunistas terminan renegando dogmáticamente del feminismo y su práctica refleja una concepción muy limitada de la cuestión de la mujer, por lo que no sorprende que el movimiento feminista realice una valoración negativa. El problema radica en que, tomando la parte por el todo, se extiende esta crítica al comunismo en su totalidad. No alcanzando a ver nada más que estas desviaciones economicistas, así como el machismo incrustado en el funcionamiento interno de muchas organizaciones, el movimiento feminista obtiene una visión completamente sesgada del marxismo.

Pese a todo, el ciclo de movilización abierto con la crisis también nutre al movimiento comunista, que se rejuvenece y comienza a superar el sectarismo típico de la década de los 2000. Para desprenderse de la imagen del marxismo como una doctrina caduca, incapaz de ofrecer soluciones a los problemas del presente, un sector del movimiento comunista busca integrar las tesis centrales del feminismo a su propia actividad política. Algunas organizaciones pretenden desmarcarse de las desviaciones machistas heredadas, además de aproximarse a un movimiento feminista con gran influencia entre las masas. La asunción de estas tesis feministas se entendió como un freno a la dinámica reaccionaria que se había instalado en el movimiento comunista, que negaba cualquier aporte que proviniera del feminismo, como los espacios no mixtos o los protocolos contra las agresiones machistas en el seno de las organizaciones. No obstante, al movimiento feminista le ha sucedido lo mismo que a las luchas de masas después de la Transición: ante la ausencia de una dirección revolucionaria, han entrado en una fase de repliegue, reacción e institucionalización.

Es momento de consolidar los aciertos y avances en materia de organización de las mujeres —tanto a nivel de masas como entre las filas del movimiento comunista—; de corregir los errores cometidos y de seguir ensanchando la experiencia y la riqueza teórica del marxismo, que puede y debe dar una respuesta integral a las necesidades de la lucha por la emancipación de las mujeres.

Conclusiones

Partimos de que pese a la variedad de formas que puede adoptar, los principios del centralismo democrático y la organización marxista-leninista constituyen un requisito básico para que la vanguardia del proletariado pueda encuadrar y dirigir a las amplias masas obreras y femininas hacia la revolución. Es imprescindible construir un Partido Comunista que actúe como Estado Mayor del proletariado en su lucha de clases; un Partido guiado por una teoría correcta, científica, que establezca las tareas comunes de la clase obrera para cada etapa de la revolución. De este modo, tanto las mujeres como los hombres deben participar en igualdad de condiciones en la organización de vanguardia.

De acuerdo con este breve balance de la experiencia histórica comunista, podemos resumir nuestras conclusiones en dos grandes ideas:

- Dentro del Partido de vanguardia, las comisiones, las conferencias y otro tipo de herramientas organizativas no mixtas se han revelado como instrumentos útiles a la hora de desarrollar el análisis y

la orientación del trabajo entre las mujeres obreras. Estas estructuras deben constituirse respetando siempre la unidad orgánica del Partido y sus principios fundamentales operando bajo la dirección de sus órganos centrales. La autonomía de estos espacios radica esencialmente en su capacidad para aplicar y desarrollar la línea política común en todo lo relacionado con la lucha de las mujeres.

- En cuanto al trabajo político entre las masas, las formas de organización no mixtas —vinculadas sólo indirectamente al Partido— también juegan un papel importante como herramientas para incorporar a las mujeres a la lucha revolucionaria. Como hemos podido comprobar, la naturaleza y el objetivo de dichos organismos varía en función de las necesidades que se van sucediendo en cada etapa de la revolución. De este modo, aquí deben primar siempre la flexibilidad y la claridad en los objetivos políticos.

UNAS BREVES VALORACIONES

Llegados a este punto, es acertado afirmar que los cinco pasajes del libro están estructurados bajo una misma armadura: la determinación de las relaciones de producción dominantes en la configuración del estatus social de las mujeres en todo el mundo. Se intenta ofrecer así una explicación del origen y de la reproducción de la violencia contra las mujeres y las implicaciones políticas que se derivan. Hemos visto cómo el excedente productivo determina unas formas concretas de dominio social en la etapa neolítica, la propiedad privada, el control reproductivo de las mujeres, la creación de la familia patriarcal, el matrimonio monógamo y el control sobre la herencia y cómo el rol subordinado de las mujeres no tiene origen en su condición biológica como sujeto reproductor sino en el desigual acceso a los medios de producción.

Muchos siglos después, hemos visto también cómo las relaciones productivas imprimen nuevamente su sello en las mujeres de la transición feudal al capita-

lismo naciente, cuando la economía de subsistencia y la unidad familiar como espacio de producción y reproducción se ven desbancadas por la desposesión de tierras y recursos familiares y colectivos, por la imposición del trabajo asalariado y la estricta separación entre esfera productiva y reproductiva, entre producción de valor y reproducción de la fuerza de trabajo. La incorporación de las mujeres al mundo asalariado se demostró como un periodo altamente contradictorio y su participación en las tareas reproductivas fue variando en función de las necesidades de producción capitalistas, influidas por crisis demográficas y económicas. Y este periodo contradictorio ejemplifica la dirección del mundo productivo sobre el mundo reproductivo al mismo tiempo que ambos configuran el sistema de relaciones sociales capitalistas. El salario, la tendencia a la acumulación de capital y la extracción de plusvalía ejemplifican el funcionamiento contradictorio y tenso con respecto a la reproducción de la fuerza de trabajo, lo que a su vez tiene un claro impacto en el fortalecimiento o debilitamiento de las estructuras familiares de la clase obrera.

Pero las formas de dominación de las relaciones capitalistas no se anquilosan, sino que se desarrollan y acompañan la nueva fase productiva imperialista. Si bien la desposesión de tierras y medios de subsistencia de la población es un modelo que se repite a lo largo de la historia como forma de acumulación de capital, también hay que tener en consideración el impacto del dominio financiero sobre la economía de los países imperializados a través de la deuda, con la que las potencias del Norte Global logran imponer los programas económicos que les son favorables. Y aquí el papel de las mujeres del Sur Global evidencia la irrupción de las relaciones

imperialistas, en tanto que el trabajo de las mujeres pasa, de ser clave en la economía de subsistencia, a convertirse en trabajo asalariado para las corporaciones que producen en masa para occidente, ya sea en la industria tecnológica o electrónica, como en la textil. La misma causa sostiene la industria sexual en los países dominados, en tanto que las mujeres, desposeídas de su rol social como productoras en las economías locales y familiares, se ven abocadas a actividades sexuales orientadas a turistas occidentales en las que su salud y su autonomía se ven gravemente comprometidas.

La lectura de los primeros capítulos nos lleva a resolver otros interrogantes que desde espacios académicos y militantes feministas se han planteado: ¿si las mujeres están estructuralmente sometidas, acaso existe una violencia específica contra las mujeres autónoma respecto de la opresión económica? Y es aquí donde el marxismo cobra un papel determinante al defender un concepto de opresión que tiene en cuenta la violencia específica contra las mujeres al mismo tiempo que la entiende parte de un motor económico que la configura y la reconfigura a lo largo de la historia. De ahí que sean reprochables los planteamientos de género o interseccionales que no conectan lo particular con la llamada “totalidad”, separando la dominación económica de la dominación contra las mujeres. No es baladí, por tanto, que el concepto de clase que defendemos sea igualmente integrador, pues la clase debe ser explicada como lo que es: la manifestación real y compleja de la organización social del trabajo y la vida social bajo el capital.

Pero el marxismo no sólo aterriza en el análisis teórico; los dos últimos capítulos dan buena fe de ello.

Los fundamentos políticos implican una determinada forma de organización para la clase obrera integrada por militantes profesionalizados en torno a la unidad de acción y el centralismo democrático y que al mismo tiempo dé cabida al trabajo específico de formación, propaganda y agitación sobre la emancipación de las mujeres, ya sea en su seno o impulsando y dirigiendo espacios políticos que permitan la difusión de la línea comunista y la formación de mujeres militantes.

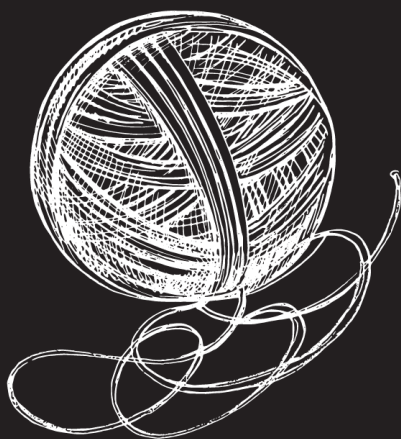
Los principios y análisis que aquí se exponen, como adelantamos en la introducción, son fruto del largo trabajo militante de las comunistas que diseñamos estas páginas. Para llegar aquí no basta la fundamentación teórica, sino que se precisa aplicarla, reformularla a través de la práctica real en el terreno de la lucha de clases, atravesar sus contradicciones y limitaciones sin dejar que las dificultades concretas nos limiten la experiencia. Para llegar aquí, tampoco basta la implicación y la voluntad militante, es necesaria la honestidad política y la autocrítica de nuestro hacer, pues, ante todo, la organización comunista no busca perpetuarse en el tiempo ni perpetuar unas siglas, sino realizar el proyecto político de la emancipación humana, en el que las mujeres nos transformamos al mismo tiempo que transformamos el mundo. Y a este reto nos encomendamos.

Si la Revolución de Octubre se propuso rechazar las injusticias tradicionales entre los sexos, la participación de las mujeres en la guerra revolucionaria acabó echando abajo los últimos prejuicios respecto a ellas. El alistamiento de nuestras mujeres en el ejército contribuyó a reforzar la concepción de la mujer como miembro de pleno derecho de la sociedad humana. La imagen de la mujer como complemento y apéndice del hombre, del mismo modo que la institución de la propiedad privada y la dictadura de la burguesía, están por eso condenadas a ser relegadas al basurero de la historia.

A. Kollontai.

LISE VOGEL

EL TRABAJO DOMÉSTICO REVISADO



EL TRABAJO DOMÉSTICO REVISADO¹

SCIENCE & SOCIETY, SUMMER, 2000, VOL. 64, No. 2 (SUMMER, 2000), PP. 151-170

TRADUCCIÓN DE INICIATIVA COMUNISTA

RESUMEN: Desde finales de la década de 1960 hasta la de 1970, las feministas socialistas trataron de teorizar sobre el “trabajo doméstico” -el trabajo no remunerado del hogar, la maternidad y la crianza de los hijos- dentro del marco de la economía política marxista. Este análisis proporcionaría una base, pensaban, para un análisis materialista de la subordinación de las mujeres. Las feministas socialistas estudiaron los conceptos marxistas y produjeron una serie de formulaciones originales que

¹ Este documento se originó como una presentación en las reuniones de julio de 1994 de la Conferencia de Economistas Especialistas en Leeds, Inglaterra. Mi agradecimiento a Filio Diamante por invitarme y a mis acompañantes y al público por el animado debate. En la preparación de este texto para su publicación he contado con los útiles comentarios de Christine Di Stefano y de varios revisores anónimos de ambos lados del Atlántico. Tengo una deuda especial de gratitud con mi colega James Dickinson, cuyas detalladas observaciones y preguntas de sondeo fueron, como siempre, inestimables.

combinaban el marxismo y el feminismo. Gran parte de esta literatura, incluyendo el propio trabajo de la autora, siguió una agenda intelectual que no ha sido bien comprendida. Una poderosa pero generalmente no reconocida diferencia de paradigma teórico socavó así las discusiones feministas sobre el trabajo doméstico. Mientras tanto, las teóricas marxistas generalmente ignoraron la literatura sobre el trabajo doméstico, asumiendo que era irrelevante para las cuestiones de explotación de clase. El proyecto inacabado de las primeras teóricas del trabajo doméstico es, sin embargo, importante y merece más atención.

1. TEORÍAS Y TEORIZACIÓN
2. UN PUNTO DE PARTIDA DIFERENTE
3. TRABAJO DOMÉSTICO Y CAPITALISMO
4. AUDIENCIAS Y PARADIGMAS
5. TRABAJO DOMÉSTICO DEL S.XXI

Desde finales de la década de 1960 hasta la de 1970, las feministas socialistas intentaron analizar el trabajo familiar no remunerado de las mujeres desde el marco de la economía política marxista². Creían que este análisis permitiría

2 No es posible separar un feminismo socialista de un feminismo marxista tal y como se practicaban en la década de 1970; por lo tanto, utilizo el término feminismo socialista de forma inclusiva. En este trabajo sigo, por lo general, los usos contemporáneos de los términos en Estados Unidos. Desde finales de la década de 1960 hasta mediados de la de 1970, el término “liberación de la mujer” estaba de moda, con la intención de delimitar las ramas más jóvenes y presumiblemente más radicales del movimiento de la mujer del llamado feminismo burgués de la Organización Nacional de la Mujer. Dentro del movimiento de liberación de la mujer las feministas socialistas formaron una tendencia distintiva. A finales de la década de 1970, el término liberación de la mujer fue sustituido por el de feminismo. El hecho de que el feminismo sea ahora un término más amplio de lo que había sido antes quizás refleje la importancia decreciente de las ramas distintivas dentro del movimiento de las mujeres.

crear un fundamento para entender las diferencias entre las mujeres y los hombres. El interés por la teoría marxista de la liberación de la mujer parecía entonces normal, y no sólo para las feministas socialistas. En aquella época, el interés por la influencia de la teoría marxista en la liberación de la mujer parecía perfectamente normal, y no sólo para las feministas socialistas. Las feministas radicales también adoptaron y transformaron lo que entendían como conceptos marxistas (por ejemplo, Firestone, 1970; Millett, 1970).

De estos esfuerzos surgió una voluminosa literatura. Las feministas estudiaron los textos marxistas, desentrañaron los conceptos marxistas y produjeron una serie de formulaciones originales que combinaban, o al menos entremezclaban el marxismo y el feminismo. Su entusiasmo por este trabajo es difícil de recuperar hoy en día³. Además, resultó ser relativamente breve. A finales de la década de 1970, el interés por la teoría del trabajo doméstico había disminuido drásticamente. El alejamiento del llamado debate sobre el trabajo doméstico fue especialmente pronunciado en Estados Unidos.

En este artículo vuelvo a analizar el reto de teorizar el trabajo no remunerado del hogar, la maternidad y la crianza de los hijos. Argumento que gran parte de la primera literatura sobre el trabajo doméstico seguía una agenda intelectual que no ha sido bien comprendida, revisando mi propio trabajo en este sentido. A continuación, considero la recepción de tales esfuerzos por parte de su público. Por último, sugiero que el proyecto inacabado de los primeros teóricos del trabajo doméstico merece más atención.

3 Para las descripciones del entusiasmo con el que las feministas se enfrentaron a la teoría marxista en los años 60 y 70, véase Echols, 1989; Vogel, 1998; y los relatos personales en Duplessis y Snitow, 1998.

Teorías y teorización

La noción de que algo llamado “trabajo doméstico” debe ser teorizado surgió como parte de una crítica lanzada por las feministas (en el original, “women’s liberationistst”, “feministas” en adelante)⁴ norteamericanas a finales de la década de 1960 y pronto fue recogida en otros lugares, especialmente en Gran Bretaña. Aunque son fundamentales en la experiencia de las mujeres, el trabajo no remunerado y las responsabilidades de la vida familiar rara vez se abordaban en el pensamiento radical y en la práctica socialista. Las feministas, que querían fundamentar su propio activismo en una teoría más adecuada, empezaron a preguntarse por el estatus teórico del trabajo doméstico y el cuidado de los niños realizado en los hogares, generalmente por las mujeres. Durante los años siguientes, un enorme conjunto de escritos conocidos colectivamente como “el debate sobre el trabajo doméstico” examinó este rompecabezas⁵.

La literatura sobre el trabajo doméstico identificó los hogares familiares como lugares de producción. Reconceptualizadas como trabajo doméstico, las tareas del hogar y el cuidado de los niños podían analizarse como procesos laborales. A partir de ahí surgieron una serie de preguntas. Si el trabajo doméstico es un proceso laboral, ¿cuál es su producto? ¿Las personas? ¿Mercancías? ¿La fuerza de trabajo? ¿Tiene valor el producto? Si es así, ¿cómo se determina ese valor? ¿Cómo y qué o quién con-

4 A partir de ahora, todo lo que esté en cursiva es una nota del traductor.

5 Para una fina (y muy breve) revisión del debate sobre el trabajo doméstico, véase Himmelweit, 1983a y 1983c. Para un estudio de la literatura, véase Vogel, 1986. Véanse también los ensayos de Sargent, 1981, y de Hansen y Philipson, 1990.

sume el producto? ¿Cuáles son las circunstancias, condiciones y limitaciones del trabajo doméstico? ¿Cuál es la relación del trabajo doméstico con la reproducción de la fuerza de trabajo, con la reproducción social en general y con la acumulación capitalista? ¿Podría plantearse un modo de reproducción de las personas, comparable pero separado del modo de producción? ¿Las respuestas a estas preguntas podrían poner de manifiesto los orígenes de la opresión de las mujeres?

La floreciente literatura sobre el trabajo doméstico inicialmente parecía confirmar, o incluso legitimar el doble compromiso de las feministas socialistas con la liberación de la mujer y con el socialismo. Sin embargo, al poco tiempo surgieron una serie de problemas. Conceptos y categorías que al principio parecían evidentes perdieron su estabilidad. Por ejemplo, la noción de reproducción de la fuerza de trabajo se volvió sorprendentemente elástica, abarcando desde la procreación biológica hasta cualquier tipo de trabajo que contribuyera al mantenimiento diario de las personas, ya fuera remunerado o no, en hogares privados, en el mercado o en el lugar de trabajo. Asimismo, el significado de la categoría trabajo doméstico fluctuó. ¿Se refería simplemente al trabajo doméstico? ¿O incluye también la maternidad y el cuidado de los niños? Los argumentos circulares eran habituales. Por ejemplo, el trabajo doméstico se identificaba a menudo con el trabajo de las mujeres y a la inversa, asumiendo así la división sexual del trabajo que las feministas querían explicar. Además, la preocupación casi exclusiva del debate por el trabajo doméstico no remunerado restaba importancia al trabajo remunerado de las mujeres, ya fuera como sirvientas domésticas o como trabajadoras asalariadas. Y su enfoque en lo económico

parecía pasar por alto cuestiones políticas, ideológicas, psicológicas y sexuales urgentes. Las feministas también encontraron frustrante lo abstracta que era de la literatura sobre trabajo doméstico. El debate se desarrolló de forma no sólo difícil de seguir, sino también alejada de las preocupaciones de los activistas. Los conceptos parecían interactuar entre sí sin conexión con el mundo empírico. La discusión no sólo era abstracta, sino que también parecía ahistórica. Quizás lo más perjudicial es que gran parte de la literatura sobre el trabajo doméstico adoptó un marco explicativo funcionalista. El hecho de que hubiera una necesidad del trabajo doméstico por parte del sistema, por ejemplo, se tomaba como una necesidad satisfecha invariablemente. Muchos se preguntaban dónde estaba la voluntad humana en el debate.

Mientras tanto, las agendas feministas estaban repletas de otros asuntos, tanto teóricos como prácticos. A principios de la década de 1980, la mayoría de las feministas socialistas habían decidido ir “más allá en el debate sobre el trabajo doméstico”. Dejaron atrás la ambigüedad, la confusión conceptual, la circularidad y los cabos sueltos de un proyecto inacabado (Molyneux, 1979).

El alejamiento de la teorización sobre el trabajo doméstico dentro de un marco de economía política marxista parecía tener sentido. Muchas feministas asumían que la teoría era directamente pertinente a las actividades cotidianas y pensaban que una teoría dada tenía implicaciones políticas y estratégicas determinadas. Por el contrario, buscaban en los relatos empíricos de la historia y las circunstancias actuales una forma de constituir la base adecuada para la teoría⁶. Rechazando

6 Véase, por ejemplo, Brenner y Holmstrom, 1983; Molyneux, 1979; o, a su

las abstracciones de la primera literatura sobre el trabajo doméstico, buscaban un aparato conceptual que pudiera utilizarse para organizar e interpretar los datos de la vida de las mujeres.

Este enfoque reflejaba una orientación epistemológica particular, que ponía a la teoría en una especie de relación uno a uno con lo empírico. Se suponía que la teoría era isomórfica con lo que se consideraba la realidad. Como tal, podía producir generalizaciones empíricas, declaraciones de regularidad y modelos. La explicación y la predicción dependerían entonces de la extrapolación a partir de estas representaciones presumiblemente exactas. Desde este punto de vista, conocido en la literatura científica social, la teoría es una actividad intelectual de amplio alcance, basada en la experiencia y capaz de proporcionar descripciones, explicaciones y predicciones, y, por tanto, capaz de orientar la política o la estrategia.

Sin embargo, esta no es la única manera de pensar en la teoría. Gran parte de la primera literatura sobre el trabajo doméstico adoptó implícitamente una perspectiva diferente, enraizada en ciertas lecturas de la teoría marxista vigente en los años 60 y 70. Asociada sobre todo al filósofo francés Louis Althusser, esta perspectiva alternativa concede a la teoría una especificidad episódica y un alcance limitado. La teoría, según este punto de vista, es una empresa poderosa pero muy abstracta y diferente de la historia (véase, entre otros, Althusser, 1971; Hindess y Hirst, 1975; Willer y Willer, 1973; así como Marx, 1973). Como dijo Althusser, hablando del *Capital* de Marx:

manera, Nicholson, 1986.

A pesar de las apariencias, Marx no analiza ninguna “sociedad concreta”, ni siquiera Inglaterra, a la que menciona constantemente en el primer volumen, sino el modo de producción capitalista y nada más. Este objeto es abstracto: lo que significa que es terriblemente real y que nunca existe en estado puro, ya que sólo existe en las sociedades capitalistas. En pocas palabras: para poder analizar estas sociedades capitalistas concretas (Inglaterra, Francia, Rusia, etc.), es esencial saber que están dominadas por esa realidad terriblemente concreta, el modo de producción capitalista, que es “invisible” (a simple vista). “Invisible”, es decir, abstracto. (Althusser, 1971, 77.)

Desde esta perspectiva, la teoría es necesariamente abstracta y sus implicaciones están muy limitadas. Puede señalar elementos y tendencias clave, pero no puede dar cuenta de la vida social con una rica definición. Menos aún puede explicar directamente los acontecimientos, sugerir estrategias o evaluar las perspectivas de la acción política. Estas cuestiones son objeto de un tipo de investigación cualitativamente diferente, que examina los aspectos específicos de determinadas coyunturas históricas en las formaciones sociales existentes. Por decirlo de otro modo, este enfoque alternativo conceptualiza la teoría como una especie de lente. Por sí misma, la lente nos dice poco sobre las particularidades de una sociedad concreta en un momento determinado. Sólo mediante el uso de la lente los observadores pueden evaluar esos aspectos específicos y elaborar estrategias para el futuro. En comparación con la teorización -la producción de la lente-, estas tareas de investigación empírica y análisis político constituyen un trabajo intelectual diferente y, en mi opinión, más desafiante.

Un punto de partida diferente

Ahora me referiré a mi propio trabajo sobre el trabajo doméstico. Mi propósito al hacerlo es ofrecer un ejemplo de teorización emancipadora dentro del marco intencionalmente abstracto que acabamos de describir. Desde este punto de vista, el debate sobre el trabajo doméstico fue un proyecto teórico más que histórico o sociológico. Se espera que su resultado tome la forma de conjuntos de conceptos abstractos e identificaciones de posibles mecanismos y tendencias. Éstos no podían, por sí mismos, “explicar” realmente nada concreto, ni el carácter rico, idiosincrático y construido de la experiencia, ni la naturaleza y la dirección específica de la movilización popular o la transformación social. Menos aún podrían sugerir estrategias políticas. Tales cuestiones serían materia de investigación empírica y de análisis político por parte de los actores implicados.

El reto, por tanto, era descubrir o crear categorías para teorizar sobre el trabajo familiar no remunerado de las mujeres como un proceso material. Las feministas, entre las que me incluyo, examinaron los textos clásicos de Marx, Engels, Bebel y otros, descubriendo, en el mejor de los casos, un precario legado teórico. Esta constatación me llevó, en mi caso, a una larga lectura crítica de Marx. En esta lectura seguí lo que entendí como el consejo de Althusser:

No busques en *El Capital* ni un libro de historia “concreta” ni un libro de economía política “empírica”, en el sentido en que los historiadores y los economistas entienden estos términos. Por el contrario, hay que buscar en él un libro de teoría que analice el modo de

producción capitalista. La historia (historia concreta) y la economía (economía empírica) tienen otros objetos. (Althusser, 1971, 78.)

Con este enfoque teórico, esperaba poder contribuir a la construcción de una lente teórica más satisfactoria con la que analizar la subordinación de las mujeres. Como punto de partida conceptual he considerado dos nociones básicas en la obra de Marx: la fuerza de trabajo y la reproducción de la fuerza de trabajo. Para Marx, la fuerza de trabajo es una capacidad propia del ser humano y distinguible de la existencia corporal y social de su portador. El potencial de la fuerza de trabajo se realiza cuando su portador hace algo útil -un valor de uso- que puede o no ser intercambiado. Sin embargo, los portadores de la fuerza de trabajo son mortales y sufren el desgaste; todos los individuos acaban muriendo. Por lo tanto, la reproducción social está condicionada por algún proceso que satisfaga las necesidades personales de los portadores de la fuerza de trabajo, al igual que algún proceso que los sustituya con el tiempo. Estos procesos de mantenimiento diario y de sustitución a largo plazo se combinan en el término “reproducción de la fuerza de trabajo”.

En las sociedades divididas en clases, las clases dominantes aprovechan de alguna manera la capacidad de la fuerza de trabajo para producir valores de uso en su propio beneficio. Por lo tanto, en aras de la claridad, he restringido el concepto de reproducción del trabajo a los procesos que mantienen y sustituyen la fuerza de trabajo capaz de producir un excedente para una clase apropiadora⁷. En lo que queda de esta sección examino muy

7 El concepto de reproducción de la fuerza de trabajo se vuelve entonces

brevemente varias características de la reproducción de dicha fuerza de trabajo: los procesos implicados, el papel de la procreación biológica y ciertas contradicciones inherentes. Esto prepara el camino para la discusión sobre la reproducción de la fuerza de trabajo en las sociedades capitalistas en la siguiente sección.

Marx consideraba que la reproducción de la fuerza de trabajo era fundamental para la reproducción social, pero nunca proporcionó una exposición exhaustiva de lo que implicaba. A veces se centraba en la renovación del trabajador individual; en otras ocasiones, subrayaba la importancia de mantener y sustituir a los miembros no trabajadores de la clase obrera. Para aclarar esto, de nuevo, distinguí tres tipos de procesos que conforman la reproducción de la fuerza de trabajo en las sociedades clasistas. En primer lugar, una serie de actividades cotidianas que restablecen las energías de los productos directos y les permiten volver a trabajar. En segundo lugar, aquellas actividades similares que mantienen a los miembros no trabajadores de las clases subalternas -aquellos que son demasiado jóvenes, viejos o están enfermos, o que están involucrados en actividades de mantenimiento o fuera de la fuerza de trabajo por otras razones-. Y, en tercer lugar, los procesos de sustitución renuevan la mano de obra sustituyendo a los miembros de las clases subordinadas que han fallecido o que ya no trabajan.

pertinente, estrictamente hablando, sólo para las clases subordinadas. Esto no quiere decir que las mujeres de clase dominante no experimenten la subordinación de género. Más bien, su situación está asociada a su papel en el mantenimiento y la sustitución de las clases propietarias y requiere su propio análisis

Una vez desentrañados estos tres tipos de procesos, el concepto de reproducción de la fuerza de trabajo puede liberarse de los supuestos normativos relativos a la procreación biológica en los contextos familiares heterosexuales. Aunque la reproducción de la fuerza de trabajo en las sociedades actuales suele implicar la crianza de los hijos en entornos basados en el parentesco denominados familias, en principio puede organizarse de otras maneras, al menos durante un período de tiempo. El conjunto actual de trabajadores podría ser alojado en dormitorios, mantenido colectivamente, trabajado hasta la muerte, y luego sustituido por nuevos trabajadores, traídos de fuera. Este duro régimen ha sido aproximado muchas veces a lo largo de la historia. Nos vienen a la mente las minas de oro del Egipto romano, las plantaciones de caucho de la Indochina francesa y los Arbeitslager nazis. Lo más habitual es que la mano de obra existente se reponga de dos maneras. En primer lugar, mediante procesos de lo que yo llamo “reemplazo profesional”, por el que los trabajadores tienen hijos que crecen y se convierten en trabajadores. Y, en segundo lugar, por la entrada de nuevos trabajadores en la población activa. Por ejemplo, personas que antes no participaban en absoluto pueden incorporarse al trabajo asalariado, como cuando las esposas entraron en el mercado laboral estadounidense en la década de 1950. Las personas pueden entrar en la fuerza de trabajo de forma esporádica, por ejemplo, en la cosecha o durante las crisis económicas. Los inmigrantes pueden cruzar las fronteras nacionales para formar parte de la fuerza de trabajo de un país. Las personas también pueden ser secuestradas por la fuerza, trasladadas lejos de su hogar y obligadas a formar parte de una nueva fuerza de trabajo, como se hacía en las plantaciones de esclavos del Nuevo Mundo.

Desde el punto de vista teórico, en otras palabras, la reproducción de la fuerza de trabajo no está invariablemente asociada a los hogares privados basados en el parentesco, como se supone comúnmente en el debate sobre el trabajo doméstico. En particular, no implica necesariamente alguno o todos los siguientes elementos: heterosexualidad, procreación biológica, formas de familia o reemplazo generacional. No obstante, la mayoría de las sociedades de clase han institucionalizado los procesos de mantenimiento diario y de reemplazo generacional en un sistema de formas familiares heterosexuales. El hecho de que estas disposiciones sean tan comunes refleja probablemente sus ventajas -disputadas y constantemente renegociadas- sobre las alternativas.

Las sociedades de clase que dependen de la procreación biológica para la reproducción del poder laboral se enfrentan a varias contradicciones. Mientras están embarazadas y durante un breve período posterior, las mujeres de la clase subalterna experimentan al menos un breve período de capacidad reducida para trabajar y/o realizar las actividades de mantenimiento diario. Durante estos periodos de menor actividad, las propias mujeres deben mantenerse. De este modo, la maternidad puede disminuir la contribución de las mujeres de clase subordinada como productoras directas y como participantes en las actividades de mantenimiento⁸. Desde la perspectiva de las clases dominantes, esta maternidad es, por tanto, potencialmente costosa, ya que el trabajo de las mujeres embarazadas y el que las mantiene podría

8 Paddy Quick (1977) sostiene que la base material fundamental de la subordinación de las mujeres en las sociedades de clase no es la división sexual del trabajo o la diferencia de género en sí misma, sino la necesidad de mantener a las mujeres de clase subordinada durante la maternidad.

haber formado parte del plustrabajo. Al mismo tiempo, la maternidad de las clases subalternas repone la fuerza de trabajo y, por tanto, beneficia a las clases dominantes. Existe, pues, una contradicción latente entre la necesidad de las clases dominantes de apropiarse del excedente de trabajo y su necesidad de fuerza de trabajo para llevarlo a cabo.

Desde la perspectiva de las clases subalternas, pueden surgir otras contradicciones. Los acuerdos para la reproducción de la fuerza de trabajo suelen aprovechar las relaciones entre mujeres y hombres basadas en la sexualidad y el parentesco. Otros individuos, con frecuencia el padre biológico y su grupo de parientes o los parientes de la propia mujer que tiene hijos, tienen la responsabilidad de asegurarse de que las mujeres sean atendidas durante los períodos de menor actividad asociados a la maternidad. Aunque, en principio, los papeles diferenciados de mujeres y hombres sólo tienen que durar durante esos meses de maternidad, la mayoría de las sociedades los asignan a la variedad de estructuras sociales conocidas como familias, que se convierten en lugares para la realización de actividades de mantenimiento diario, así como de reemplazo generacional. Estos arreglos están legitimados por la dominación masculina, respaldada por estructuras institucionalizadas de opresión femenina.

El cómo se manifiestan estas diversas contradicciones y se enfrentan en las sociedades de clase reales no puede derivarse directamente de su existencia a este nivel tan general. Esta discusión simplemente muestra que la capacidad de procreación de las mujeres de la clase subordinada las posiciona de manera diferente a los

hombres con respecto a los procesos de aprobación de excedentes y reproducción de la fuerza de trabajo. Aunque también pueden ser trabajadoras, es el papel diferencial de las mujeres de clase subalterna en el mantenimiento y la sustitución de la fuerza de trabajo lo que marca su situación particular⁹.

Capitalismo y trabajo doméstico

En la sección anterior se consideraron elementos de la reproducción de la fuerza de trabajo en las sociedades divididas por clases. En esta sección me ocuparé de la reproducción de la fuerza de trabajo en ese tipo distintivo de sociedad de clases conocido como capitalismo. Sobre este tema, Marx tenía mucho que decir, pero, como demostró la literatura sobre el trabajo doméstico, no era suficiente¹⁰.

En las sociedades capitalistas, según Marx, la fuerza de trabajo toma la forma específica de mercancía, es decir, una cosa que no sólo tiene valor de uso, sino también valor de cambio. Esta mercancía, que está a cargo de personas, tiene ciertas peculiaridades. Su valor de uso es su capacidad, cuando se pone a trabajar en un proceso de producción capitalista, de ser la fuente de más valor del que ella misma vale. Su valor de cambio -lo

9 Del mismo modo, las mujeres de la clase dominante tienen un papel especial, aunque bastante diferente, en el mantenimiento y la sustitución de su clase.

10 Los tres párrafos siguientes comprimen radicalmente las largas discusiones de Marx sobre aspectos de la reproducción de la fuerza de trabajo. Marx discutió el material en gran medida y con amplia ilustración empírica. En sentido estricto, una parte del valor creado por el trabajo del obrero se destina a sustituir el capital constante

que cuesta comprar la fuerza de trabajo en el mercado es “el valor de los medios de subsistencia necesarios para el mantenimiento del trabajador” (Marx, 1971, 167), una cantidad que se establece histórica y socialmente en una sociedad determinada en un momento concreto.

Para explorar la relación entre el valor de la fuerza de trabajo y el interés del capital en la apropiación del excedente, Marx utilizó una abstracción: la jornada laboral de un solo trabajador, expresada en horas. Definió el “trabajo necesario” como la parte del trabajo diario que permite al trabajador comprar los medios de subsistencia. Y definió el “trabajo excedente” como el resto del trabajo diario, del que se apropia el capitalista. En otras palabras, el trabajador trabaja una parte del tiempo para sí mismo y el resto del tiempo para el patrón. El primero, el trabajo necesario del trabajador corresponde a su salario; el segundo, su trabajo excedente, constituye la plusvalía a disposición del patrón.

Para Marx, la acumulación capitalista crea un sistema de ganancias en constante cambio. Si los capitalistas deben buscar más y más beneficios, les interesa buscar la reducción del trabajo necesario. Marx describió los métodos (que no son el engaño) que pueden utilizar para lograr esa reducción. Por un lado, pueden alargar la jornada laboral o intensificar el ritmo de trabajo sin cambiar el valor de la fuerza de trabajo. Más horas o un trabajo más intenso significa que el trabajador gasta más fuerza de trabajo por el mismo salario. Es decir, su fuerza de trabajo se abarata. Marx llamó a este tipo de reducción del trabajo necesario “plusvalía absoluta”. Por otro lado, los capitalistas pueden reducir el trabajo necesario haciendo que el proceso de producción sea más produc-

tivo. Una mayor productividad significa que el trabajador necesita menos horas de trabajo para completar el trabajo necesario y más plusvalía va al patrón. Dentro de unos límites, se podría incluso conceder un aumento de salario. Marx llamó a este tipo de reducción del trabajo necesario “plusvalía relativa”.

La discusión de Marx sobre la relación entre el trabajo necesario y plustrabajo dentro de la jornada laboral es maravillosamente clara. Al mismo tiempo, su enfoque en un solo trabajador individual excluye forzosamente la consideración de todo el trabajo adicional que asegura no sólo el mantenimiento y el reemplazo del trabajador, sino también el de su familia y la comunidad y de la fuerza de trabajo en general¹¹. El hecho de que estos diversos procesos puedan omitirse en el relato de Marx, al menos en este punto, es un efecto de la particular organización social del capitalismo. Como en ningún otro modo de producción, las tareas de mantenimiento diario y de reemplazo generacional están aisladas espacial, temporal e institucionalmente de la esfera de la producción. En su concepto de “consumo individual”, Marx reconoció que el capitalismo da a la vida fuera del trabajo un carácter radicalmente distinto del trabajo asalariado. El consumo individual se produce cuando “el trabajador convierte el dinero que se le paga por su fuerza de trabajo en medios de subsistencia” (Marx, 1971, 536). El principal interés de Marx aquí es contrastar el consumo individual de medios de subsistencia del trabajador con su “consumo productivo” de medios de producción mientras está en el trabajo. Pero dijo poco sobre el trabajo real involucrado en el consumo individual. Se trata de un ámbito de actividad

11 En otro lugar, Marx reconoció que ese trabajo era una condición para la reproducción social general.

económica esencial para la producción capitalista que, sin embargo, no aparece en la exposición de Marx.

La literatura sobre el trabajo doméstico trató, de diversas maneras, de hacer visible el funcionamiento de la reproducción de la fuerza de trabajo en las sociedades capitalistas. Desde mi punto de vista, esto significaba reconceptualizar el trabajo necesario para incorporar los procesos de reproducción de la fuerza de trabajo. El trabajo necesario tiene, según mi opinión, dos componentes. El primero, discutido por Marx, es el trabajo necesario que produce un valor equivalente al salario. Este componente, que llamé el componente social del trabajo necesario, está indisolublemente ligado al trabajo excedente en el proceso de producción capitalista. El segundo componente del trabajo necesario, profundamente velado en el relato de Marx, es el trabajo no asalariado que contribuye a la renovación diaria y a largo plazo de los portadores de la fuerza de trabajo comunitaria y de la clase obrera en su conjunto¹². He llamado a esto el componente doméstico del trabajo necesario, o trabajo doméstico. Definido así, el trabajo doméstico se convirtió en un concepto específico del capitalismo y sin asignación fija de género.

Esto lo liberó de varias suposiciones de sentido común que rondaban el debate sobre el trabajo doméstico, especialmente la noción de que el trabajo doméstico es universal y que es necesariamente un trabajo de mujeres.

¹² En este nivel de abstracción, utilizo el término clase trabajadora para indicar a todos aquellos que carecen de propiedad en el sentido de no poseer los medios de producción. La mayor parte de la población actual de Estados Unidos, como la de cualquier otro país, es, en este sentido, clase trabajadora, lo que hace necesario, en contextos menos abstractos, considerar la estratificación de los hogares por ocupación, educación, ingresos, etc.

Los componentes social y doméstico del trabajo necesario no son directamente comparables, ya que este último no tiene valor¹³. Esto significa que el componente social del trabajo necesario, muy visible y valioso va acompañado de un componente doméstico oscuro, no cuantificable y (técnicamente) sin valor. Aunque sólo uno de los componentes aparece en el mercado y puede verse claramente, la reproducción de fuerza de trabajo implica ambos. Los salarios pueden permitir a los trabajadores comprar productos básicos, pero por lo general también hay que realizar un trabajo adicional -el trabajo doméstico-. Se preparan los productos alimenticios y se mantiene y limpia la ropa. No sólo se cuida a los niños, sino que se les enseña las habilidades que necesitan para convertirse en adultos competentes de la clase trabajadora. Las personas de la clase trabajadora que están enfermas, discapacitadas o debilitadas son atendidas. Estas diversas tareas son asumidas, al menos en parte, por el trabajo doméstico.

En otras palabras, he argumentado que el trabajo necesario es una categoría conceptual más complicada de lo que se pensaba. Tiene dos componentes, uno con valor y otro sin él. El trabajo doméstico, el segundo componente que faltaba anteriormente, es muy diferente del componente social, pero igualmente indispensable para la producción social capitalista. Carece de valor, pero, sin embargo, desempeña un papel clave en el proceso de apropiación de la plusvalía. Encerrados juntos en el papel del trabajo necesario, el trabajo social y su nuevo

13 La cuestión de si el trabajo doméstico tiene o no valor en el sentido marxista desencadenó su propio minidebate dentro de la literatura liberadora de la mujer. En mi opinión, no lo tiene. Para una exposición del porqué, véase Smith, 1978.

compañero, el trabajo doméstico, forman una extraña pareja nunca antes encontrada en la teoría marxista¹⁴.

El interés de los capitalistas por reducir el trabajo necesario puede extenderse tanto a su componente doméstico como al social. Si algunas personas dedican gran parte de sus energías al trabajo doméstico -sacar agua del pozo, cocinar en un hogar, lavar la ropa hirviéndola, enseñar a los niños los fundamentos de la lectura, la escritura y la aritmética, etc.- entonces están menos disponibles para trabajar en la producción. Por el contrario, cuando se reduce la mano de obra doméstica, se libera potencialmente fuerza de trabajo adicional en el mercado laboral. La reducción del trabajo doméstico ha sido un proceso continuo en los siglos XIX y XX. A principios del siglo XX, la preparación de la comida requería menos tiempo, el lavado de la ropa era en cierto modo menos oneroso y las escuelas habían asumido la mayor parte de la tarea de enseñar habilidades. Más recientemente, los alimentos congelados, los microondas, las lavanderías y la mayor disponibilidad de guarderías, jardines de infancia y programas extraescolares han reducido aún más el trabajo doméstico¹⁵. La reducción del trabajo doméstico

14 Esta discusión, que aclara, pero no altera mi argumento anterior (Vogel, 1983), me parece ahora menos persuasiva. Lo que está claro, sin embargo, es que tanto si el trabajo doméstico se conceptualiza como un componente del trabajo necesario como si no, la conclusión es que hay que encontrar alguna manera de teorizarlo dentro de la economía política marxista.

15 Nona Glazer (1987) analiza la "transferencia de trabajo" como una importante tendencia contraria a la reducción del trabajo doméstico en el siglo XX. La transferencia de trabajo se produce cuando el trabajo que antes realizaban los dependientes se transfiere a los compradores de autoservicio, aumentando así el trabajo doméstico. Martha Giménez (1990) incorpora la transferencia de trabajo de Glazer a su análisis de cuatro tipos distintos de trabajo doméstico. Aunque los distintos mecanismos de transferencia de trabajo son significativos, dudo que contradigan la tendencia a largo plazo de los hogares a aumentar la cantidad total de trabajo doméstico realizado.

por medios tecnológicos y no tecnológicos no hace que los hogares envíen inevitablemente más fuerza de trabajo de sus miembros al mercado. Sin embargo, crea una mayor posibilidad de que lo hagan.

En resumen, los capitalistas como clase están atrapados entre una serie de presiones contradictorias, incluyendo: su necesidad a largo plazo de una fuerza de trabajo, sus demandas a corto plazo de diferentes categorías de trabajadores y consumidores, sus requisitos de beneficios y su deseo de mantener la hegemonía sobre una clase trabajadora dividida. En la abstracción de mi construcción teórica, estas presiones contradictorias generan tendencias, por supuesto, y no destinos impenables. Tales tendencias no producen necesariamente resultados favorables a las clases dominantes, como querían las interpretaciones funcionalistas. Por el contrario, los procesos de reproducción de la fuerza de trabajo constituyen un terreno conflictivo. En las sociedades actuales, los capitalistas adoptan una variedad de estrategias, algunas de las cuales implican la manipulación del trabajo doméstico en formas que pueden analizarse como creadoras de plusvalía absoluta o relativa. Al mismo tiempo, los trabajadores se esfuerzan por conseguir las mejores condiciones para su propia renovación, que puede incluir un nivel y un tipo particular de trabajo doméstico. Dado que tanto el capital como el trabajo están normalmente fragmentados en distintos sectores, los resultados no son uniformes en todos los estratos.

Así, esta dinámica tendencial contradictoria enhebra las luchas históricas sobre las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo comunitaria. Entre los resultados particulares se encuentran el salario familiar

para ciertos grupos, la legislación protectora que cubre a las mujeres y los niños de los trabajadores industriales, la segregación por sexo y raza en el mercado laboral, la mano de obra migrante alojada en barracones, etc.¹⁶

Hasta aquí he hablado de la reproducción de la fuerza de trabajo de la mercancía como un fenómeno económico¹⁷. Sin embargo, hay un fenómeno político clave que también se da, una tendencia a la igualdad. Marx argumentó que esta característica política fundamental de las sociedades capitalistas tiene una base en la articulación de la producción y la circulación¹⁸. En la producción, una gran gama de trabajo útil concreto se hace equivalente como trabajo humano en abstracto, o valor. En la circulación, las mercancías pueden intercambiarse en el mercado cuando incorporan cantidades comparables de ese valor. La fuerza de trabajo también es, por supuesto, una mercancía que se compra y se vende en el mercado. Los trabajadores y los capitalistas se encuentran así en el mercado como propietarios que buscan intercambiar sus mercancías. Para que las transacciones tengan lugar, los capitalistas deben ofrecer salarios equivalentes al valor de la fuerza de trabajo de

16 Este análisis del trabajo doméstico como componente clave de la reproducción de la fuerza de trabajo tiene una contrapartida empírica en la forma en que los estudios sobre la clase trabajadora han cambiado en las últimas tres décadas.

17 Estoy de acuerdo con Nancy Fraser (1998) en que la mayor parte de lo que puede denominarse vagamente como relaciones de género no se encuentra en la esfera económica. Mi afirmación aquí es que, no obstante, hay una parte que es económica, que desempeña un papel en la dinámica de la acumulación capitalista y que su teorización pertenece a la economía política. Este importante, aunque limitado, aspecto económico de la opresión de la mujer en el capitalismo es, sin duda, uno de los factores que marcan su especificidad en contraposición a, por ejemplo, la subordinación racial o de clase.

18 Aquí, de nuevo, comprimo al máximo un postulado de Marx bastante más largo.

los trabajadores. En contra de la idea de que el capitalismo es un sistema tramposo, se trata de un intercambio igualitario. La igualdad en el mercado va de la mano de la explotación en la producción.

La igualdad de las personas no es, pues, un principio abstracto o una falsa ideología, sino una tendencia compleja con raíces en la articulación de las esferas de producción y circulación. La falta de igualdad, sostengo, representa una característica específica de la opresión de las mujeres (y de otros grupos) en las sociedades capitalistas. Sólo las mujeres de clase subordinada realizan el trabajo doméstico, como ya se ha dicho, pero todas las mujeres sufren la falta de igualdad en las sociedades capitalistas.

Los esfuerzos por ampliar el alcance de la igualdad plantean retos radicales en al menos dos frentes. En primer lugar, tienden a reducir las divisiones dentro de los estratos y sectores subordinados y entre ellos, al acercar a todas las personas a una posición más igualitaria. En segundo lugar, pueden revelar el carácter fundamental de explotación del capitalismo, ya que cuanto más se amplían los derechos, más se expone el carácter económico y social del capitalismo. Lejos de los ejercicios de reformismo infructuoso o de políticas identitarias supuestamente divisorias, las luchas por la igualdad pueden contribuir a la construcción de alianzas estratégicas e incluso apuntar más allá del capitalismo.

Para resumir el escenario teórico que ofrecí, en toda su abstracción: en el modo de producción capitalista, la lógica de la acumulación y la articulación entre las esferas de producción y circulación marcan doblemente

la posición de las mujeres. Por un lado, las mujeres y los hombres de las clases subalternas están situados de forma diferencial con respecto a los aspectos económicos importantes de la reproducción social. Por otro lado, a todas las mujeres se les niega la igualdad de derechos. En las sociedades actuales, la dinámica de la subordinación de las mujeres responde, entre otros factores, a este doble posicionamiento.

Audiencias y paradigmas

Los esfuerzos por teorizar sobre el trabajo doméstico se dirigieron a dos audiencias distintas en la década de 1970: las feministas, especialmente las socialistas, y la izquierda. La mayoría de las feministas acabaron rechazando la literatura sobre el trabajo doméstico por considerarla un esfuerzo erróneo de aplicar categorías marxistas inapropiadas. La mayoría de los marxistas simplemente ignoraron el debate, sin seguirlo ni participar en él. Ninguna de las dos audiencias potenciales comprendió del todo la forma en que las feministas socialistas sugerían, implícita o explícitamente, que la teoría de Marx debía ser revisada.

Un factor que acabó limitando la audiencia feminista fue el enfoque teórico del debate sobre el trabajo doméstico. Como ya se ha comentado, muchas feministas tenían dificultades con la perspectiva epistemológica que subyacía en gran parte de la literatura sobre el trabajo doméstico. No sólo era extremadamente abstracta, sino que también consideraba que el alcance de la teoría era muy limitado. En particular, las cuestiones de la subjetividad y la voluntad quedaban fuera de la teoría de

este tipo. Estas cuestiones pertenecían, más bien, al difícil y desordenado ámbito de la investigación y el análisis histórico concreto. La mayoría de las feministas llegaron a rechazar este punto de vista de la teoría y, en su lugar, trataron de basar la teoría en una descripción empírica detallada. Una poderosa pero generalmente no reconocida diferencia de paradigma teórico separaba así las dos perspectivas. Como me resulta mucho más evidente ahora que hace años, los defensores de una de ellas no podían comunicarse eficazmente con los partidarios de la otra. Incluso la tarea de leer el trabajo de los demás, por no hablar de su crítica útil, contrarrestó el obstáculo de la incompatibilidad de paradigmas¹⁹.

Durante la década de 1970, la izquierda era mayoritariamente hostil a la noción de desarrollar un socialismo feminista, y mucho menos a la de revisar la teoría marxista. En muchos campos, el feminismo se consideraba intrínsecamente burgués, así como una amenaza para la unidad de clase. Los teóricos marxistas estadounidenses, en su mayoría hombres, generalmente ignoraban la literatura sobre el trabajo doméstico. En parte, el problema aquí era de nuevo una incompatibilidad de paradigmas, esta vez de un tipo diferente. Desde una perspectiva marxista tradicional, la dinámica del capitalismo tenía que ver, en última instancia, con la explotación de clase. Otras cuestiones -por ejemplo, el género, la raza o

19 Thomas Kuhn (1962) describe las muchas formas en que los paradigmas teóricos permanecen invisibles mientras enmarcan poderosamente el pensamiento de sus usuarios. Con respecto al marco teórico que nos ocupa, Althusser (1993, 185-186) también comenta el fenómeno: "Desde el principio habíamos insistido en trazar una distinción estructural entre una combinatoria (abstract) y una combinación (concreta), lo que creaba el mayor problema. Pero ¿alguien lo reconoció? Nadie hizo caso de la distinción. Nadie se interesó por [mi enfoque de] la teoría. Sólo unos pocos individuos entendieron mis razones y objetivos".

la opresión nacional- podían ser preocupaciones importantes para los socialistas, pero quedaban fuera de lo que se entendía como el ámbito de la teoría marxista.

Las audiencias para la teorización del trabajo doméstico se redujeron dramáticamente en la década de 1980. Sin duda, el clima político cada vez más conservador y el declive o la destrucción de muchos movimientos sociales radicales influyeron en el declive. El trabajo intelectual feminista consiguió florecer, pero con muchos menos vínculos que antes con el activismo del movimiento de mujeres. Al sobrevivir en los campus universitarios, se encontró con una serie de limitaciones disciplinarias y presiones profesionales. Además, las generaciones más jóvenes de académicas feministas habían perdido la oportunidad de participar en un movimiento radical de liberación de la mujer que tenía sus raíces en los disturbios de la década de 1960. No es de extrañar que disminuyera la confianza en la relevancia del pensamiento socialista para la teoría feminista.

Para sorpresa de algunos, los años 80 y 90 no fueron testigos de la desaparición de la teoría del trabajo doméstico. Más bien, ha persistido un cierto nivel de interés. Allí donde existen tradiciones relativamente sólidas de teoría marxista por una u otra razón, como en Inglaterra y Canadá, pequeñas comunidades de economistas, sociólogos e historiadores, tanto hombres como mujeres, siguen abordando cuestiones que descenden de las planteadas en la primera literatura sobre el trabajo doméstico²⁰.

20 Para Inglaterra, véase la bibliografía en Jean Gardiner, 1997, y la revista *Capital & Class*. Para Canadá, véase Hamilton y Barrett, 1990, y la revista *Studies in Political Economy*.

Sin embargo, en estos años en los Estados Unidos, hay relativamente menos investigadoras involucradas en las cuestiones planteadas sobre el trabajo doméstico. Las feministas que siguen utilizando la terminología a menudo lo hacen de una manera más metafórica que analítica. El trabajo doméstico, por ejemplo, se sigue considerando como algo cuyo lugar y trabajadores son obvios (el hogar privado, las mujeres) y cuyo contenido es evidente (normalmente, el trabajo doméstico, o el trabajo doméstico y el cuidado de los niños). La reproducción, un término con significados dentro de varias tradiciones intelectuales distintas que al principio fueron objeto de mucha discusión, también ha adquirido un significado genérico²¹. Junto con una nueva expresión, “trabajo reproductivo”, ahora suele abarcar una amplia gama de actividades que contribuyen a la renovación de las personas, incluyendo el trabajo emocional e intelectual, así como el manual, y el trabajo asalariado y no asalariado. Evelyn Nakano Glenn (1992, 4) hace un repaso de la literatura al respecto:

El término reproducción social ha pasado a ser concebido de forma más amplia para se refieren a la creación y recreación de las personas como seres culturales y sociales, además de físicos. Por lo tanto, implica trabajo mental, emocional y manual. Este trabajo puede organizarse de múltiples maneras: dentro y fuera del hogar, como trabajo remunerado o no remunerado, creando valor de cambio o sólo valor de uso (para, por ejemplo, la producción de alimentos) puede ser realizada por un miembro de la familia como trabajo no asalariado en

21 Para las consideraciones de los años 70 sobre los significados del concepto de reproducción, véase Edholm, Harris y Young, 1977; y Beechey, 1979. Véase también Himmelweit, 1983b.

el hogar, por un sirviente como trabajo asalariado en el hogar, o por un cocinero de un restaurante de comida rápida como trabajo asalariado que genera beneficios.

Los teóricos marxistas estadounidenses de los años 80 y 90 han seguido siendo mayoritariamente masculinos y, en general, no han prestado atención a varias décadas de estudios y comentarios feministas socialistas. Muchos consideran que el feminismo es una instancia de la llamada política de identidad que sólo puede balcanizar a la izquierda. También les preocupa la unidad de la teoría marxista. Al mismo tiempo, parecen no ser conscientes de la variedad de debates y discusiones actuales que abordan estos mismos problemas. Sin embargo, un puñado de ellos ha comenzado a entrar en el diálogo. Algunos cubren un terreno ya muy transitado en el debate sobre el trabajo doméstico, incluso reinventando análisis propuestos por primera vez por las feministas en la década de 1970. Otros interpretan las cuestiones que rodean la opresión femenina como cuestiones de lenguaje, psicología o sexualidad. Al hacerlo, construyen la subordinación de las mujeres como algo totalmente externa a los procesos de apropiación del excedente y de reproducción social capitalista y, por tanto, no es objeto de la economía política marxista.

Las primeras teóricas del trabajo doméstico trataron de situar la vida de las mujeres en el centro del funcionamiento del capitalismo. Fueron de las primeras en intuir la próxima crisis del marxismo y en empezar a explorar las limitaciones de la teoría marxista. Su desafío a la teoría feminista y a la tradición de la economía política marxista sigue siendo, en mi opinión, un proyecto inacabado.

El trabajo doméstico en el siglo XXI

La literatura sobre el trabajo doméstico insistió en que la opresión de las mujeres es fundamental para la reproducción social en general. A pesar de todos sus problemas, esta idea sigue siendo válida. El capital sigue exigiendo fuentes fiables de fuerza de trabajo explotable y consumidores de productos debidamente configurados, exigencias que son siempre objeto de lucha y que no siempre se cumplen. Con la reestructuración global, los procesos a través de los cuales se mantiene y sustituye la fuerza de trabajo están sufriendo una transformación radical y el trabajo doméstico sigue siendo clave para estos cambios. Las formas de trabajo doméstico proliferan, alejándose cada vez más de la norma de la familia nuclear dependiente del hombre y la mujer. La mayoría de los hogares dedican cada vez más tiempo al trabajo asalariado, reduciendo en general la cantidad y la calidad del trabajo doméstico que realizan sus miembros. Otros hogares se encuentran atrapados en una persistente falta de empleo, una marginalidad cada vez mayor y un nivel y tipo de trabajo doméstico empobrecido. En este caso, podría decirse que la reproducción de un sector de la fuerza de trabajo está en cuestión²². Los procesos de renovación de la fuerza de trabajo también se dispersan geográficamente, atravesando con frecuencia las fronteras nacionales. La migración se generaliza, dividiendo a las familias y produciendo nuevos tipos de lugares de trabajo doméstico no relacionados con el parentesco. Mientras tanto, la ampliación del alcance y la disponibilidad

22 Giménez (1990, 37) sugiere que estos hogares “simplemente reproducen personas; y [la fuerza de trabajo de] personas... sin habilidades comercializables, [no tiene] ningún valor bajo las condiciones capitalistas”. Para una interpretación diferente, véase Sassen, 1998.

de la igualdad basada en los derechos para los grupos tradicionalmente marginados, beneficiosa en muchos sentidos, crea peligros imprevistos (véase, por ejemplo, Vogel, 1995).

En el umbral del siglo XXI, las mujeres soportan grandes cargas, junto con cambios innegables. Estas cargas incluyen, entre otros, la doble jornada, los maridos ausentes, el aislamiento de los parientes y la maternidad en solitario sin el apoyo social adecuado. En definitiva, la experiencia de las mujeres sigue apuntando a la cuestión de la teorización del trabajo doméstico y su papel en la reproducción social capitalista.

REFERENCIAS

Arruzza, C. (2016). Reflexiones degeneradas. Patriarcado y capitalismo. *Marxismo Crítico*.

Artous, A., & Vinteuil, F. (1982). Los orígenes de la opresión de la mujer. Sistema capitalista y opresión de la mujer. Editorial Fontamara.

Badcock, S. (2004). Women, protest, and revolution: Soldiers' wives in Russia during 1917. *International Review of Social History*, 49(1), 47-70.

Ballón, A. (2014). Memorias del caso peruano de esterilización forzada. Biblioteca Nacional del Perú.

Banaji, R., Lily, F. B., Hing, H. C. S., & Wan, C. C. (1986). La mujer en la industria en Asia y África. *Estudios de Asia y Africa*, 21(3(69)), 449-490.

Bidaurrazaga, E. (2003). El legado del neoliberalismo en África Austral: los efectos económicos y sociales del ajuste. *Revista CIDOB d'afers internacionals*.

Burguière, A. (1988). *Historia de la familia: Mundos lejanos, mundos antiguos*. Vol. 1. Alianza Editorial.

Carner, F. (1982). La familia y la Revolución industrial. *Diálogos: Artes, Letras, Ciencias Humanas*, 18(2(104)), 20-28.

Chaves Palacios, J. (2004). Desarrollo tecnológico en la Primera Revolución Industrial. *Norba. Revista de historia*, 17, 93-109.

Cintas Peña, M. (2018). La desigualdad de género en la prehistoria ibérica: una aproximación multi-variable. Universidad de Sevilla.

Crenshaw, K. (1989). Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics. *University of Chicago Legal Forum*, 8, 139-167.

Davis, A. (2006). *Mujeres, Raza y clase*. Akal Ediciones.

Delicado-Moratalla, L. (2021). «El embarazo es una máquina, no una mujer» Deshumanización y sexismo misógino en el planteamiento favorable al ‘trabajo gestacional’. *Journal Feminist, Gender, Women Studies*, 10, 41-50.

Elwood, R. C. (2018). *Inessa Armand: Revolucionaria y feminista*. El Viejo Topo.

Engels, Fredrich. (1970). *El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado*. Editorial Fundamentos. (Obra original publicada en 1884).

Engels, Friedrich. (1845). *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Marxists Internet Archive.

Engels, Friedrich. (1873). *Contribución al problema de la vivienda*. Marxists Internet Archive.

Engels, Friedrich. (1890). *Carta a Jose Bloch*. Marxists Internet Archive.

Espin, V., De Los Santos, A., & Ferrer, Y. (2012). *Las Mujeres en Cuba: Haciendo UNA Revolucion Dentro de la Revolucion: De Santiago de Cuba y el Ejercito Rebelde a la creacion de la Federacion de Mujeres Cubanas*. Pathfinder Press.

Feder, E. (1982). Capital monopolista y empleo agrícola en el Tercer Mundo. Cuadernos Políticos, 26, 19-36.

Federici, S. (2010). Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria. Proyecto Editorial Traficantes de Sueños. (Obra original publicada en 2004).

Federici, S. (2013). Revolución en Punto Cero: Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas. Proyecto Editorial Traficantes de Sueños. (Obra original publicada en 2012).

Frenca, C., & Gaido, D. (2018). Feminismo y movimiento de mujeres socialistas en la Revolución Rusa. Ariadna Ediciones.

Fröbel, F., Heinrichs, J., & Kreye, O. (1980). La nueva división internacional del trabajo: Paro estructural en los países industrializados e industrialización de los países endesarrollados. Editores Siglo XXI.

Girón, A. (2013). La deuda externa del Tercer Mundo. Problemas del desarrollo, 12(46).

Guerra Palmero, M. J. (2018). Contra la mercantilización de los cuerpos de las mujeres. La gestación subrogada como nuevo negocio transnacional. Dilemata, 26, 39-51.

Heinen, J. (1978). De la 1a a la 3a Internacional: La cuestión de la mujer. Editorial Fontamara.

Hilton, R., & Dobb, M. (1982). La transición del feudalismo al capitalismo (4a ed). Editorial Critica.

Iniciativa Comunista. (2017). Línea Roja 4. Sobre el imperialismo.

Iniciativa Comunista. (2020). Crisis, rescate y austeridad.

Kollontai, A. (1919). Women Workers Struggle For Their Rights. Marxists Internet Archive.

Kollontai, A. (1920). El Día Internacional de la

Mujer. Marxists Internet Archive.

Kollontai, A. (1921). Ensayo autobiográfico. Marxists Internet Archive.

Kollontai, A. (2014). Catorce conferencias en la Universidad Sverdlov de Leningrado (1921): mujer, economía y sociedad. Editorial Cienflores.

Korol, C. (2007). Diálogo con Vilma Espín. Las mujeres en la Revolución Cubana.

Laiz Castro, C. (1993). La izquierda radical en España durante la transición a la democracia. Universidad Complutense de Madrid.

Larguía, I., & Dumoulin, J. (1976). Hacia una ciencia de la liberación de la mujer. Anagrama, Editorial S.A.

Lee, B., & Rover, R. (1998). Night-vision: Illuminating war & class on the Neo-colonial terrain. Vagabond Press.

Lenin, V. I. (1903). El lugar del Bund dentro del Partido. En Akal (Ed.), Obras Completas, Tomo 7 (pp. 101-112). Marxists Internet Archive.

Lenin, V. I. (1904). Un paso adelante, dos pasos atrás. En Koba (Ed.), Obras Escogidas, Tomo 2 (pp. 121-160). Marxists Internet Archive.

Lenin, V. I. (1917). Tesis de Abril. En Koba (Ed.), Obras Escogidas, Tomo 6 (pp. 106-109). Marxists Internet Archive.

Lerner, G. (1990). La Creación del patriarcado. Editorial Critica.

Liebknecht, K. (1914). El voto contra los créditos de guerra. Marxists Internet Archive.

Marx, K. (1847). Miseria de la filosofía. Respuesta a la "Filosofía de la miseria" del señor Proudhon. Marxists Internet Archive.

Marx, K. (1849). Trabajo asalariado y capital.

Marxists Internet Archive.

Marx, K. (2000a). *El Capital: Obra Completa*. Editores Siglo XXI.

Marx, K. (2000b). Libro I. Sección VII. Capítulo XXIV. La llamada «acumulación originaria». En *El Capital: Crítica de la Economía Política*. Editores Siglo XXI. (Obra original publicada en 1867).

Marx, K. (2001). *El capital*. Libro I, Capítulo VI (inédito): Resultados inmediatos del proceso de producción. Editores Siglo XXI.

Marx, K. (2000b). Libro III. Sección III. Capítulo XIV: Causas contrarrestantes de la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia. En *El Capital: Crítica de la Economía Política*. Editores Siglo XXI.

Marx, K., & Engels, F. (1974). *La ideología alemana: crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas*. Ediciones Pueblos Unidos & Grijalbo, S.A.

Mies, M. (2019). *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Proyecto Editorial Traficantes de Sueños.

Moon, K. (1997). *Sex among allies: Military prostitution in U.s.-Korea relations*. Columbia University Press.

Novelo Vignal, A. (1982). La participación de la mujer vietnamita en la liberación nacional y el socialismo. *Estudios de Asia y África*, 17(3), 491-515.

Núñez Sarmiento, M. (2018). La Revolución según las cubanas. En *Revolución Cubana. Algunas miradas críticas y descolonizadas*. Editorial de Ciencias Sociales.

Patterson, O. (2018). *Slavery and social death: A comparative study, with a new preface* (2.a ed.). Harvard University Press.

Pittamiglio, L. (2022). George Murkdock: La familia nuclear (Estructura Social, 1949). Blogspot.com.

Pozo, R., Ballester, L., & Orte, C. (2016). La estructura del «sector del sexo» en el sureste asiático. Una realidad poliédrica. *Revista CS*, 18, 15-36.

Sassen, S. (2003). *Los espectros de la globalización*. Fondo de Cultura Económica.

Servir al pueblo, no70. (1977, febrero). Archivo de la Transición. Hemeroteca del Movimiento Comunista (MC).

Servir al pueblo, no95. (1978, marzo). Archivo de la Transición. Hemeroteca del Movimiento Comunista (MC).

Servir al pueblo, no104. (1978, junio). Archivo de la Transición. Hemeroteca del Movimiento Comunista (MC).

Servir al pueblo, no136. (1980, febrero). Archivo de la Transición. Hemeroteca del Movimiento Comunista (MC).

Smith, J. (2016). La ilusión del PIB. Valor añadido frente a valor capturado. En *Imperialism in the Twenty-First Century: Globalization, Super-Exploitation, and Capitalism's Final Crisis*. Monthly Review Press.

UN Women. (1975). Informe de la Conferencia Mundial del Año Internacional de la Mujer.

UNODC. (2013). *Transnational Organized Crime in East Asia and the Pacific: A Threat Assessment*.

Villarreal, R. (1980). El FMI y la experiencia latinoamericana: desempleo, concentración del ingreso, represión. *Comercio Exterior, México*, 30(8), 889-899.

Wikander, U. (2016). *De criada a empleada: Poder, sexo y división del trabajo (1789-1950)*. Editores Siglo XXI.

Wilhelmi Casanova, G. (2014). *Izquierda revolu-*

cionaria y movimientos sociales en la transición: Madrid, 1975-1982. Universidad Autónoma de Madrid.

Zetkin, C. (1915). Resolución de la Conferencia Extraordinaria de la Internacional de Mujeres Socialistas celebrada en Berna. Marxists Internet Archive.

Zetkin, C. (1925). Recuerdos sobre Lenin (Biblioteca Omegalfa, Ed.). Marxists Internet Archive.

UN HILO ROJO ATRA VIESA ALAS MUJERES

Este no es un libro histórico, un trabajo académico o un ensayo sociológico. La obra que se presenta es un documento político, fruto del esfuerzo colectivo de militantes comunistas con el que pretendemos clarificar las bases teóricas que han de guiar el horizonte emancipatorio de las mujeres trabajadoras. En una clara apuesta por el análisis marxista de la opresión femenina, abordamos las primeras formas de dominación en sociedades prehistóricas y la evolución del estatus de las mujeres en la génesis y asentamiento de las relaciones capitalistas, así como reconocemos las grietas actuales en el seno de la clase trabajadora en un contexto de explotación imperialista. Pero esta división de clase no la combatimos con la ficción forzada de teorías interseccionales ni con tesis reaccionarias que refuerzan el enfrentamiento entre las trabajadoras y que naturalizan la devaluación de la fuerza de trabajo de las mujeres de los pueblos imperializados. Al contrario, entendemos la unidad de clase como un reto militante que sólo puede ser conquistado desde la claridad ideológica y a través de la organización comunista, pues se revela hoy como la única alternativa realista de la clase trabajadora para alcanzar una sociedad libre de explotación económica y de dominio del poder burgués. Las mujeres militantes tenemos una tarea clara por delante, guiadas por el hilo rojo de la historia de la lucha de clases.